

Bianca

A las órdenes de su esposo

Sara Craven

A las órdenes de su esposo

Sara Craven

3° Mult. Inocente novia virgen 2



A las ordenes de su esposo (2008)
Título Original: The virgin's wedding night 2007
Serie: 3° Mult. Inocente novia virgen 2
Editorial: Harlequin Ibérica, S.A.
Sello / Colección: Bianca 1849
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Roan Zandros y Harriet Flint

Argumento:

Si no se casaba antes de cumplir los veinticinco, no heredaría la casa que había pertenecido a su familia durante siglos…

Harriet Flint no tenía otra opción que cumplir los deseos de su abuelo si quería ser la propietaria de la casa familiar… así que acudió a al sexy Roan Zandros y le propuso un matrimonio de conveniencia.

Después de decir los votos, Roan se llevó a Harriet a Grecia, donde ella descubrió que su flamante esposo era el heredero del imperio hotelero de los Zandros, un hombre poderoso acostumbrado a que todo el mundo cumpliera sus exigencias… Y ahora deseaba vivir una verdadera noche de bodas con su inexperta esposa.

Capítulo 1

—¿Cómo? ¿Que no puedes cumplir tu parte del trato? —Harriet Flint se quedó mirando el ruborizado rostro del joven que estaba sentado con ella a la mesa—. Estaba todo arreglado y habíamos quedado a almorzar con el fin de ultimar los detalles de la boda. Dependo de ti.

—La situación ha cambiado por completo para mí, debes comprenderlo —dijo él con expresión obstinada— Cuando hicimos el trato, no me importaba nada. Había perdido a la chica a la que amaba y, en ese momento, me pareció una buena forma de ganarme una cantidad considerable de dinero e irme a dar la vuelta al mundo. Pero ahora, Janie ha vuelto conmigo, nos vamos a casar y no voy a permitir que nadie ni nada se interponga entre nosotros.

—Pero si se lo explicaras...

—¿Explicarle qué? —Peter Curtis lanzó una irónica carcajada—. ¿En serio quieres que le diga que mientras estábamos separados accedí a casarme con una completa desconocida por dinero?

—Podrías explicarle que no es un matrimonio de verdad, que sólo es un arreglo temporal que durará unos meses y es una cuestión

de negocios exclusivamente. ¿No lo comprendería?

—No, claro que no —respondió él impaciente—. Janie jamás aceptaría que yo me viera envuelto en una cosa tan extraña. Y aunque me creyera, pensaría que me he vuelto loco.

Peter sacudió la cabeza y añadió:

—Lo siento, señorita Flint, pero no hay trato. No voy a arriesgarme a que Janie me deje otra vez. Es lo único que me importa en el mundo. Debe comprenderlo.

—Y yo tengo una herencia que es igualmente importante para mí —contestó Harriet fríamente—. Y voy a perderla si no consigo un marido antes de mi próximo cumpleaños. También debes comprender tú eso.

Peter se levantó para marcharse; entonces, se detuvo y la miró con el ceño fruncido.

—Por el amor de Dios, señorita Flint, Harriet, usted no necesita comprarse un marido. Si se pusiera otra ropa y se peinara de otra manera... podría resultar bastante atractiva. Así que considérelo una suerte y concéntrese en buscarse un marido de verdad, ¿no le parece?

—Gracias por darme un consejo que no he pedido —dijo ella—, pero prefiero hacer las cosas a mi manera. Y no estoy dispuesta a perder el tiempo tratando de ensalzar el poco atractivo que pueda tener con el fin de conseguirme un hombre. No, eso no voy a hacerlo ni ahora ni nunca, prefiero dedicar mi tiempo a mi trabajo.

—En ese caso, no me diga que yo soy el único que ha respondido a su anuncio porque no me lo creo. Llame a otro.

«Pero tú eres el único que mi abuelo creería que puede ser mi marido», pensó Harriet. «Te ajustas perfectamente a su idea de lo que un respetable y joven caballero inglés debe ser. Aunque, por lo que sé, el mismísimo Judas podría haber tenido tu aspecto».

—Espero que no te arrepientas de la decisión que has tomado —dijo Harriet sonriendo mientras sacaba el monedero del bolso para pagar la cuenta—. Te deseo lo mejor.

Por supuesto, no era verdad. A Harriet le habría gustado asesinarlo. A él y a su novia.

¿Y qué demonios iba a hacer respecto al ultimátum de su abuelo?, se preguntó a sí misma mientras lo veía marcharse.

En fin, aquella tarde no iba a poder solucionar nada. Tenía una reunión de trabajo difícil y debía concentrarse en ella.

Harriet llamó al camarero, que al llegar miró su plato de pasta casi sin tocar.

—¿No le ha gustado la comida, señorita?

—Sí, estaba muy bien —le aseguró ella—. Es que no tenía apetito.

«Una persona me lo ha quitado», añadió ella en silencio. «Una persona bastante atractiva». ¿Y por qué se mostraba tan altiva?

Suponía que, en el aspecto físico, debía de parecerse a su desconocido padre. Lo mejor que más le gustaba de sí misma era el pelo: castaño con reflejos dorados; si se lo soltaba, la melena le llegaba a los hombros. Los ojos los tenía grises y con espesas pestañas; aparte de eso, el resto de sus facciones no tenían nada de especial. Si así había sido su padre, ¿qué demonios había visto en él la despampanante Caroline Flint? A menos, por supuesto, que tuviera encantos ocultos.

En cuyo caso, eso sí que no lo había heredado ella de su padre.

Sin embargo, no permitía que ello le preocupara. No tenía ningún deseo en parecerse a su madre, ni en lo físico ni en lo psicológico.

Impaciente, se levantó, agarró el bolso, y con la chaqueta de lino negro en el brazo, cruzó el restaurante y se dirigió al mostrador para pagar, donde estaba Luigi, el propietario del establecimiento.

Pero Luigi estaba ocupado con un joven alto que acababa de entrar mientras ella cruzaba el comedor. Y no sabía por qué había entrado allí, pensó Harriet, resentida por tener que esperar. Y esperar por alguien como ese individuo.

Porque los vaqueros medio rotos, playeras viejas y usadas y las camisas gastadas no eran el atuendo acostumbrado de los clientes de Luigi. A lo que había que añadir un cabello oscuro revuelto y un rostro que necesitaba un buen afeitado.

De hecho, Harriet había imaginado que Luigi haría salir a aquel individuo por la puerta que había entrado inmediatamente.

Sin embargo, Luigi se estaba deshaciendo en sonrisas y, para colmo, estaba sacando su talonario de cheques.

¿Iba a darle dinero para que se marchara?, se preguntó Harriet sin comprender nada.

Mientras aquel tipo aceptaba el cheque, ella notó que él lo guardaba en una vieja billetera que se había sacado del bolsillo trasero

de los vaqueros.

Un intercambio de palabras, un estrechamiento de manos y el tipo se volvió para marcharse. Durante un momento, Harriet se encontró de cara a él y no pudo evitar fijarse en que, a pesar de parecer que acababa de levantarse de la cama, su rostro era frío y contenido, la nariz recta, la boca firme y la mandíbula cuadrada. Quizá no fuera guapo en el sentido estricto de la palabra, pero sí increíblemente atractivo, con unas anchas espaldas y un cuerpo esbelto y de buena musculatura.

También se fijó en sus ojos, tan negros como la noche, que la miraron brevemente con indiferencia mientras salía del restaurante.

Luigi estaba de buen humor y se negó a cobrarle.

—No ha comido nada, señorita Flint, y sólo ha bebido agua. Su amigo tampoco ha tomado gran cosa. Espero que tenga mejor apetito en la próxima visita que nos haga.

«Cuando llegue ese momento, quizá ya haya perdido toda mi herencia», pensó Harriet con amargura mientras forzaba una sonrisa.

Al darse la vuelta para marcharse, Luigi bajó la voz y añadió en tono confidencial:

—Ese hombre que acaba de salir... lo ha visto, ¿verdad?, y creo que le ha extrañado...

Harriet, con disgusto, notó que acababa de enrojecer.

—No es asunto mío...

—No, no, espere, seguro que esto le interesa, porque me parece que es usted la primera persona que se fijó en el cuadro y me dijo que le gustaba mucho —Luigi indicó el lienzo amarillo pálido detrás del mostrador—. Debería habérselo dicho a él.

—¿Decirle qué? ¿Quiere decir que ese hombre era... el pintor?

—Sí —Luigi asintió—. Y su aspecto es el típico de un artista tratando de sobrevivir, ¿verdad? Pero tiene mucho talento, como usted misma comentó, señorita.

Harriet volvió a mirar el cuadro. Sí, era verdad, le había gustado desde el primer momento de verlo, a pesar de no ser la clase de pintura que a ella le gustaba.

A simple vista, era una composición bastante sencilla: una escena claramente mediterránea con un cielo azul, una playa y el mar; unas rocas y, encima de las rocas, una mesa con una botella de vino y dos copas, una de ellas caída que había dejado una mancha en la

superficie blanca de la mesa. Justo bajo una piedra, medio escondida en la arena, una sandalia de tacón de mujer. Nada más.

Era un lienzo que invitaba a la especulación; sin embargo, no era eso lo que le había atraído del cuadro, sino la luz dorada que le había hecho tener la impresión de estar mirando la esencia del calor, de sentirlo en su piel.

Cuando lo vio por primera vez y le preguntó a Luigi sobre el cuadro, el dueño del restaurante le había contestado que se trataba de un experimento para ver la reacción de los clientes.

Ahora, contemplándolo otra vez, dijo en tono medido:

—Sí, creo que es muy bueno. Me gusta mucho... si eso le sirve de algo.

Al mismo tiempo, la pintura le producía cierto desasosiego. Era como si la ira contenida en ella le agrediera.

—¿Está a la venta? —preguntó Harriet impulsivamente.

—Siento decirle que ya lo han comprado —respondió Luigi con pesar— Pero el pintor tiene más cuadros y yo ya le he enviado a gente interesada en ellos. También acepta encargos.

Luigi hizo una pausa y añadió:

—Lo que él necesita es un mecenas, señorita, alguien con contactos en el mundo del arte. Necesita una galería que quiere exponer su obra y que lo dé a conocer.

Luigi sacó de debajo del mostrador una tarjeta de impresión barata. La tarjeta sólo tenía la palabra *Roan* y un número de teléfono móvil.

—Los comienzos, en cualquier carrera, no son fáciles.

—No, supongo que no —Harriet se metió la tarjeta en el bolso con la intención de tirarla cuando llegara a su casa.

Además, tenía otras cosas en que pensar, reflexionó al salir a la calle londinense iluminada por el sol.

Harriet caminó a paso ligero camino a su oficina. Quería mucho a su abuelo y le debía mucho también, pero tampoco se hacía ilusiones respecto a él.

Gregory Flint era un dinosaurio carnívoro. Era un Thyrannosaurus Rex, vivito y coleando. Y por ridículas que fueran sus exigencias, no era buena política ignorarlas y esperar que su abuelo acabara olvidándose de ellas, tal y como estaba descubriendo con

pesar.

No quería ni pensar en la escena que debió de desarrollarse cuando su madre a los dieciocho años y soltera le dijo a su padre que estaba embarazada, que no podía casarse con el padre de la criatura y que no estaba dispuesta a abortar. Y, por supuesto, tampoco quería dar a la criatura en adopción.

Al final, a Carolina Flint se la echó del hogar paterno y no volvió a entrar en contacto con la familia hasta pasados seis años.

—Tu abuelo quiere conocerte, cariño —le había anunciado un día su madre—. Lo que significa que la hija pródiga quizá sea perdonada. Qué cosas más extrañas ocurren en la vida.

El compañero sentimental de su madre por aquella época, Bryn, un guitarrista en paro, la miró y le dijo:

—No lo estropees, princesa. No nos vendría mal algo de pasta.

Al día siguiente, fueron a Gracemead, y cuando el taxi que los llevó desde la estación de ferrocarril se detuvo delante de la casa, Harriet contuvo la respiración de puro éxtasis. Porque no le parecía posible que, después de los pisos baratos en los que habían vivido hasta ese momento, ella tuviera nada que ver con un lugar así.

Con el tiempo, llegó a darse cuenta de que Gracemead no era realmente bonito, que su antepasado Flint, el rico comerciante Victoriano que había comprado una casa georgiana y la había adornado con una fachada gótica y unas torres imitaciones de las de la casa de vacaciones que la familia real tenía en Balmoral, había sido en sus tiempos una especie de vándalo.

El reencuentro entre Gregory Flint y su hija errante tuvo lugar en privado. A Harriet la llevó a la cocina una mujer entrada en carnes, que había sido la niñera de Caroline, y le dio leche y unas galletas en forma de rostro sonriente que la señora Wade, ama de llaves y cocinera, había preparado especialmente para ella.

Su madre también sonreía cuando se reunió con ella, a pesar de que tenía los ojos enrojecidos.

—Qué bonito esto, ¿verdad, cariño? Vas a quedarte aquí con el abuelo y lo vas a pasar de maravilla. Te va a mimar mucho, ¿no te parece, Nanny? —le preguntó a su antigua niñera.

—¿No vas a quedarte tú también? —preguntó Harriet a su madre con pánico.

Pero Caroline sacudió la cabeza.

—Yo me voy con Bryn, querida. Va a hacer una gira por América con un famoso cantante. Vamos a pasar mucho tiempo fuera, así que será mejor que tú te quedes aquí. Es un sitio estupendo para que te críes en él —dijo su madre con algo parecido a pesar.

Y así había sido, pensó Harriet. Después de ese momento, nunca había vivido con su madre, sólo se veían de vez en cuando y cada vez con menos frecuencia.

La casa se convirtió en una constante en su vida, se convirtió en su hogar. Seguía produciéndole asombro, a pesar de los años transcurridos. Era el lugar al que pertenecía.

Gracemead había sido para ella un sitio mágico para jugar y explorar. Y la niñera y la señora Wade habían hecho todo lo que estaba en sus manos por proporcionarle comodidad y seguridad en la vida.

Establecer una relación con su abuelo le había costado más. A veces, le había sorprendido mirándola con expresión especulativa, como si hubiera algo que él no comprendía.

Entonces, un día, su abuelo la encontró en su estudio absorta en la lectura de *Belleza Negra* y, a partir de ese momento, todo cambió entre ellos.

Su abuelo la miró con una sonrisa tierna y le dijo:

—Ése era el libro preferido de tu madre.

Luego, se sentó en un sillón orejero que había delante de la chimenea y comenzó a hablarle, a escuchar pacientemente las respuestas entrecortadas de ella y a animarla a que fuera menos tímida y dijera lo que le pareciera.

Ahora, al mirar atrás, Harriet incluso podía decir que había tenido una buena infancia, a pesar de la continua y prolongada ausencia de su madre. Al principio, recibía postales de ella de Estados Unidos, Luego, tras su ruptura con Bryn y muchas otras, de diversas ciudades europeas.

Con el transcurso de los años, la correspondencia se hizo más infrecuente. En la última carta que Harriet había recibido, una tarjeta de felicitación por su vigésimo primer cumpleaños, Carolina decía estar en Argentina viviendo con un jugador de polo. Pero en el sobre no había remite y, desde entonces, no había vuelto a dar señales de vida.

Al mismo tiempo, la vida con su abuelo, aunque muy afectuosa, empezaba a ser más complicada.

Gregory Flint estaba decidido a que su nieta no siguiera el ejemplo de su madre si él podía evitarlo. Y así Harriet se encontró sometida a un despotismo benevolente, con la libertad restringida y su sentido común puesto siempre en tela de juicio.

Y el hecho de que fuera comprensible no evitaba que fuera molesto.

El principal enfrentamiento entre su abuelo y ella había ocurrido cuando Harriet tenía dieciocho años, acababa de terminar el bachiller y su abuelo le anunció que había encontrado una escuela para señoritas en Suiza donde perfeccionaría sus idiomas y emprendería un curso de cocina *cordon blue.*

Harriet se le había quedado mirando boquiabierta.

—¿Quieres decir que se ha acabado todo para mí? Abuelo, no es posible que hables en serio. Cualquiera pensaría que vivimos con un siglo de retraso.

Las cejas de su abuelo se juntaron.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Claro que sí —Harriet se esforzó por dedicarle la mejor de sus sonrisas—. He decidido meterme en el negocio familiar.

—¿Que quieres... trabajar en Flint Audley? —Su abuelo lanzó una carcajada—. ¿Y de dónde has sacado esa ridícula idea?

—Me ha parecido lo natural.

—Pues para mí no lo es. ¿Qué sabes tú de la administración de propiedades a la escala que operamos nosotros? ¿Qué sabes tú de inquilinos, contratos, mantenimiento... en fin, de los cientos de asuntos con los que nos enfrentamos día a día? ¿Tú, una adolescente que acaba de salir del colegio?

—Sé tanto como tú y Gordon Audley sabíais cuando empezasteis a trabajar en los años cincuenta —Harriet había levantado la barbilla sin pestañear—. Y, desde luego, sé tanto como Jonathan Audley con su título de Bellas Artes. No obstante, todo el mundo lo ha recibido con los brazos abiertos, incluido tú. Si se me diera la oportunidad, le daría cien vueltas.

Harriet había hecho una pausa para tomar aliento antes de continuar:

—Y no soy una simple adolescente, sino parte de la familia y quiero que se me dé una oportunidad para demostrar mi valía —entonces, endulzó algo el tono de voz— Creía que... te iba a

complacer.

—Pues piénsalo mejor y rápido —respondió su abuelo en tono cortante— Tengo otros planes para ti, querida nieta.

—Sí, lo sé. Quieres que me dedique a perfeccionar el francés en los Alpes durante la temporada de esquí —Harriet sacudió la cabeza— Abuelo, cariño, eso no es para mí, me aburriría soberanamente. Lo que quiero es empezar a ganarme la vida como el resto de la gente que conozco.

Se hizo un silencio. Por fin, su abuelo dijo:

—Bueno, no es necesario apresurarse para decidir tu futuro. ¿Por qué no te tomas un año de descanso y lo pasas en casa mientras tomas una decisión? Y si necesitas entretenerte con algo, siempre puedes hacer algún trabajo voluntario.

—Abuelo, ya he tomado una decisión —Harriet respiró profundamente—. El lunes, Larry Brotherton me va a entrevistar para un puesto de trabajo de ayudante en el departamento de revisión de rentas.

—Y nadie se ha tomado la molestia de decírmelo —declaró su abuelo en tono de pocos amigos—. Y, al menos en nombre, soy el presidente de la junta directiva.

—Sí, con cosas más importantes a las que dedicarte que la contratación de personal auxiliar—Harriet se encogió de hombros—. Además, qué más da, el señor Brotherton me va a rechazar.

—Lo dudo mucho —su abuelo guardó silencio unos momentos —. Supongo que, si tan decidida estás, no puedo impedírtelo. Y da igual que trabajes en la empresa Flint Audley o en otra cualquiera… hasta que estés lista para sentar la cabeza.

Y ella lanzó una carcajada y dijo:

—Por supuesto.

Se había alegrado tanto con su triunfo que no se había parado a pensar en las implicaciones de las palabras de su abuelo. Ahora, seis años después de duro trabajo, ocupaba un puesto directivo, con un buen salario y buenas bonificaciones, y la posibilidad de que se aceptara su plan de ampliar el ámbito de operaciones de la empresa fuera de Londres.

Bueno, eso si la reunión de aquella tarde salía como esperaba, pensó Harriet volviendo al presente.

No gustaba demasiado a sus compañeros de trabajo, que la

llamaban La Tirana Harriet, pero nadie podía negar sus logros y eso era lo único que le importaba.

Aunque no a su abuelo, que no había cambiado de opinión respecto a su vocación, excepto sólo para endurecerla hasta un extremo desastroso.

—Gracemead es una casa para una familia, no para una mujer soltera —le había gruñido su abuelo—. Querida nieta, ya has perdido demasiado tiempo. O te buscas un hombre decente, te casas con él y lo traes a casa, o cambio el testamento y dejo dispuesto que se venda la casa cuando yo ya no esté en este mundo.

Harriet se lo había quedado mirando con estupefacción.

—Abuelo, no es posible que hables en serio.

—Sí que lo es —le había contestado él— Te voy a dar un plazo, Harriet. Si no estás prometida, mejor aún casada, cuando llegue tu próximo cumpleaños, me pondré en contacto con mis abogados. Como eres mi heredera, eres vulnerable a ser presa de cualquier desalmado, así que espero que elijas bien. Quiero verte con un hombre fuerte al lado.

—No puedo creerlo. Esto es más bien típico del Arca de Noé.

Su abuelo había asentido.

—Y en el Arca todos iban emparejados, tal y como la madre naturaleza lo ha dispuesto. Y si quieres esta casa, será mejor que te emparejes lo antes posible.

Mientras recordaba aquello, Harriet captó un reflejo suyo en el escaparate de una tienda y, rápidamente, recompuso su expresión. Una de sus reglas era dejar a la puerta de la oficina sus problemas personales. Además, aquella tarde tenía que hacer un gran esfuerzo por ganarse la voluntad de los directivos para que aceptasen su programa de expansión, y sabía que Jonathan Audley iba a atacarla al margen de lo que propusiera.

Jonathan estaba furioso con ella desde su ascenso, por encima de él, y sabía que era a él a quien debía su apodo.

«Pero Jonathan nunca ha oído lo que yo le llamo por lo bajo», pensó Harriet.

En cualquier caso, había veces que deseaba agarrarlo por la corbata de seda y decirle: «Escucha, estamos juntos en esto, imbécil. Deja de ponerme obstáculos».

Pero sabía que no todo era cuestión de trabajo. Era consciente

de que había ofendido el ego de Jonathan al no apreciar sus encantos, unos encantos obvios para todas las secretarias.

Al dar la vuelta a la esquina y entrar en la plaza donde estaban las oficinas de Flint Audley, vio un grupo de personas arremolinadas en el jardín de la plaza, justo delante del edificio de su trabajo.

Presa de la curiosidad, Harriet se acercó y… vio al tipo del restaurante allí pintando algo con mano rápida.

Mientras Harriet lo observaba, él arrancó una hoja de papel del cuaderno de dibujo y se lo dio a la chica que estaba delante de él, entre risas y aplausos de los allí congregados.

No sólo pintaba escenas mediterráneas sino también, visto lo visto, retratos rápidos.

Aquella plaza estaba en una zona elegante de Londres y, además, ese hombre debía necesitar un permiso especial para hacer lo que hacía. Y ella apostaba a que no tenía dicho permiso.

Entonces, como si le hubiera leído el pensamiento a distancia, él la miró y arrugó el ceño, como reconociéndola. Aunque esta vez no apartó los ojos de ella, sino que la sometió a un buen examen.

Algo en la mirada de él la perturbó, provocando en ella unos sentimientos que no llegaba a comprender y no quería sentir.

«Estás a punto de tener que marcharte de aquí, amigo mío», pensó Harriet. «Tanto si tienes talento como si no, no estás en posición de retar a nadie».

Y Harriet entró en el edificio.

—Leo —le dijo al guarda de seguridad que estaba detrás del mostrador de recepción—, sal y echa a ese tipo que está en la plaza, por favor. Da mala imagen.

Leo le dedicó una mirada de sorpresa.

—No está haciendo daño a nadie, señorita.

—Está creando un remolino —dijo Harriet con voz seca—. En fin, prefiero no discutir.

Harriet se acercó al ascensor, consciente de la mirada de reproche del guarda de seguridad.

Capítulo 2

—¿Qué demonios te ha pasado hoy? —le preguntó a Harriet su jefe directo. Tony Morton—. El proyecto de expansión comercial es la niña de tus ojos y, sin embargo, te has pasado la mitad del tiempo ahí dentro como en trance.

Tony Morton se la quedó mirando con el ceño fruncido y añadió:

—¿Qué pasa? ¿Te has enamorado?

—No. Claro que no —respondió Harriet ruborizándose.

—Pues algo te pasa. No has hecho más que meter la pata.

Y así era, admitió Harriet para sí. Debía de haber sido por el calor en la sala de reuniones. Y por alguna razón que no llegaba a comprender, su imaginación no había dejado de conjurar el rostro de ese Roan mirándola con expresión de burla.

Eso era lo que la había distraído.

Cosa totalmente absurda.

—En fin, no podemos permitirnos que nos vuelva a pasar algo así —Tony sacudió la cabeza—. Ahora nos encontramos con otros tres meses de aplazamiento mientras preparamos otro informe. El proyecto ya no es tan prioritario como era. Increíble.

Harriet se mordió los labios.

—Tony, de verdad que lo siento. Sabía que no iba a ser fácil, pero tampoco significa que hayamos sido derrotados completamente.

—Cierto. En fin, espero que la próxima vez estés más preparada para contener el ataque de Jonathan y, a ser posible, darle la vuelta.

Eso no podía discutirlo, pensó Harriet apesadumbrada. Había caído en la trama. Naturalmente, había esperado que Jonathan la atacase, pero no que la acusara de intentar dividir la empresa con el fin de montar su propio negocio independiente de la compañía.

Ella lo había negado con vehemencia, pero no con la rapidez suficiente, y se daba cuenta de que Jonathan había logrado sembrar la semilla de la duda en las cabezas de los allí reunidos.

—Y no estaría mal que también hicieras algo por acabar con esa guerra particular entre Jon Audley y tú. No está haciendo bien a nadie.

—¿Me culpas de ello? —preguntó Harriet indignada.

—No se trata de culpar a nadie —respondió Tony—. Sólo señalo que, en estos momentos, él parece aglutinar más apoyo que tú. Y hoy ha sido él quien ha parecido lleno de razón, no tú. Será mejor que lo tengas en cuenta a la hora de preparar el informe sobre lo que ha ido mal en la reunión. Y quiero tener ese informe en mi despacho mañana por la mañana.

Harriet contuvo las ganas de dar un portazo cuando salió del despacho de Tony de camino al suyo.

Harriet dio un paso hacia el escritorio y se detuvo. Qué demonios, pensó mirándose el reloj. No iba a lograr hacer nada útil el resto de la tarde cuando tenía la cabeza a punto de estallarle. Además, llevaba en la oficina desde antes de las ocho y se iba a su casa.

Se le ocurrió que, aparte de otras cosas, tenía hambre. Una ducha y una buena cena era lo que necesitaba antes de repasar los acontecimientos de la reunión y anotar los aspectos positivos de ésta, que debía de haberlos habido.

Enderezó los hombros, agarró su bolso y la bolsa con el ordenador portátil y se dirigió a la puerta.

Había recorrido la mitad del pasillo cuando oyó un estallido de risas procedentes de la oficina a la que se encaminaba y reconoció la voz de Jonathan.

—Supongo que debería sentirme culpable por haberle dado un mazazo en la cabeza al «niño» de Flint —estaba diciendo Jonathan—; sobre todo, teniendo en cuenta que no creo que la solterona del infierno vaya a dar a luz nada más. Ni siquiera todo el dinero de su abuelo tentaría a un hombre en su sano juicio para que cargara con ella. Creo que lo mejor que podría hacer es trabajar en la sala de las fotocopiadoras.

—Querrás decir que eso es lo que a ti te gustaría que hiciera —observó Anthea, la secretaria de Jonathan.

—Por supuesto. Quizá debiera ofrecerle un nuevo puesto, «vicepresidenta a cargo de las grapas», y a ver qué pasa. Al fin y al cabo, esto es sólo un juego para ella. El viejo Gregory lo dejó claro desde el principio. Y, además, estoy seguro de que Tony está harto de ella.

Harriet se quedó donde estaba, oyendo aquello con incredulidad. Aquello iba más allá de los apodos de mal gusto, aquello era auténtico odio. Jonathan Audley quería verla fuera de la empresa y, al parecer, no era él sólo.

Así que lo que había ocurrido ese día no era sólo un tropiezo,

sino el principio de una guerra.

Una vez que bajó en el ascensor y empezó a cruzar el vestíbulo con la dignidad que pudo, Leo la llamó:

—El artista ése ya se ha marchado, señorita Flint. Tal y como usted quería.

—Bien. Espero que no le haya causado ningún problema —respondió ella secamente.

—Ninguno, señorita—Leo titubeó un instante—. De hecho, creo que esperaba algo así. Y luego, cuando he vuelto a salir para ver si se había ido, he encontrado esto sujeto al enrejado del jardín de la plaza.

Leo abrió un cajón de la mesa de recepción y, con evidente embarazo, le dio una hoja de papel de dibujo doblada en dos.

Harriet la desdobló y se quedó mirando a lo que le pareció un enredo de sombras negras. Durante un instante, creyó que se trataba del dibujo de un murciélago o de un ave de presa... hasta que vio un rostro salir entre el plumaje. La cara de una mujer, malhumorada y enfadada. Una caricatura de su propio rostro.

Un insulto firmado por Roan.

Se quedó observando el dibujo en silencio durante un momento; después, forzó una sonrisa.

—Una verdadera obra de arte —Harriet consiguió emplear un tono ligero—. Sólo le falta la escoba. ¿Y estaba sujeto al enrejado para que pudiera verlo todo el mundo?

Leo, sonrojándose, asintió.

—Eso me temo, señorita, pero no creo que haya estado ahí mucho tiempo. No creo que lo haya visto nadie de la oficina —añadió Leo como premio de consolación.

—Nadie aparte de usted —observó Harriet mientras se metía el papel en el bolso.

—¿No quiere que lo meta en la trituradora de papel? —preguntó Leo en tono inseguro.

«Lo que metería en la trituradora es a ese tal Roan», quiso gritar Harriet. «Y a Tony y al maldito Jonathan. Y a todos los que se atreven a juzgarme».

Pero Harriet encogió los hombros y contuvo el dolor y el enfado que se le habían agarrado al estómago.

—Voy a guardarlo. Quién sabe, puede que algún día valga

dinero. Además, ¿no se supone que es saludable verse a uno mismo como lo ven los demás?

—Si usted lo dice, señorita Flint.

—En cualquier caso —añadió Harriet—, si vuelvo a encargarle que se deshaga de más vagabundos, le doy permiso para que ignore mis órdenes.

Harriet le lanzó una amplia e insincera sonrisa, salió a la calle y paró un taxi que pasaba por allí.

Automáticamente, le dio al taxista la dirección de su casa y se arrinconó en el asiento trasero sintiendo un profundo vacío. Después, apretando los labios, se sacó el teléfono móvil del bolso y pulsó unas teclas.

—¿Luigi? Soy Harriet Flint —dijo con voz serena—. El pintor, ¿sabe dónde vive? ¿Si tiene un estudio?

—Naturalmente. Un momento.

Luigi parecía complacido y Harriet casi se apenó de él. Casi, pero no del todo.

Anotó la dirección en el reverso de la tarjeta que le había dado de él y luego avisó al taxista del cambio de planes.

Se encargaría de Jonathan y de los demás a su debido tiempo, pensó cambiando de postura en el asiento. Pero ese supuesto pintor iba a darle explicaciones sobre su intento de denigrarla.

De no haber sido por Leo, todos los de la empresa habrían visto la caricatura, con consecuencias desastrosas para ella.

Como si no tuviera suficientes problemas.

Entretanto, el taxi aminoró la velocidad.

—Aquí es, señorita. Hidon Yard —anunció el taxista en medio de una zona industrial.

—¿Podría quedarse aquí esperando un momento, por favor? —Le preguntó al taxista—. No tardaré más de diez minutos.

El taxista asintió con resignación.

—Diez minutos —respondió él agarrando su periódico—. Pero nada más.

Harriet miró a su alrededor y entonces, tras unos momentos de vacilación, se acercó a un hombre vestido con un mono de trabajo que estaba andando entre camiones con una tablilla en una mano y

expresión preocupada.

—¿Podría ayudarme, por favor? Estoy buscando el numero 6A.

Sin sonreír, el hombre señaló una escalera de hierro que había en una esquina.

—Ahí arriba. La puerta verde.

Los tacones de Harriet repiquetearon en los escalones de metal mientras subía. Como el ruido de una armadura de hierro antes de la batalla, pensó ella, descubriendo que se sentía tentada de olvidar el asunto, volver al taxi y regresar a su casa.

Pero eso era de cobardes. Y ese sinvergüenza arrogante no iba a salir ileso de lo que había tratado de hacerle a ella.

Al llegar a la pequeña plataforma que culminaba la escalera, la puerta se abrió de repente y se encontró delante de una bonita chica que salía apresuradamente con unos pantalones cortos y una camiseta blanca. La chica era rubia y tenía el cabello recogido en una larga trenza, llevaba una bolsa grande de lona y se sobresaltó al ver a Harriet.

—Dios mío, qué susto me ha dado —los ojos azules de la chica se clavaron en ella—. ¿Quería algo?

A Harriet no se le había ocurrido la posibilidad de que ese Roan estuviera casado.

—¿Puedo ayudarla en algo? —insistió la chica al ver que Harriet no reaccionaba.

Al notar que había perdido la facultad del habla momentáneamente, Harriet le dio la tarjeta de Roan que sostenía en la mano.

—Ah, ya.

La chica volvió la cabeza y gritó hacia el interior de la casa:

—Cariño, tienes visita.

Luego, le dedicó a Harriet una sonrisa amistosa e igualmente interrogante y bajó las escaleras.

«Cariño...».

Harriet respiró profundamente, sacó del bolso la caricatura y entró.

Debido al emplazamiento, había esperado que aquel lugar fuera oscuro y quizá tenebroso. Sin embargo, se encontró en un amplio ático

bañado de una luz que entraba por el enorme ventanal que ocupaba casi toda una pared; además, había claraboyas en el techo.

Olía a pintura y de las paredes colgaban lienzos mostrando vivos colores.

Pero no pudo distraerse con los lienzos porque él estaba allí: alto, moreno y con las manos en las caderas en medio de toda aquella luminosidad.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Qué es lo que quiere? —preguntó él sin sonreír.

Su voz era baja y fría, con un ligero acento extranjero. ¿Español? ¿Italiano? No estaba segura.

Naturalmente, debería haberse dado cuenta de los orígenes mediterráneos de él a causa del bronceado, como tenía oportunidad de comprobar ahora que él estaba sin camisa. También tenía los pies descalzos y la cinturilla del pantalón vaquero desabrochada, quedándole bajo.

«Típico», pensó Harriet. «Al menos, podía tener la decencia de subirse un poco los pantalones».

Y aunque no le sobraba ni un gramo de grasa, no era un esmirriado, pensó ella tragando saliva. Los hombros y los brazos parecían esculpidos, y su bronceado pecho estaba ensombrecido por un vello oscuro que bajaba estrechándose por el estómago hasta esconderse bajo los gastados vaqueros que le cubrían las piernas.

Quizá no tuviera un céntimo aquel pintor, pero daba aspecto de hombre duro y decidido. Y, de repente, a Harriet se le ocurrió que quizá habría sido mejor que la rubia no se hubiera marchado.

«O que yo no hubiera venido...».

—Le he preguntado por qué ha venido y estoy esperando su respuesta.

Harriet alzó la barbilla.

—¿No lo adivina?

Harriet le tiró el arrugado papel. No dio en el blanco, cayó al suelo y él no se molestó ni en mirarlo.

—¿Tanto le ha impresionado el parecido que ha venido a hacerme un encargo? —dijo él en tono suave—. En ese caso, me temo que no va a poder ser. Dudo poder sufrir otro ataque de inspiración por segunda vez.

—No se preocupe, no tengo intención de volver a ser el sujeto de su arte. He venido a que me dé una disculpa.

Él arqueó las cejas.

—¿Disculpa por qué?

—Por eso —ella señaló el papel en el suelo—. Eso que me ha dejado como regalo. ¿Tiene idea de la cantidad de gente que trabaja en ese edificio y que entra por esa puerta? Y ha tenido la desvergüenza de dejarlo ahí para que todo el mundo lo vea, para convertirme en el hazmerreír de mis compañeros. Y lo ha hecho a propósito, no lo niegue.

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Y no finja que todo ha sido una broma. Además, de haber sido así, ha demostrado tener muy poco gusto.

—No ha sido una broma —dijo él en un tono de voz que la hizo sentir como si le hubieran desgarrado la piel con un látigo—. Como tampoco lo ha sido por su parte pedirles a los guardas de seguridad que me echaran de allí como si hubiera cometido un delito. Y también delante de todo el mundo.

Él la miró con dureza.

—Tampoco a mí me gusta que me humillen —añadió—. Aunque le aseguro que le salió mal el plan, porque a nadie le hizo gracia. A todos les pareció mal que me echaran, incluido su guarda de seguridad. Y algunas personas salieron en mi defensa.

El pintor hizo una pausa y continuó mordazmente:

—Es interesante comprobar que usted no esperaba un apoyo similar por parte de sus compañeros de trabajo. No obstante, no me sorprende, si su ética en el trabajo es la misma que la que ha empleado conmigo. Quizá hubieran reconocido el parecido de mi caricatura con usted.

Harriet se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago y, por un momento, se limitó a mirarlo en silencio. Luego, se vio obligada a atacar.

—No tenía derecho a estar ahí, delante de nuestras oficinas.

—He estado allí toda la semana. Y nadie se ha quejado.

—En ese caso, es porque yo no lo había visto antes.

—En ese caso, no sabe cuánto me alegro de eso.

Harriet se mordió el labio.

—De todos modos, los pedigüeños se merecen que los retiren de donde están. Usted estaba causando obstrucción.

—Yo no estaba pidiendo —dijo él fríamente— Estaba ganándome la vida honestamente y dando placer con mis bosquejos. Pero supongo que la palabra «placer» no cabe en su vocabulario, señorita Harriet Flint.

Harriet jadeó.

—¿Cómo sabe mi nombre?

Él se encogió de hombros.

—De la misma forma como usted se ha enterado de dónde vivo. Me lo ha dicho Luigi Carossa. Me ha llamado por teléfono para decirme que iba a venir a verme —la boca de él se curvo—. Luigi ha llegado a creer que su visita iba a ser ventajosa para mí y yo no he querido desilusionarlo.

Él hizo una pausa.

—Y ahora, si no quiere nada más, será mejor que se vaya.

A Harriet le resultaba difícil respirar.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir?

—¿Hay algo más que decir? —Preguntó él con desdén—. Vuelva a su fortaleza, señorita Flint, y siga dando órdenes ridículas. Ya que no parece lograr gustar a la gente, al menos puede hacerse la importante.

Él le dio una patada al papel en dirección a ella.

—Y llévese esto como recuerdo de algo que no debe volver a hacer. Esta vez se ha escapado, pero la próxima podría encontrarse siendo el hazmerreír de la oficina.

—¿Qué me he escapado? ¿Qué me he escapado? —preguntó ella alzando la voz.

Harriet casi siempre controlaba la ira. Sin embargo, llevaba todo el día al borde de un ataque de nervios y lo sabía. Y en ese momento, era como si las palabras de ese hombre le hubieran abierto una herida muy profunda. Y toda la angustia y las desilusiones de las últimas semanas salieron a la superficie con una violencia que le resultó imposible controlar.

Con una voz que apenas reconocía ser suya, Harriet gritó:

—Bastardo…

Y se tiró a él salvajemente y le arañó el rostro. Quería hacerle el mismo daño que ella sentía.

Lo oyó lanzar una maldición; después, las manos de él le sujetaron las muñecas, apartándola y sujetándola mientras la miraba con ojos negros carentes de misericordia.

—No se le ocurra volver a pegarme, ¿entendido? —dijo él con voz dura y la respiración entrecortada— De lo contrario, se va a arrepentir.

Mientras intentaba zafarse de él, Harriet vio sangre en su mejilla y, de repente, el mundo se le vino encima al darse cuenta de lo que acababa de hacer.

Trató de hablar, pero lo único que escapó de su garganta fue un ahogado sollozo. Al momento, se echó a llorar como nunca.

—Vaya, el típico truco de las mujeres, recurrir al llanto para salir de cualquier problema —dijo él con voz gélida—. Me decepciona usted.

Él la condujo al desvencijado sofá que había en un rincón de la estancia, la sentó de un empujón y le dio un pañuelo.

Entre los sollozos, Harriet lo oyó moverse por ahí; luego, el sonido de una botella contra un vaso; después, él estaba sentándose a su lado y dejándole una copa en una mano.

—Beba esto.

Harriet intentó obedecer, pero la mano le temblaba demasiado.

Él murmuró algo que ella no logró comprender y, al instante, sintió la copa en los labios.

—No bebo alcohol —dijo Harriet cuando le llegó el fuerte olor del líquido.

—Hoy sí.

Harriet bebió un sorbo; era como tragar fuego líquido.

Por fin, él dejó la copa en el suelo.

—Bueno, esto no se debe sólo a un dibujo. ¿Qué le ha pasado?

—No es asunto suyo —Harriet se limpió la cara con el pañuelo evitando la mirada de ese hombre.

Sin embargo, inmediatamente fue consciente de que él llevaba algo más de ropa que antes: se había abrochado la cinturilla de los pantalones, se había puesto una vieja camiseta y llevaba unas

alpargatas.

—Claro que lo es —él se llevó una mano al arañazo de la mejilla —, me ha hecho una herida.

—Lo... siento —dijo Harriet con voz seca.

Y era verdad, sentía haberse decepcionado a sí misma, no haberle hecho una herida. En realidad, le habría gustado darle un puñetazo.

—Le sugiero que la próxima vez que quiera arañarme me arañe la espalda, no la cara —dijo él con expresión burlona.

Al darse cuenta del segundo sentido de semejante sugerencia, Harriet se ruborizó. Necesitaba marcharse de allí antes de ponerse aún más en ridículo.

—Tengo... tengo que marcharme. Un taxi me está esperando ahí abajo.

—Lo dudo. Pero quédese aquí, iré a ver si todavía la está esperando.

Para entretenerse y no pensar en nada mientras esperaba a que él regresara, Harriet se levantó del sofá y se puso a examinar los cuadros. Eran pinturas magníficas y llenas de vitalidad.

—He despedido al taxi, pero he llamado a una empresa de taxis locales para que venga uno a recogerla. Está en camino.

Harriet se volvió al oír su voz.

—Ah, bien, gracias —hizo una pausa—. He estado mirando sus cuadros... son muy buenos. De hecho, creo que son extraordinarios.

—Vaya, me sorprende tanto elogio. ¿Ha cambiado su opinión de mí?

—No —respondió ella secamente—. Reconozco que tiene talento, pero eso no significa que me caiga bien.

—Ya veo que las lágrimas sólo han sido una aberración momentánea. La verdadera señorita Flint está viva y coleando.

—Lo que no comprendo es por qué pierde el tiempo haciendo bosquejos en la calle —continuó Harriet ignorando las palabras de él —. Eso no puede proporcionarle dinero suficiente para vivir.

—No, pero me relaja —contestó él—. Me gusta salir y conocer a gente nueva. ¿No está de acuerdo?

Harriet paseó la mirada por el estudio: papeles en el suelo, los

restos de una comida encima de una mesa, una cama sin hacer medio oculta tras un biombo. Y dijo:

—¿Y es aquí a donde trae a sus nuevas... amistades?

Siguiendo la mirada de ella, él respondió en tono lacónico:

—La sirvienta tiene hoy el día libre.

—En ese caso, quizá debería pedirle a su novia que limpie un poco —respondió Harriet sin querer.

—Ella no viene aquí para limpiar —dijo él con voz suave—. Además, podría estropearse las manos, y prefiero que las utilice para cosas mejores.

Era evidente lo que él había querido decir, pensó Harriet furiosa y volviendo a enrojecer.

Él volvió la cabeza cuando, en ese momento, se oyó el claxon de un coche.

—Su taxi, señorita Flint.

Harriet bajó las escaleras de hierro agarrándose a la barandilla, consciente de que las piernas le temblaban y de que estaba casi sin respiración.

Mientras se acercaba al taxi, volvió la cabeza furtivamente para ver si él estaba allí. Pero la escalera estaba vacía y la puerta cerrada.

Y durante un instante de confusión, Harriet no supo si sentirse contenta o triste.

Capítulo 3

Harriet tenía el pañuelo de él en medio de su resplandeciente mesa de centro. Se levantó del sofá y fue a su dormitorio, sintiendo la acostumbrada satisfacción que le producía mirar a su alrededor. Todo el mobiliario era hecho a medida y muy discreto, con lo que el punto focal era la cama, la más grande que había encontrado, con un colchón celestial, ropa de cama de lino color marfil y almohadones verde oliva, color que se repetía en las pantallas de las lámparas encima de las mesillas de noche a ambos lados de la cama.

El cuarto de baño era igualmente austero, blanco y cromo, pero con una bañera enorme y un cuarto de ducha separado.

Harriet se desvistió, dejó la ropa que se había quitado en la cesta, se soltó el pelo y se metió en la ducha.

Se secó y se puso uno de sus pijamas preferidos. Tenía mucho, todos de satén en colores pastel, comprados en una tienda elegante. Aquella noche, eligió uno azul turquesa.

Descalza fue a la cocina, sacó una pechuga de pollo asado de la nevera, aderezó una ensalada también preparada y calentó una pequeña barra de pan. Si luego quería postre, se tomaría un yogur.

Cuando terminó de cenar, puso un poco de música, Mozart, y empezó a escribir el informe para Tony hasta que estuvo razonablemente satisfecha con el resultado. Luego, lo imprimió, cerró el ordenador y se recostó en el respaldo del asiento, cerrando los ojos.

Todavía tenía mucho por hacer. Conservar el trabajo era una cosa, pero Gracemead era otra muy distinta; sobre todo, ahora que estaba tan cerca de la fecha límite que su abuelo le había impuesto.

De repente, se incorporó sobresaltada en el asiento cuando le pasó una loca idea por la cabeza.

Recordó esos ojos negros llenos de desdén, esa voz burlona... Y respiró profundamente. No, no tenía sentido. Aquello rozaba lo absurdo.

«Ni se te ocurra».

Pero la idea se negaba a dejarla. La siguió hasta la cama y continuó ahí mientras ella, sin conciliar el sueño y a oscuras, miraba al techo y hablaba consigo misma.

Roan y ella no tenían nada en común, excepto su mutua antipatía. Pero él necesitaba un empujón en su carrera, cosa que ella

quizá podría proporcionarle. Y era un buen pintor, tenía verdadero talento. Al margen de la opinión que le mereciera como hombre, era un gran artista.

La bonita rubia podía ser un obstáculo, pero Harriet no creía que fuera a hacerle rechazar la proposición.

Y mientras se daba la vuelta en la cama y le daba un puñetazo a la almohada para colocársela mejor, un nombre le vino a la mente.

—Desmond Slevin —murmuró Harriet con satisfacción. Y cerró los ojos, sonriendo.

Al día siguiente, en la oficina, después de darle el informe a Tony y atender algunos asuntos de trabajo, se metió en Internet para averiguar unos detalles de su presa.

Desmond Slevin, un tratante de arte y coleccionista propietario de la galería Parsifal en la céntrica zona llamada West End, había sido inquilino de una de las casas de la empresa, aunque ahora vivía en Surrey.

Harriet había leído recientemente un artículo sobre él describiéndole como un mecenas del mundo del arte, siempre a la búsqueda de pintores con talento. Podía ser su hombre.

Por lo tanto, Harriet almorzó temprano, tomó un taxi y se fue a la galería. Unos minutos más tarde, estaba sentada en el despacho de Desmond Slevin tomando café con él.

—Dígame qué puedo hacer por usted, señorita Flint —era un hombre de mediana edad, guapo, con cabello cano y penetrantes ojos azules—. ¿Ha venido para convencerme de que deje mi casa en Surrey y vuelva a alquilarles un piso en Londres?

Harriet le devolvió la sonrisa.

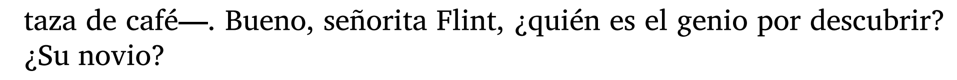
—Dudo que pudiera hacerlo. No, he leído recientemente un artículo hablando de usted y... me ha dado que pensar.

—Ah. Francamente, siento haber dado esa entrevista. Espero que no le haya dado por pintar porque, después de la amabilidad y profesionalidad con que me trató, no me gustaría nada desilusionarla.

Ella se echó a reír.

—No tiene que preocuparse por eso, se lo prometo —Harriet hizo una pausa— Pero si alguna vez yo viera unos lienzos que indicaran verdadero talento... ¿podría usted echarles un vistazo?

—Y esa pregunta... ¿es tan hipotética como usted la ha planteado? —Inquirió él irónicamente antes de volverle a llenar la



taza de café—. Bueno, señorita Flint, ¿quién es el genio por descubrir? ¿Su novio?

—Dios mío, no —Harriet se enderezó en el asiento bruscamente y estuvo a punto de mancharse la falda de café— Todo lo contrario, si quiere que le sea sincera. Se trata de alguien a quien apenas conozco. Ni siquiera sé su apellido.

—Vaya —dijo él con placidez— De todos modos, parece haberla impresionado. ¿Tiene bastante obra?

—Sí, supongo... Creo que sí. Tiene un estudio.

Desmond Slevin se echó a reír.

—Eso no significa gran cosa. ¿Sabe él que ha venido a verme para hablarme de su obra?

—No —admitió ella.

—¿Y sabe si le interesaría vender algo de lo que tiene?

—Bueno, claro. ¿Por qué no iba a interesarle? Desmond Slevin contuvo el cinismo que sentía en su respuesta.

—Querida señorita Flint, he conocido a muchos pintores que creían que su obra era única y de demasiada importancia como para comercializarla. Por lo tanto, creo que sería mejor que usted hablara primero con él.

—No creo que sea este caso —Harriet respiró profundamente—. De todos modos, si hablara con él... ¿estaría usted dispuesto a ver sus cuadros? ¿A dar su opinión?

—Sí —respondió él despacio—. ¿Por qué no? Eso sí, siempre que se sobreentienda que no hay trato de antemano.

—Lo dejaré muy claro, no se preocupe.

—En ese caso, espero tener noticias suyas pronto —dijo él y se levantó.

Mientras la acompañaba a la puerta de la galería, Desmond Slevin comentó:

—¿Sabe?, me parece que se está tomando muchas molestias por un desconocido —entonces, él se detuvo y le dio una palmada en el hombro—. No obstante, estoy seguro de que sabe lo que hace.

«Yo no contaría con ello», pensó Harriet dedicándole una sonrisa. Y se alejó.

De hecho, aquello podía ser el mayor error de su vida.

Podía olvidarse del asunto, pero también podía despedirse de Gracemead, como le demostró la conversación telefónica con su abuelo aquella tarde.

—Sigue con tu carrera profesional si quieres, Harriet —le dijo él con brusquedad—, aunque ha llegado a mis oídos que no te está yendo muy bien últimamente. Vives sola en ese piso tuyo. Pero, en ese caso, no necesitarás una casa grande y a Gracemead se le puede dar mejor uso.

Harriet colgó el teléfono sintiendo una gran angustia, y no sólo por la casa. El comentario sobre el trabajo había dado en el clavo.

Por fin, con manos temblorosas y haciendo acopio de todo su valor, marcó el número del teléfono móvil de Roan. Casi sintió alivio cuando le salió el contestador automático.

—Soy Harriet Flint. Tengo una proposición de tipo profesional que podría interesarle. Si le interesa, reúnase conmigo el sábado en el hotel Titán Palace para tomar el té, a las cuatro y media —Harriet vaciló momentáneamente—. Si el día o la hora le resultan inconvenientes, llámeme a la empresa Flint Audley entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde para arreglar otra cita.

Bien, había sido breve y profesional, y por eso precisamente había elegido el hotel Titán Palace para la entrevista. Uno de los nuevos hoteles de la ciudad, era grande e impersonal y la clientela eran hombres y mujeres de negocios en su mayoría. Un lugar para hacer tratos.

Además, lo de tomar el té era correcto y muy inglés.

No obstante, no podía estar segura de que se presentase, por muy profesional que hubiera sido la invitación.

Pero el sábado llegó y no había habido cancelación, por lo tanto, parecían destinados a otro enfrentamiento.

Llegó a la cita con tiempo de sobra y se sentó en la enorme cafetería del hotel. Al cabo de unos minutos y tras varios intentos infructuosos de llamar la atención de algún camarero, vio a Roan avanzando hacia ella con unos gastados pantalones vaqueros, que le sentaban maravillosamente, y una camisa blanca con demasiados botones desabrochados y las mangas subidas hasta los codos. Seguía necesitando un corte de pelo y tampoco le iría mal un afeitado. Sin embargo, a pesar de todo eso…

Poniendo freno a su imaginación, Harriet se puso en pie.

—Hola. Vaya, ha venido.

—¿No se trataba de eso precisamente?

—Sí, claro, por supuesto. Por favor, siéntese —dijo Harriet, pensando de sí misma que parecía a punto de dirigir una entrevista de trabajo—. He intentado pedir el té, pero...

Harriet se interrumpió al verlo levantar una mano con languidez y, al instante, dos camareros se acercaron apresuradamente como si hubieran estado esperando a que los llamara.

—La señorita quiere un té. Café para mí, por favor.

Harriet, asombrada y comprensiblemente molesta, notó la deferencia con que se había recibido la orden de él.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó ella.

—No ha sido tan difícil —Roan se recosió en el respaldo de su asiento—. ¿Quiere empezar con el asunto o prefiere que hablemos del tiempo hasta que nos hayan servido?

—Empecemos ya, creo que será lo mejor —dijo ella secamente —. Debe de estarse preguntando por qué quería verlo.

Él arqueó las cejas burlonamente.

—Estoy muerto de curiosidad.

Harriet se mordió los labios.

—En primer lugar, quería pedirle disculpas por mi comportamiento el otro día —dijo ella—. Como excusa, sólo puedo decirle que estoy pasando por momentos de mucha tensión últimamente y que su dibujo fue...

—¿La gota que colma el vaso? —sugirió él.

—Sí, exacto. Quiero que sepa que, normalmente, no pierdo los estribos de esa manera.

—Es muy tranquilizador —dijo él—. Pero no me ha hecho cruzar todo Londres para decirme eso, ¿verdad?

—No, claro que no —Harriet tragó saliva— De lo que quería hablar es de su trabajo. Verá, dije en serio eso de que me parece muy bueno y... se lo he comentado a un conocido mío propietario de una galería de arte, Parsifal. Es posible que haya oído hablar de ella.

—Sí —el monosílabo no le dio ninguna pista.

—En fin, existe la posibilidad de que, si a él le gusta, podría exponer su obra en la galería. Lanzarlo como quien dice.

En ese momento, el camarero regresó con platillos llenos de

medias noches y pasteles, el té y el café.

Cuando volvieron a encontrarse solos, ella dijo:

—Supongo que se da cuenta de la oportunidad que podría suponer para usted. ¿No... Tiene nada que decir?

—Creo que estoy atónito... y también preocupado. Porque lo que me gustaría saber es por qué precisamente usted, me iba a recomendar a esta persona. No lo comprendo.

—Opino que debería reconocerse su talento. Y me gustaría contribuir a ello.

No había sido demasiado convincente, pensó Harriet, pero la conversación no estaba yendo como había esperado. «¿Cómo podría agradecérselo?», era más bien lo que había imaginado que fuera la respuesta de él.

—¿Así de sencillo es? —dijo él con voz suave. Entonces, sacudió la cabeza—. Sin embargo, lo dudo, señorita Flint. Porque, si quiere que le diga la verdad, no me parece usted la clase de persona dada a la filantropía.

Harriet se quedó inmóvil en su asiento.

—¿Significa eso que no le interesa mi oferta?

—Me interesa, sí, pero no me ha sobrecogido de emoción. Debe comprender que necesito saber qué es lo que quiere a cambio —la sonrisa de él la descuartizó—. Por si el precio es mayor de lo que estoy dispuesto a pagar.

Así que era eso. Durante un instante, Harriet se quedó atónita. Después, agarró su bolso.

—En ese caso, no tenemos nada más que decirnos. Siento haberle hecho perder el tiempo.

—No sea tonta —dijo él— Si quiere que considere su oferta, le sugiero que se quede donde está. Haga lo que hacen los británicos normalmente en momentos de crisis y beba té.

Teniendo en cuenta lo que se jugaba, Harriet, con desgana, obedeció, aunque sus ojos echaron chispas.

—¿Le han dicho alguna vez que es un insolente? —preguntó ella fríamente. Él encogió los hombros.

—Y usted, señorita Flint, es tanto engañosa como decidida —le contestó él— Aceptemos que ninguno de los dos somos perfectos y continuemos.

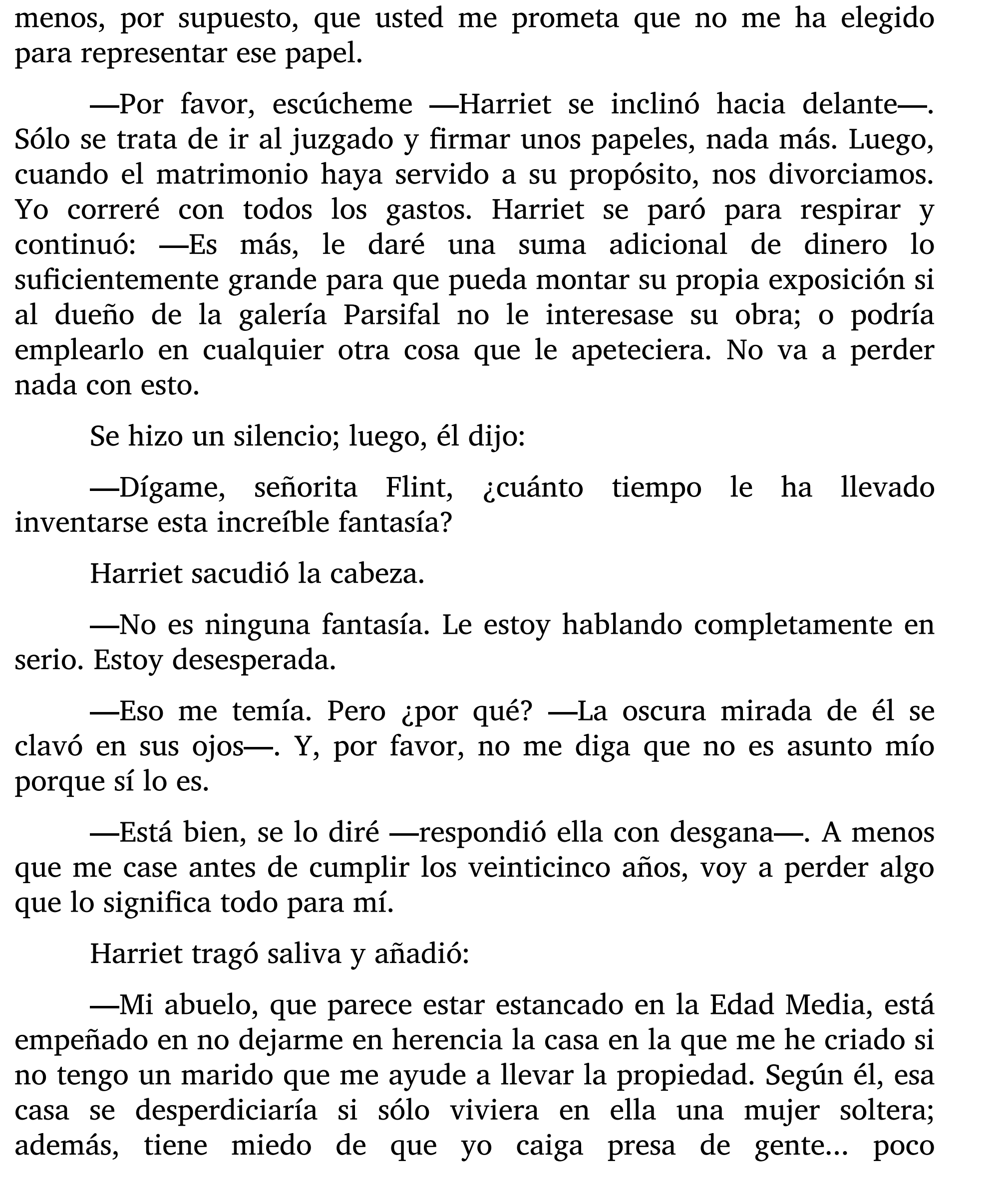
Harriet respiró profundamente.

—Tengo... un problema. Necesito un marido.

Él, achicando los ojos, se la quedó mirando.

—En ese caso, la respuesta es sencilla. Cásese.

—No quiero estar casada, ni ahora ni nunca —dijo ella con queda vehemencia—. Sin embargo, no tengo alternativa. Verá, necesito a un hombre que esté dispuesto a casarse conmigo y que luego desaparezca de mi vida.



—Y yo necesito más café —dijo él— O algo más fuerte. A menos, por supuesto, que usted me prometa que no me ha elegido para representar ese papel.

—Por favor, escúcheme —Harriet se inclinó hacia delante—. Sólo se trata de ir al juzgado y firmar unos papeles, nada más. Luego, cuando el matrimonio haya servido a su propósito, nos divorciamos. Yo correré con todos los gastos. Harriet se paró para respirar y continuó: —Es más, le daré una suma adicional de dinero lo suficientemente grande para que pueda montar su propia exposición si al dueño de la galería Parsifal no le interesase su obra; o podría emplearlo en cualquier otra cosa que le apeteciera. No va a perder nada con esto.

Se hizo un silencio; luego, él dijo:

—Dígame, señorita Flint, ¿cuánto tiempo le ha llevado inventarse esta increíble fantasía?

Harriet sacudió la cabeza.

—No es ninguna fantasía. Le estoy hablando completamente en serio. Estoy desesperada.

—Eso me temía. Pero ¿por qué? —La oscura mirada de él se clavó en sus ojos—. Y, por favor, no me diga que no es asunto mío porque sí lo es.

—Está bien, se lo diré —respondió ella con desgana—. A menos que me case antes de cumplir los veinticinco años, voy a perder algo que lo significa todo para mí.

Harriet tragó saliva y añadió:

—Mi abuelo, que parece estar estancado en la Edad Media, está empeñado en no dejarme en herencia la casa en la que me he criado si no tengo un marido que me ayude a llevar la propiedad. Según él, esa casa se desperdiciaría si sólo viviera en ella una mujer soltera; además, tiene miedo de que yo caiga presa de gente... poco

escrupulosa.

—¿Y le parece que un marido elegido a dedo en la calle no entra en esa categoría?

—Naturalmente, yo pondría la condición de un contrato prematrimonial.

—Ah, claro, naturalmente —la expresión de él era impasible, pero la voz le tembló ligeramente.

Harriet le lanzo una mirada aprensiva.

—Da la impresión de encontrar todo esto divertido.

—No, me parece trágico —respondió él— ¿Cuándo es... su cumpleaños?

—Dentro de seis semanas.

—Extraño, la creía más joven —añadió él fríamente— Y no lo he dicho como un cumplido.

—Por fortuna, la opinión que pueda tener de mí es irrelevante. Lo único que me preocupa es Gracemead —Harriet se miró las manos, que estaban entrelazadas—. La verdad es que un hombre había respondido a mi anuncio, pero se echó para atrás en el último momento. Así que ahora estoy desesperada.

—Quizá haya sido una suerte para usted.

—No veo riesgo ninguno en esto —dijo Harriet en tono desafiante—. Los dos ganamos. Sigo creyéndolo.

—En ese caso, no me sorprende que su abuelo quiera que tenga un marido —dijo él con dureza—. Lo que me sorprende es que la deje salir sola sin una niñera.

—¿Cómo... se atreve? —A Harriet le tembló la voz—. Si es eso lo único que tiene que decir, olvidemos el asunto.

—No tan rápido. Supongo que sólo me presentaría al dueño de la galería si aceptase su plan, ¿verdad?

—Naturalmente —le contestó ella cortantemente—. He puesto las cartas sobre la mesa. Es muy sencillo, se trata de *quid pro quo*.

—Me parece que no llamamos «sencillo» a lo mismo —observó él— ¿Cuánto dinero está dispuesta a pagarme por casarme con usted? Sólo lo pregunto porque nunca antes me he puesto en venta y me gustaría saborear la experiencia... al máximo.

Harriet se puso muy tiesa en el asiento.

—Eso habría que acordarlo, pero creo que encontrará mi oferta muy generosa —contestó ella.

—Sí, estoy seguro de que así será —dijo él con voz suave.

Harriet encontró la sonrisa de él enervante y continuó precipitadamente:

—Después de la boda, cada uno seguirá con su vida, separados —Harriet enrojeció ligeramente—. Y, por supuesto, hará con su vida lo que quiera. Yo jamás pondría restricciones a su conducta.

—Es usted sumamente comprensiva, señorita Flint. ¿Y yo no tendría que enfadarme si se buscara un amante? ¿Es eso lo que quiere decir?

Harriet frunció el ceño.

—No... Quiero decir que... ¿cómo iba usted a saber si tengo un amante o no? Después de la boda, no volveríamos a vernos hasta el momento de firmar los papeles del divorcio. Además, lo del amante es imposible que ocurra. No tengo intención de tener ningún tipo de relaciones.

—Así que el sexo no tiene cabida en su vida, ¿eh? —Murmuró él — Quizá eso explique su malhumor.

—Y eso, si me permite que lo diga, es una opinión típica de un hombre —dijo ella con acritud.

—Soy un hombre, señorita Flint. ¿Qué otra cosa esperaba? —Él hizo una pausa—. Volvamos a lo básico. ¿En serio cree que su abuelo aceptará la aparición de un completo extraño en su vida? ¿Que no pensará que hay gato encerrado en el asunto?

Harriet se encogió de hombros.

—En el escrito que mi abuelo ha elaborado detallando sus exigencias, no se dice nada sobre la naturaleza de la relación, sólo que debe existir legalmente. Tampoco menciona el tiempo que debe durar el matrimonio. Y es ahí donde ha cometido un error.

Harriet alzó la barbilla y añadió:

—Mi abuelo piensa que me tiene pillada, pero se va a enterar de que soy una mujer independiente y que no puede seguir controlándome así... y también de que no hay contrato perfecto.

—En eso estamos de acuerdo —dijo él en tono irónico y guardó silencio unos tensos momentos— Muy bien, señorita Flint, por loco que esto sea, acepto su proposición. Me casaré con usted según los términos acordados.

—Gracias —respondió ella— Le estoy muy, muy agradecida.

Él la miró con cinismo.

—Creo que eso está por ver. Y ahora que ya estamos oficialmente prometidos, ¿me permite que la tutee, Harriet?

—Sí, claro —Harriet se ruborizó—. Necesito saber su apellido... para cuando le dé la noticia a mi abuelo.

—Zandros —respondió él— Roan Zandros. Roan se inclinó hacia delante, ofreciéndole la mano, y ella se la estrechó. Era una mano cálida y firme, y no pudo evitar sentir que el pulso se le aceleraba inesperadamente.

Y vio la sonrisa de él, dándose cuenta de su reacción, y parecía divertirle.

—Por qué nos conozcamos mejor, Harriet *mou*. Entonces, antes de que Harriet pudiera soltarse, él se llevó la mano de ella a los labios y la besó ceremoniosamente, dejándola jadeante.

Capítulo 4

—¿Qué demonios estás haciendo? —Harriet apartó la mano, violentamente consciente de su sonrojo.

—Sellar formalmente nuestro compromiso matrimonial. Eso es todo.

—Gracias. Pero, de ahora en adelante, será mejor prescindir de las formalidades. Él sonrió traviesamente.

—Por supuesto, como tú digas.

—Sí, así es —en cierto modo. Harriet sabía que era absurdo darle tanta importancia a algo tan insignificante— Zandros... ¿es un apellido griego?

—Pareces sorprendida.

—No —respondió ella rápidamente— Bueno, lo que me sorprende es que hables inglés tan bien.

—Mi madre era inglesa y, de pequeño, pasé mucho tiempo en este país. También estudié aquí.

—Ah, entiendo.

—No lo creo, pero es natural —Roan hizo una pausa—. Bueno, ¿cuándo piensas hablar con tu abuelo de esto?

—Voy a ir este fin de semana y hablaré con él. Él asintió reflexivamente.

—¿Y qué le vas a contar sobre mí? No creo que yo sea la clase de yerno que él espera que le presentes.

—No —dijo Harriet—, sino todo lo contrario, cosa que me encanta.

—Quizá a ti te encante, pero déjame que te dé un consejo: no cantes victoria antes de tiempo. A los hombres no les gusta que una mujer les tome el pelo.

—Mala suerte para los hombres —respondió ella—. Pero no se puede decir que sea eso porque lo que yo voy a hacer es justo lo que mi abuelo quiere. ¿Cómo puede quejarse de que interprete a mi manera sus órdenes?

—La experiencia me sugiere que puede que se queje y mucho. ¿Tu cariño por esos ladrillos justifica tantos problemas?

Harriet bajó la mirada y la clavó en la mesa.

—No me mal interpretes. Quiero mucho a mi abuelo. Pero él no comprende que yo quiera ser una mujer independiente, nunca lo ha comprendido. Sin embargo, debe aceptarlo.

—¿Y tus padres? ¿Qué van a decir de todo esto?

—No sé nada de mis padres.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo, con los años, ya me he acostumbrado.

—Tienes suerte. Mi madre murió hace casi tres años y todavía pienso en ella constantemente —él se recostó en el respaldo del asiento—. Esa casa a la que tanto quieres, si no te casaras... ¿quién la heredará a tu muerte?

—Siempre podría adoptar a un niño —respondió ella a la defensiva.

—¿Una mujer soltera? —Roan arqueó las cejas— ¿Lo permite la ley?

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, no soy pobre y el dinero abre muchas puertas.

—Sí, ya lo veo —respondió él con una irónica sonrisa—. ¿No crees que algún día te enamorarás de un hombre y querrás tener hijos con él?

—No —respondió Harriet en tono cortante—. Y ahora, si no te importa, ¿podríamos dejar de lado mi vida personal y centrarnos en lo que interesa? Como ya te he dicho, habrá que firmar papeles y cosas así. Mi abogado se pondrá en contacto contigo.

Harriet hizo una pausa antes de añadir:

—Respecto a la fecha de la boda... ¿hay algún día de la semana que te resultaría inconveniente?

—No.

—En ese caso, le diré al señor Slevin que vaya a tu estudio —dijo ella—. Espero que vaya todo bien. Podría ayudarte mucho en tu carrera.

Tras esas palabras, Harriet rebuscó en su bolso, sacó unos billetes de dinero y los dejó encima de la mesa.

—Esto será más que suficiente para pagar lo que hemos tomado —le dedicó una sonrisa vacía—. Si quieres tomar algo más, hazlo, por favor.

Durante un instante, se hizo un extraño silencio, un silencio tenso. Entonces, Roan bajó la cabeza a modo de cortés agradecimiento.

Harriet se despidió y, al salir a la calle, descubrió que le costaba respirar.

¿Por qué?, se preguntó. Sin contestar a su propia pregunta, paró un taxi. Aún tenía que hablar con su abuelo.

La semana siguiente Harriet estuvo muy ocupada con su trabajo, que la había llevado a hacer un corto viaje a Midlands. No obstante, le resultaba más difícil que de costumbre concentrarse y, para colmo, no lograba dormir bien.

Sus nervios debían de ser a causa de la inminente reunión con su abuelo.

Cuando regresó a Londres el viernes al mediodía, la atmósfera en la oficina era festiva. Gina, que trabajaba en el departamento de contabilidad, estaba celebrando su cumpleaños con sus compañeros. Después del trabajo, todos iban a tomar una copa. O todos menos una...

—Creíamos que no ibas a estar de vuelta. Pero, si quieres, ven con nosotros a tomar algo —le dijo Gina a Harriet mirando su severo atuendo con desagrado.

—Gracias —respondió Harriet con la misma falta de sinceridad —, pero no puedo. Me voy al campo esta tarde.

De vuelta en su piso, Harriet se duchó apresuradamente y se lavó la cabeza. Tenía intención de recogerse el cabello en un moño; pero como se le estaba haciendo tarde, se lo dejó suelto.

Su abuelo mostró verdadera alegría cuando lo llamó por teléfono para decirle que iba.

Mientras hacía el equipaje para pasar el fin de semana con su abuelo, oyó los mensajes telefónicos: un grupo de inversores ofreciéndole un préstamo; una invitación de su amiga Tessa a cenar; y su abogada, Isobel Crane, para decirle que el contrato prematrimonial ya estaba preparado y listo para que se firmara, aunque quería hablar con ella antes.

«En otras palabras, quiere quitarme de la cabeza la idea de casarme», pensó Harriet sonriendo burlonamente. No le sorprendía.

Le desilusionó que no hubiera un mensaje de Desmond Slevin, a

pesar de haberle dicho que iba a ir al estudio de Roan mientras ella estaba de viaje en Midlands. Sin embargo, el dueño de la galería era un hombre muy ocupado y quizá no había tenido ocasión de ir todavía. Era demasiado pronto para perder la esperanza.

Un par de horas más tarde, cuando llegó al pueblo, Harriet estaba presa de un ataque de nervios. Su triunfalismo la había abandonado. Simplemente, estaba haciendo lo que podía por salvaguardar su herencia.

Cuando llegó a Gracemead, aparcó el coche en la parte posterior de la casa, cerca del viejo establo, y entró por la puerta de la cocina. Inmediatamente, olió el inconfundible aroma de un pato asado, a menos que estuviera muy equivocada.

La señora Wade, algo más entrada en carnes y con más canas, estaba batiendo crema para acompañar a la mousse de chocolate, una de sus especialidades. La señora Wade la saludó con afecto y le dijo que el señor Flint estaba en el cuarto de estar.

—Está con una visita, señorita Harriet —añadió.

Cosa que a Harriet no le hizo ilusión. Había esperado tener a su abuelo dedicado exclusivamente a ella con el fin de poder anunciar su boda lo antes posible. En fin, quizá la visita se fuera pronto.

Harriet dejó la maleta en el vestíbulo, fue al cuarto de estar y lo encontró vacío. Pero las puertas dobles que daban a la terraza estaban abiertas y, al instante, oyó la voz de su abuelo.

Tras respirar profundamente, Harriet salió para saludarlo.

Gregory Flint estaba delante de la balaustrada, indicando con la mano puntos de interés de los jardines, uno de sus temas de conversación preferidos.

Aunque sólo podía ver la espalda de la visita de su abuelo, Harriet se dio cuenta de que no era alguien del pueblo, sino alguien a quien no conocía: alto y con traje sobrio, una oscura silueta bajo el sol.

Un completo desconocido. ¿O...?

De repente, Harriet miró fijamente los anchos hombros, las estrechas caderas y el traje de buen corte. Y se le secó la boca mientras trataba de negar la evidencia. No era posible...

Él se volvió despacio y la miró.

—*Agapi mu* —dijo Roan Zandros sonriendo.

Entonces, se acercó a ella.

Harriet logró pronunciar una sola palabra:

—¿Qué...?

Antes de que pudiera reaccionar, los brazos de Roan la rodearon, estrechándola contra su pecho en un apasionado abrazo. Luego, acercando los labios a los suyos, le susurró:

—Sonríe, Harriet. Finge que te alegras de verme.

Entonces, le hizo darse la vuelta para que juntos, él con una mano en la cadera de ella, se enfrentaran a su abuelo.

—Vaya, querida —dijo Gregory Flint en tono suave, pero su mirada vigilante—. Por lo que este joven me ha contado, creo que os tengo que desear que seáis felices. Confieso que no sospechaba nada y esta visita me ha tomado por sorpresa.

«Y a mí», pensó Harriet con una serenidad en la expresión que no sentía.

—Espero que haya sido una sorpresa agradable, abuelo.

—Yo también lo espero —dijo su abuelo burlonamente—. Le he dicho a tu prometido que no es lo que esperaba para ti, pero él me ha asegurado que tiene buenas expectativas profesionales y, en fin, debo dar crédito a sus palabras.

—Harriet ha estado fuera y, por lo tanto, no está enterada de que Desmond Slevin ha accedido a exhibir mi trabajo en la galería Parsifal —dijo Roan con voz serena—. Me lo ha dicho hoy.

—Ah —Harriet tragó saliva—. Bueno, es una noticia estupenda. Me alegro mucho por ti... querido.

La sonrisa de Roan no alcanzó a sus ojos.

—Y te debo a ti este golpe de suerte —entonces, Roan se volvió hacia Gregory Flint—. Señor, espero que dé su consentimiento a nuestro matrimonio.

—Sí, claro —había una cierta aprensión en la sonrisa de Gregory Flint—. En cualquier caso, no creo que mi opinión cambiara nada.

Gregory Flint se miró el reloj y añadió:

—La cena estará lista en cuarenta minutos. ¿Por qué no le enseñas al señor Zandros el jardín, querida? Supongo que tendréis mucho de qué hablar.

Roan la agarró del brazo mientras descendían los escalones que daban a una zona de césped.

—Si quieres atacarme, querida Harriet, te sugiero que esperes —le dijo él—. Y no te separes de mí porque tu abuelo aún nos vigila.

—¿Cómo te has atrevido? —murmuró ella furiosa—. ¿Cómo te has atrevido a invadir así esta casa?

—No he necesitado invadir nada, he llamado al timbre y me han permitido entrar —respondió él con calma.

—¿Y cómo has encontrado la casa?

—No me ha resultado difícil. Conocía el nombre de tu abuelo y el de la casa. Ha sido suficiente con preguntar.

—Te has vuelto completamente loco —Harriet sacudió la cabeza— ¿Por qué has venido a pedirle permiso a mi abuelo para casarte conmigo? Esto es como una telenovela.

—Por lo que me dijiste, me dio la impresión de que tu abuelo era bastante conservador —dijo él despacio—. Pensé que le gustaría más que yo tuviera el detalle de venir a pedirle permiso para casarme contigo a que tú, sin más, le anunciaras tu decisión, cosa que podría haberse tomado como una provocación por tu parte.

—Ah, sí, claro, tú sabes mucho de estas cosas —Harriet se soltó del brazo de él como si ya no le importara que los vigilaran.

Roan se encogió de hombros.

—No es la primera vez que tengo que tratar con un autócrata y el enfrentamiento abierto no es la mejor táctica —Roan le sonrió—. El elemento sorpresa suele tener más éxito.

«Sí, ya me he dado cuenta», pensó Harriet echando humo.

—¿Y no se te ha ocurrido consultarme primero? —dijo ella.

—No estabas en Londres, Harriet *mou* —observó él— Además, habrías dicho que no.

—En eso tienes toda la razón —dijo ella furiosa.

Harriet guardó silencio y, al mismo tiempo, se fijó en él con atención.

No le extrañaba no haberlo reconocido de inmediato. No había rastro de los vaqueros ni de manchas de pintura. El traje gris marengo no era nuevo, pero sí elegante. La camisa era blanca y buena, la corbata era de seda y los zapatos brillaban. Incluso llevaba calcetines.

Aún llevaba el pelo demasiado largo para el gusto de Gregory Flint, pero se había cortado las puntas y estaba recién afeitado. Y durante esos desagradables segundos que se había encontrado en sus

brazos, había olido a colonia cara.

Fue entonces cuando Harriet se dio cuenta de que él también la estaba observando, sonriendo como si supiera lo que ella estaba pensando.

—Dime, ¿de dónde has sacado esa ropa? ¿De una tienda de segunda mano?

—Pensé que te gustaría verme correctamente vestido para representar mi papel, Harriet *mou* —respondió él burlonamente—. Y tú, por una vez, pareces haber decidido abandonar tu disfraz y vestirte como una mujer, con un vestido y el pelo suelto.

—Deja que te recuerde que nuestro trato es estrictamente de negocios y que no me gustan los comentarios machistas —dijo ella con frialdad.

—¿Te parece que sigamos dando una vuelta por el jardín? —preguntó Roan con voz suave, ignorando el comentario—. Es muy bonito.

—¿Es a eso a lo que has venido? ¿A examinar la propiedad con el fin de ver qué más puedes sacar de nuestro acuerdo? Porque si es así, te vas a llevar una gran desilusión. Para ti no hay nada más que una exposición y algo de dinero, eso es todo. El contrato que vamos a firmar no te concede más privilegios.

—Estoy deseando leer ese fascinante documento —contestó él sin perturbarse— No obstante, debo decirte que mi visita ha sido motivada por la simple curiosidad, querida Harriet. Quería ver con mis propios ojos este lugar que tanto te importa, este lugar que, al parecer, es lo único que te hace feliz.

—No lo comprenderías —dijo ella en tono desafiante—. Además, no es asunto tuyo.

—Lo es, ya que por esto es por lo que me has pedido que me case contigo.

—En eso no estamos de acuerdo —dijo Harriet fríamente—. Y, por cierto, ¿cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

—Me marcharé mañana por la mañana. Tengo que trabajar preparando la exposición —Roan hizo una pausa—. ¿Te parece bien?

—No —contestó ella—. En ese caso, dejemos una cosa clara: ésta es la primera y la última visita que vas a hacer a esta casa. Después de irte mañana, no quiero que vuelvas nunca, bajo ningún concepto.

—Creo que esa decisión le corresponde a tu abuelo —dijo Roan

con la misma frialdad que ella— Todavía no es tu propiedad, Harriet. Creo que deberías recordarlo. Y ahora, si no te importa, preferiría seguir el paseo yo solo. Tu compañía no favorece a la belleza del paisaje.

Y Roan se alejó, dejándola boquiabierta.

Harriet no regresó de inmediato a la casa. Necesitaba recuperar la compostura antes de reunirse con su abuelo y someterse a una inevitable inquisición.

Pasó unos minutos dando un rodeo de camino a la casa y, por fin, se reunió con su abuelo, que estaba sirviéndose un jerez en el cuarto de estar. Su abuelo se volvió hacia ella y arqueó las cejas con gesto interrogante.

—¿Estás sola?

—Sí, Roan está dando un paseo a solas, no soy muy buena como guía turística —respondió ella con una fingida sonrisa.

Su abuelo le dio un vaso de su fino preferido y le indicó que tomara asiento en el sofá, enfrente del sillón de él.

—Espero que no hayáis discutido.

—No, claro que no —respondió ella rápidamente.

—La verdad es que me ha parecido que te ha sorprendido verlo aquí —dijo Gregory Flint— Espero no ser la causa de una desavenencia entre los dos.

Harriet se encogió de hombros.

—No se te escapa nada, abuelo.

—Eso es lo que intento, querida.

—Bueno, si quieres que te sea sincera, me ha sorprendido que se me adelantara —dijo Harriet— Quería ser yo quien te diera la noticia de nuestro compromiso matrimonial.

—Sí, no me cabe duda de ello —comentó su abuelo con cierta sorna en la voz, que a ella tampoco se le escapó.

—Aunque, por supuesto, no tiene importancia —añadió Harriet precipitadamente—. Siempre y cuando estés de acuerdo con mi elección.

—Digamos que me parece un joven sumamente interesante —el señor Flint hizo una pausa— Me ha dicho que os conocisteis a través de su trabajo.

—Sí, así es. Me causó una impresión inolvidable.

—Ya lo veo —su abuelo se recostó en el respaldo del sillón—. Entonces, ¿crees de verdad que tiene talento?

—Sí —al menos, esa respuesta sí era honesta—. Sí, lo creo de verdad. Utiliza el color de forma increíble y sus cuadros están llenos de... emoción.

—¿Y ganará lo suficiente para mantener a su esposa... y a una familia?

—Eso creo —respondió Harriet con el pulso acelerado—. Además, no voy a dejar el trabajo.

—Ah, ya. Pero... ¿se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que tu futuro marido tenga otras ideas al respecto?

¿Qué le había estado contando él a su abuelo?, se preguntó Harriet. Sin embargo, respondió en tono ligero:

—Aunque sea así, tenemos que ser prácticos.

—Sí, Harriet, tú siempre has sido práctica —con gesto pensativo, Gregory Flint se quedó mirando su copa de jerez—. Siempre buscando solución a los problemas que se te presentan, siempre luchando por estar prevenida. Admirable. Por eso, me resulta sorprendente que lo que te haya atraído de los cuadros de Roan sea precisamente la emoción, en vez del aspecto comercial. Por una vez, el corazón por delante del cerebro. Te felicito.

Su abuelo alzó la copa de jerez.

—Por tu felicidad, querida nieta. Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo dejar de preguntarme si realmente sabes lo que estás haciendo.

Harriet aún estaba digiriendo las palabras de su abuelo cuando Roan se les unió y sonrió con sinceridad mientras halagaba los jardines. Además, por lo que dijo, parecía saber de lo que estaba hablando.

Pero toda la conversación no podía versar sobre la jardinería y, durante la cena, Harriet se sintió nerviosa, a la espera de que su abuelo preguntara algo que la hiciera traicionarse a sí misma.

Pero pronto descubrió que Roan estaba manipulando la conversación tranquila y habilidosamente, alejándose de tópicos que pudieran mostrar peligrosamente la ignorancia de ella y llevándola al terreno de los temas generales.

Y en esas condiciones él fue dándole información, diciéndole

disimuladamente cosas que ella debería saber respecto al hombre con el que se iba a casar.

Por ejemplo, mencionó que su padre aún vivía, en Grecia, añadiendo sin darle importancia que sus padres se separaron cuando él era pequeño, pero sin entrar en más detalles.

Sin embargo, cuando mencionó que su madre, ya fallecida, era Vanessa Abbot, la famosa artista de miniaturas, Harriet tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse con la boca abierta.

Gregory Flint se vio igualmente sorprendido, pero dijo:

—Eso explica el talento artístico que mi nieta tanto admira en ti.

Pero ¿era verdad?, se preguntó Harriet preocupada. Porque no le extrañaría que su abuelo lo comprobara. Igual que podía intentar averiguar si era cierto lo que Roan había dicho respecto a haber estudiado en un famoso colegio inglés.

Cuando la cena llegó a su fin, Harriet sintió alivio al oír a Roan aceptar jugar una partida de ajedrez con su abuelo. Un juego maravilloso, pensó ella, se jugaba en silencio. Porque no sabía si su sistema nervioso podría soportar más revelaciones.

Esperó a que ambos estuvieran sentados con sus copas de coñac para fingir un bostezo.

—Me temo que el trabajo de esta semana ha acabado conmigo. Si no os importa, creo que me voy a acostar.

Sopló un beso en dirección a los dos y salió del cuarto de estar deseosa de alcanzar la segundad de su habitación.

Sin embargo, al llegar al pie de las escaleras, oyó a Roan pronunciar su nombre. Se dio media vuelta y, alarmada, lo vio cerrando las puertas del cuarto de estar antes de echarse a caminar hacia ella.

—¿Qué quieres? —preguntó Harriet a la defensiva.

—Sólo estoy obedeciendo órdenes, *matia mou*. Tu abuelo me ha hecho salir para que te dé las buenas noches de modo romántico mientras él piensa en su siguiente movimiento.

—Bien, pues dalo por hecho —respondió ella secamente— Y espero que te acuerdes de todas las mentiras que le has estado contando durante la cena porque mi abuelo tiene una memoria de elefante. ¿Por qué te has inventado tantas barbaridades?

—Porque me ha parecido que era lo que tu abuelo quería oír, querida Harriet. Algo que lo tranquilice, que no le haga pensar que te

estás lanzando a los brazos de un don nadie.

—Sólo de un mentiroso —dijo ella socarronamente—. Pero quizá sea una ventaja. Al menos, no se opondrá a que me divorcie cuando le cuente, con los ojos llenos de lágrimas, que me has traicionado y que me has mentido. En definitiva, que nos has tomado el pelo a los dos.

Él se la quedó mirando unos segundos con expresión reflexiva.

—¿No te parece algo duro portarte así con una persona que, en realidad, sólo quiere tu felicidad?

—El problema es que mi abuelo y yo no estamos de acuerdo en lo que me hace feliz. Y deja que te recuerde que te he pagado para que me sigas el juego, no para que me des tu opinión.

—Quizá seas tú quien deba recordar, Harriet *mou* —dijo él suavemente.

Y sin más, Roan le puso las manos sobre los hombros y tiró de ella hacia sí.

Antes de que Harriet pudiera protestar, la boca de Roan se apoderó de la suya con un duro y arrogante beso.

Harriet intentó zafarse de él, pero los brazos de Roan eran demasiado fuertes. Casi no podía respirar, y mucho menos pensar.

Comenzó a sentirse mareada mientras la presión de los labios de él aumentaba, llevándola a un espacio oscuro y vertiginoso.

Entonces, con la misma brusquedad con la que había empezado, todo se acabó. Roan se echó hacia atrás y la miró sin sonreír.

Ella intentó decir algo, pero ninguna palabra escapó de sus labios.

—Y ahora, vete a la cama —dijo Roan— Te deseo dulces sueños.

Roan se volvió, cruzó el amplio vestíbulo y entró en el cuarto de estar, dejándola mareada y temblorosa. Consciente sólo de que, en cierta forma, se sentía más sola que nunca antes en su vida.

Capítulo 5

Cuando Harriet apareció en el cuarto del desayuno a la mañana siguiente, el único ocupante que encontró fue a Roan, terminando lo que parecía un sustancioso plato con beicon, champiñones y huevos revueltos.

—Buenos días —dijo él poniéndose en pie educadamente— Tu abuelo me ha pedido que te diga que hoy va a desayunar en su habitación.

—Ah —Harriet se sirvió un cuenco de cereales con leche. Entonces, frunció el ceño—. No está enfermo, ¿verdad?

—No, en absoluto —Roan volvió a sentarse y se sirvió otra taza de café— Creo que lo ha hecho para que estemos los dos solos desayunando.

—Qué equivocado está —respondió ella fríamente—. ¿Qué tal la partida de ajedrez?

—Acabó en tablas. Ninguno de los dos dimos con el punto débil del otro.

—Mi abuelo no tienen ningún punto débil —dijo Harriet—. Te sugiero que, en el futuro, juegues al ajedrez en otra parte.

—Acostarte temprano no ha mejorado tu humor, Harriet. ¿Has cambiado de parecer respecto a casarte conmigo?

—Por supuesto que no —respondió ella—. Por extraño que parezca, has conseguido caerle bien a mi abuelo. Así que, una vez que hayas firmado el contrato prematrimonial, la boda se llevará a cabo como pensábamos y con la bendición de mi abuelo.

—Aunque él no esté presente, ¿no? —dijo Roan con voz queda —. Me ha dicho que no está de acuerdo con los matrimonios civiles.

Entonces, tras un breve silencio, Roan volvió a ponerse en pie.

—En fin, debo irme, Harriet. He pedido un taxi para que me lleve a la estación.

Y tras esas palabras, Roan se marchó, dejando a Harriet sentada a la mesa con un cuenco de cereales que ya no quería.

Harriet se puso un vestido de lino color crema para su boda. O se ponía ese vestido o uno de sus numerosos trajes de pantalón sin forma. No tenía otra cosa en el guardarropa.

En cualquier caso, sintió una ligera insatisfacción al mirarse al espejo antes de marcharse.

Había pedido un taxi por teléfono para llevarla al juzgado y, mientras se sentaba en el sofá del cuarto de estar a esperar, extendió el cheque que le había prometido a Roan; luego, lo metió en un sobre, añadiendo una pequeña nota: *Con mis mejores deseos para tu futuro.*

Estaba nerviosa, aunque sabía que no tenía de qué preocuparse, Roan había firmado el contrato prematrimonial que Isobel, su abogada, había preparado, pero Roan había ido a firmar acompañado de su propio abogado, Jack Maxwell, que había examinado el contrato palabra por palabra.

En ese momento, sonó el interfono anunciando la llegada del taxi.

Cuando llegó al juzgado, descubrió que estaba medio esperando que Roan no se encontrara allí. Pero sus esperanzas se vieron truncadas cuando lo encontró en la sala de espera enfundado en un elegante traje oscuro con una rosa blanca en la solapa.

Roan debía de tener algún amigo con mucha ropa, pensó Harriet mientras se le acercaba. Sin embargo, ninguno de los dos hombres que acompañaban a Roan eran tan altos como él, aunque sí iban muy bien vestidos y ambos llevaban rosas blancas en las solapas.

Muy apropiado para la ocasión, pensó Harriet mordiéndose los labios. Mientras que ella no llevaba ni una margarita en la mano.

De repente y ridículamente, Harriet deseó haberse tomado más molestias en vez de vestirse como solía hacerlo. Sintió no haberse arreglado mejor el pelo y no haberse maquillado.

Porque, aunque no lo pareciera, era una novia y aquél era el día de su boda.

Uno de los acompañantes de Roan se le acercó. Era un hombre robusto de cabello rubio, mandíbula cuadrada y bien parecido.

—Buenos días, señorita Flint —dijo sin especial simpatía—. Soy Jack Maxwell y éste es mi compañero de trabajo. Cari Winston. Hemos venido como testigos.

Ese hombre parecía más un jugador de rugby que un abogado, pensó Harriet con sorpresa.

—¿Le parece bien que completemos la parte económica del trato sin más dilaciones? Mi cliente me ha autorizado a aceptar en su nombre el dinero que usted le debe.

Sorprendida, Harriet miró a Roan, que asintió sin sonreír. Fue entonces cuando le dio el sobre al abogado, arrepintiéndose de la nota que había escrito.

Al cabo de unos minutos los llevaron a una estancia donde tuvo lugar la ceremonia, que acabó rápidamente.

Una vez en la calle, se hizo un incómodo silencio, que Jack Maxwell interrumpió:

—Bueno, amigos, propongo ir a almorzar a algún sitio.

Harriet iba a abrir la boca para decirle que ella no podía porque tenía que ir al trabajo cuando, justo a tiempo, se dio cuenta de que la invitación no la incluía a ella.

Para disimular su irritación, alzó la barbilla y se acercó a Roan sonriendo.

—Adiós, señor Zandros. Ha sido un placer hacer negocios con usted —Harriet se quitó el anillo de boda y se lo devolvió—. Como pequeño recuerdo de nuestra transacción.

Y sin más, se dio media vuelta y se marchó.

Aquella tarde, cuando llegó a su casa, Harriet sólo pensaba en darse un baño para relajarse.

El sol del atardecer estaba desvaneciéndose, por lo que bajó las persianas del cuarto de estar y encendió un par de lámparas antes de dirigirse a su cuarto de baño, quitándose la ropa por el camino.

Una hora más tarde, se puso un pijama de satén color melocotón y comenzó a cepillarse el cabello relajadamente. Le encantaba el orden de su casa, la paz y la tranquilidad que le confería...

De repente, frunció el ceño. Acababa de oír cerrarse una puerta cerca de donde estaba...

Se quedó inmóvil durante unos segundos, sin apenas respirar, diciéndose a sí misma que debía de haber sido producto de su imaginación. No podía tratarse de su puerta porque la había cerrado con llave, siempre lo hacía.

Por primera vez, Harriet sintió no tener un teléfono en el dormitorio y haberse dejado el móvil en el cuarto de estar, dentro de la cartera.

No, no había de qué preocuparse. Una de las ventajas de un edificio como el suyo era que había un conserje, George, un ex

soldado del ejército. Lo que ocurría era que aún estaba nerviosa por el ajetreo de aquel día.

No obstante...

Respirando profundamente, dejó el cepillo del pelo y, descalza, fue al cuarto de estar.

Y se quedó boquiabierta con lo que vio...

—*Kalimera*, Harriet *mou* —dijo Roan Zandros con una sonrisa.

Estaba en el centro de la estancia, vestido con el traje que había llevado a la boda, a excepción de la corbata y una mochila a la espalda.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella disimulando su nerviosismo. Las piernas le temblaban de tal modo que tuvo que hacer un esfuerzo para no apoyarse en el marco de la puerta.

—¿Dónde si no iba a estar? —él dejó la mochila en el sofá, seguida de la chaqueta del traje. Los oscuros ojos de Roan la miraron con expresión desafiante—. Nos hemos casado hoy, ¿o se te había olvidado?

Roan debía de haberse enterado de su dirección por el contrato prematrimonial.

—¿Cómo has entrado?

—El conserje me ha dado una llave —respondió él— Tengo que devolverla por la mañana.

Las implicaciones de esas palabras dejaron a Harriet con la boca seca.

No podía ser. No era posible que él estuviera allí, invadiendo su intimidad y pillándola por sorpresa... Y con sólo un fino tejido de satén cubriéndola.

Algo que a él tampoco se le había escapado, notó Harriet al verlo pasear la mirada por su cuerpo de arriba abajo.

Pero no iba a perder el tiempo preocupándose por su ropa o falta de ella. Lo importante era no perder la cabeza, comportarse con dignidad y decisión y echarlo de allí.

—Eso es nuevo —dijo Harriet con voz fría.

—¿El qué? ¿Que el conserje tenga una llave?

—No, que George le dé mi llave a un desconocido. Podría perder su puesto de trabajo por eso.

—¿Perder el trabajo por darle la llave a tu marido? —Roan sacudió la cabeza— No lo creo.

—En cualquier caso, preferiría que se la devolvieras y te marcharas.

—El problema es que, esta noche, lo que importa no es lo que tú prefieras, sino lo que yo prefiera —respondió él incisivamente—. Y voy a quedarme.

Harriet encontró dificultad para respirar.

—Si se trata de una broma, no le encuentro la menor gracia —dijo ella con voz repentinamente ronca—. Por última vez, márchate.

—No estoy bromeando —Roan comenzó a quitarse los gemelos de la camisa— Y tampoco voy a marcharme.

Sus miradas se encontraron.

—Porque estoy aquí para exigir mis derechos matrimoniales, *agapi mu* —continuó Roan con voz suave—. Una de los pocos derechos que me concede ese contrato draconiano que has insistido en que firme.

Roan hizo una pausa antes de añadir:

—Y algo de lo que estoy decidido a aprovecharme.

Con voz tensa, Harriet consiguió decir:

—Yo... creo que debes de haberte vuelto loco. Nuestro contrato especifica que vamos a llevar vidas separadas. Lo sabías y lo has firmado.

—He firmado que no iba a vivir en tu casa. Pero si también querías negarme el disfrute de tu cuerpo, deberías haberlo estipulado en el contrato. Sin embargo, no lo has hecho, querida Harriet; por lo tanto, no estoy incumpliendo ninguna cláusula del contrato.

Ése era el motivo por el que había pasado tanto tiempo en el despacho de Isobel examinando los papeles, pensó Harriet.

«Imbécil», se dijo a sí misma. «Estúpida. ¿Cómo has podido permitirte ese lapso?»

Porque no se le había pasado por la cabeza que él pudiera querer...

—Esto es un sinsentido —dijo ella con voz fría—. He dejado muy claro que no tengo intención de ser tu esposa en ningún sentido de la palabra.

—No obstante, no te paraste a pensar cuáles podían ser mis intenciones. Pero no te preocupes, no tengo pensado venirme a vivir contigo —Roan miró a su alrededor—. Este ambiente me resulta algo frío; por lo tanto, sólo pasaré aquí esta noche.

Roan dejó los gemelos encima de la mesa de centro y comenzó a desabrocharse la camisa.

Entonces, Roan le sonrió:

—Bueno, esperemos que tu cama sea más cómoda que el cuarto de estar. Estoy deseando averiguar si es así.

Capítulo 6

Harriet se sintió como si fuera de piedra. Se lo quedó mirando mientras él se desnudaba. No podía actuar y no podía pensar. Tragó saliva y dijo:

—Debes... de estar completamente loco. No obstante, tienes que comprender que no estoy dispuesta a dormir contigo.

—Eso no es ningún problema... porque yo tampoco tengo interés en dormir.

Se hizo otro terrible silencio durante el cual ella lo vio desabrocharse el cinturón...

—Por favor, no sigas. Para.

Roan se quedó quieto momentáneamente.

—¿Hay alguna cláusula en el contrato que establezca lo que debo llevar en la cama? Si es así, no lo recuerdo.

—No es cuestión de cláusulas, sino de decencia, algo que tú no pareces tener. Y si lo que intentas es sacarme más dinero, no te vas a salir con la tuya aunque te desnudes una docena de veces delante de mí. He sido una estúpida al fiarme de ti, pero nuestro matrimonio termina aquí.

—No, todavía no, mi querida esposa. Acaba de empezar.

Harriet sintió un repentino vacío en el estómago.

—No voy a prestarme a tu chantaje, prefiero ir a los tribunales.

—Sería un caso fascinante —Roan se llevó las manos a las caderas—. Imagínate lo que diría tu abuelo. De ser así, creo que podrías despedirte de Gracemead, ¿no te parece?

Harriet sabía que tenía que hacer algo por controlar aquella situación antes de que fuera demasiado lejos.

Pero, en ese momento, Roan se le acercó...

—¡No! —Exclamó Harriet presa del pánico—. Está bien, te pagaré lo que quieras, pero márchate. Déjame sola.

—Harriet —dijo él con voz suave—. Hoy me he casado contigo. Esta noche te voy a poseer, tal y como quería desde el principio. Y, a pesar de lo que creas, no es una cuestión de dinero.

—Entonces, ¿qué es? —Preguntó ella con voz ronca—. ¿Se trata de una venganza por haber herido tu orgullo? Porque está claro que tú

no me deseas y lo sabes perfectamente.

Roan suspiró.

—Si no te deseara*, pedhi mou*, no estaría aquí. Y sí, es posible que, al principio, estuviera enfadado contigo por haber creído que yo estaba a la venta al aceptar ese ridículo trato. Pero el enfado no me duró mucho —Roan le sonrió—. Porque desde la primera vez que te toqué, me di cuenta de que había un cuerpo delicioso debajo de esa ropa sin forma con la que te vistes.

Roan paseó su oscura mirada por los pechos de ella, su cintura, las caderas, los muslos…

—Y si el instinto no me falla, debes de ser encantadora —añadió él con voz dulce.

—No me interesan tus halagos —dijo Harriet con voz temblorosa.

—Puede que cambies de opinión cuando intimemos más.

—Ni lo sueñes —dijo ella con violencia—. Porque, lo que estás haciendo en realidad, es forzarme a estar contigo cuando no quiero estarlo.

—¿Estás segura de eso? —preguntó Roan—. No te creo.

—Te equivocas —Harriet proyectó en su mente la imagen de la rubia que había visto en el estudio de él—. Dime, ¿cuántas mujeres necesitas para satisfacer tus instintos?

—Con una me conformo —Roan sonrió traviesamente—. Aún no me ha dado por las orgías.

Él, entonces, le agarró las manos.

—Roan… por favor. No… No lo hagas —rogó ella en un susurro.

—¿Que no haga qué, Harriet? —Roan sacudió la cabeza—. Ni siquiera lo sabes.

«Te equivocas», pensó Harriet. «Claro que lo sé, lo sé desde pequeña. Mi madre iba de hombre en hombre como mariposa de flor en flor en busca de lo imposible… Recuerdo sonidos en la noche cuando era demasiado pequeña para comprender su significado. Y también recuerdo los gritos, las peleas, los portazos… Pero lo peor eran los silencios. Y luego el llanto y la desesperación. Y después otro hombre y el ciclo volvía a empezar.

Y juré que eso jamás me ocurriría a mí. Me juré a mí misma no ser nunca como ella, esclava de un hombre y esclava del deseo sexual.

Me juré a mí misma ser completamente independiente y también que mi cuerpo sólo me pertenecería a mí».

Roan la abrazó y en ella, temblando, se mezclaron el miedo y la ira mientras le ponía las manos en el pecho en un intento por apartarlo.

—Suéltame. Déjame, maldito seas. ¡Jamás te perdonaré esto! ¡Jamás!

Tal y como había temido, Roan controló sus esfuerzos por liberarse con facilidad: le sujetó las muñecas con una mano a su espalda y, con la otra mano le alzó la barbilla para poseerle la boca.

Y no sólo la boca, pensó Harriet sintiéndose humillada, ya que unos botones de la blusa del pijama se le habían desabrochado con el forcejeo, exponiéndole los pechos a la mirada de él.

—Eres preciosa —susurró Roan con voz ronca mientras la atraía hacia sí, pegándose los senos al cuerpo.

Y entonces la besó.

Fue un beso peligroso. Peligroso porque los labios de Roan eran cálidos e increíblemente tiernos al acariciarla, decididos a excitarla. Cosa que era lo último que había esperado... y querido.

Harriet quería que fuera duro con ella, incluso cruel, para poder odiarlo y mostrarle su desdén.

Pero ahora se daba cuenta, por primer vez, de lo peligroso que era Roan, mucho más de lo que había supuesto. Porque estaba despertando en ella algo que le asustaba, y lo estaba haciendo con el calor de su cuerpo, con su increíble e intoxicante aroma de hombre mientras la abrazaba.

Y lo peor de todo era la dureza de Roan contra sus muslos, la prueba de que sí la deseaba. Y esa clara erección estaba desencadenando en ella una instantánea y vergonzosa respuesta, una respuesta de deseo animal.

Pero no, no podía ser. ¿No era ella inmune a eso? ¿No se basaba su vida entera en la decisión que había tomado de permanecer célibe?

Sin embargo, su mundo entero se estaba derrumbando, consumido por una llama desconocida para ella hasta aquel momento. Pero tenía que combatir la llama antes de que se convirtiera en un incendio.

En ese instante, Harriet se dio cuenta de que tenía las manos libres y de que Roan había apartado su boca de la de ella y la estaba

mirando con expresión arrogante y triunfal.

Ella le devolvió la mirada mientras se decía a sí misma que no era demasiado tarde; que, por algún inexplicable motivo, él le estaba ofreciendo una salida. Que si volvía a decir que no, la escucharía y no la forzaría más. Que la dejaría.

Y lo único que tenía que hacer era decírselo. Pero ningún sonido escapó de su garganta.

Ni siquiera cuando Roan volvió a tocarla, a acariciarle la mejilla y la garganta. Ni siquiera cuando bajó una mano para acariciarle la cadera...

¿Por qué estaba ahí sin reaccionar, sin moverse, casi desnuda? Y mirándolo como... como si estuviera esperando...

Y en ese momento, Roan bajó la cabeza y su boca encontró los entreabiertos labios de ella con renovada y sensual urgencia, deslizando la lengua por la suya con insistente exigencia.

Harriet tembló de placer mientras el beso profundizaba. Y ella dejó de existir como una fría y ambiciosa mujer profesional para ser sustituida por una criatura a la que no conocía, una mujer que, por primera vez en la vida, estaba permitiéndole a un hombre explorar su boca con apasionada sexualidad. Y ésa era sólo la primera de sus exigencias.

Porque, al mismo tiempo, la mano de Roan empezó a acariciarle un pecho, cubriéndoselo al tiempo que empezaba a juguetear con el pezón de una manera que la dejó casi sin respiración.

—Oh, Dios mío... —las palabras salieron entrecortadas— Yo... no puedo... por favor...

Sin hacerle caso, Roan apartó la mano de su pecho para desabrocharle el resto de los botones de la chaqueta del pijama y bajárselo por los hombros antes de pasarle las yemas de los dedos por la espalda, haciéndola arquearse hacia él, lo que hizo que la erección de Roan le invadiera el fuego húmedo de su entrepierna.

Harriet jadeó y Roan, aún besándola, la levantó en sus brazos y la condujo al dormitorio.

Después de abrir la cama, la depositó en ella y después se enderezó para bajarse la cremallera de los pantalones, dispuesto a deshacerse del resto de su ropa.

—Por favor, apaga la luz —dijo Harriet con una voz que apenas podía reconocer.

—¿Para no verme? —preguntó él con voz suave—. ¿O para que yo no te vea? En cualquiera de los dos casos, olvídalo. Esta noche vas a necesitar todos tus sentidos, *matia mou*.

—Eres un depravado —dijo Harriet, un eco de su dominada fiereza—. Me das asco.

—Eso dímelo mañana —dijo Roan lacónicamente.

Y, al instante, se tumbó a su lado y la abrazó con ágil fuerza, haciéndola enfrentarse a la realidad de su desnudez.

—No te resistas a mí, Harriet. A pesar de lo que puedas pensar, sé ser paciente. Y no voy a hacerte daño.

Roan volvió a besarla, acallando cualquier posible protesta, y jugueteó con su lengua con irresistible sensualidad.

Mientras la besaba, le acarició los pechos antes de desabrocharle el botón del pantalón y quitárselo mientras la miraba con sensual intensidad.

Con el rostro encendido, Harriet trató desesperadamente de taparse, pero él se lo impidió.

—Eres demasiado hermosa, no debes ocultar tu cuerpo —le dijo Roan con ternura—. Eres mucho más bonita de lo que había soñado. Y cuando te ruborizas, eres como una rosa, Harriet *mou*. ¿Lo sabías?

Roan volvió a besarla, lenta y más profundamente. Y en contra de sí misma, Harriet sabía que quería responderle. Deseaba rodearle el cuello con los brazos y estrecharlo contra sí, y pedirle que no parase nunca.

Y odiarlo, incluso odiarse a sí misma, no cambiaba nada.

Cuando Roan, por fin, alzó la cabeza, Harriet sintió una gran humillación al oír su propio gemido. Él le murmuró algo en griego con voz ronca y tierna antes de volver a acariciarle la piel con la yema de los dedos.

Harriet sintió su cuerpo rindiéndose a esas caricias y se dio cuenta de que estaba sintiendo cosas que no sabía que existieran. Y más allá… lo completamente desconocido. Lo inimaginable.

Roan le besó los pechos entonces y Harriet dejó de pensar, todo su ser concentrado en esa erótica sensación.

La lengua de Roan le acarició los pezones, produciéndole placer mezclado casi con dolor, mientras le acariciaba el vientre con las manos, las caderas…

Harriet se movió con agitación, presa de un deseo puramente carnal, rogándole en silencio que no se detuviera ahí porque no podría soportarlo. Lo necesitaba todo, aunque jamás pudiera perdonarse a sí misma tal rendición.

El mañana sería otra cosa. Pero esa noche… esa noche…

Como si le hubiera leído el pensamiento, Roan llevó los dedos al vértice entre sus piernas, acarició la esencia de su feminidad… y la penetró con suavidad.

Harriet lanzó un gemido de puro placer y deseo, arqueándose hacia él, ofreciéndose a él sin disimulo.

—Paciencia, *agapi mu*. No quiero hacerte daño —le susurró él con suavidad, pero el sutil movimiento de sus dedos dentro de ella fue completamente preciso y seguro.

Y exquisita e irresistiblemente placentero, pensó Harriet. Desencadenando una serie de pequeñas e increíbles sensaciones que le hicieron desear más, mucho más.

Lo quería todo, todo. Y, de repente y aterradoramente, se dio cuenta de que lo deseaba a él también, completamente.

En ese momento, las caricias de Roan profundizaron, se tornaron más explícitas. Y el placer que hasta entonces había sentido Harriet cobró una vida distinta, se transformó en algo intenso que la condujo a una espiral de deleite. Mientras se arqueaba y gemía, gritó cuando aquella espiral de placer alcanzó su cima. De repente, el cuerpo de ella entró en una serie de convulsiones y espasmos que contenían agonía y placer inimaginable.

Y gimió su incontrolable felicidad contra la boca de él.

Después, un silencio interrumpido sólo por la sonora respiración de ella mientras yacía con los ojos cerrados, luchando por recuperar el control de un cuerpo que tan totalmente la había traicionado.

Consciente de que aún seguía en los brazos de él, con los labios de Roan en sus cabellos, se dio cuenta de que, en el fondo, nada había cambiado. Roan seguía siendo un extraño, un depredador, un engatusador. El enemigo al que nunca perdonaría su pérdida de independencia sexual.

Por fin, él la soltó y Harriet lo sintió acercarse al borde de la cama. Entonces, oyó el sonido de un pequeño envoltorio al abrirse y comprendió su significado: Roan no quería dejarla embarazada.

Roan la tomó en sus brazos una vez más con toda la fuerza de su erección patente, exigiendo acceso para consumar su unión.

Cuando fue a besarla, ella volvió la cabeza bruscamente.

—¿Enfadada, *matia mou*? —Preguntó él con voz queda—. ¿Enfadada por haber aprendido algo sobre ti misma que desconocías?

—¿Es ésa la excusa de tu repugnante comportamiento? —preguntó Harriet con voz ronca— ¿Que me conoces mejor que yo misma? Gracias por nada, sinvergüenza.

Se hizo un silencio, que Roan rompió.

—Por extraño que parezca, estaba intentando hacerte lo más suave posible tu iniciación al sexo, Harriet. Pero quizá haya sido una estupidez por mi parte, quizá debería haber ignorado tu inexperiencia y haberte poseído sin contemplaciones. En fin, no voy a cometer el mismo error una segunda vez.

Y casi sin darle tiempo a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Roan la penetró.

Harriet jadeó y él se quedó quieto.

—¿Te he hecho daño?

—No —respondió ella con un hilo de voz.

Y era verdad porque, mientras Roan se movía dentro de su cuerpo, Harriet no sentía dolor, sino incredulidad. Incredulidad por lo mucho que distaba aquello de la humillación que había temido que sería.

De hecho, el controlado ímpetu de los movimientos de Roan en su cuerpo estaba provocando un efecto que jamás había creído posible.

Empezaba a sentir algo intenso y maravilloso, y no sólo su cuerpo se había rendido, sino también su mente.

Y por mucho que se arrepintiera después, quería llegar al final, quería conocerlo todo…

Con los ojos medio cerrados, Harriet le acarició los brazos, los hombros, el cuello… Roan la miró con intensidad, bajando la cabeza para que ella pudiera alcanzarla de así quererlo, desafiándola.

Harriet respiró profundamente y comenzó a acariciarle el rostro. Rápidamente, Roan le atrapó los dedos con la boca y se los chupó, suave y sensualmente, antes de besarle los pechos y lamerle los pezones.

Un violento deseo se apoderó de ella. Gimió, se arqueó hacia él y lo oyó gruñir suavemente.

—Abrázame —le ordenó Roan con voz ronca.

Y Harriet obedeció.

Roan la besó con incontrolable pasión y ella le respondió con igual violencia sexual en unos momentos de un loco placer que se mezclaba con agonía.

Y entonces Harriet se sintió perdida, ciega, ahogándose en una oscura y aterradora magia mientras su cuerpo se esforzaba con desesperación por alcanzar el momento del éxtasis.

Como a distancia, lo oyó decir:

—Ahora...

Y, de repente, ahí estaba ese fiero y enloquecedor placer salvajemente intensificado. Harriet gritó con una voz irreconocible mientras se sentía consumir en el éxtasis más puro.

Capítulo 7

Sabía que debía moverse, pensó Harriet adormilada al cabo de un rato. Sabía que debía decirle que se marchara ahora que ya había conseguido lo que quería. Sin embargo, quería quedarse justo como estaba, disfrutando esos momentos de gloriosa satisfacción.

Pero fue Roan quien se apartó de ella, se sentó en la cama y plantó los pies en el suelo. Luego, se levantó, se estiró perezosamente y cruzó la habitación.

Al cabo de un par de minutos, Harriet oyó la ducha del cuarto de baño. Y, con resentimiento, pensó que Roan se estaba comportando como si se encontrara en su casa... como si llevaran casados toda la vida.

Cuando Roan regresó a la habitación, llevaba una toalla atada a la cintura y, con otra, se estaba secando el pelo.

—Siéntete como en tu casa —dijo ella en tono gélido.

—Gracias, *agapi mu* —Roan, con una sonrisa, miró a su alrededor—. Sin embargo, no creo que llegue a serlo nunca. A propósito, te estoy llenando la bañera.

—¿Por qué? —preguntó ella mirándolo fijamente.

Roan se encogió de hombros.

—El agua caliente tranquiliza, tanto el cuerpo como la mente —entonces, comenzó a caminar hacia el cuarto de estar—. No dejes que se enfríe el agua.

Harriet le lanzó una furiosa mirada, pero no se le ocurrió ni un solo motivo para no seguir su consejo.

Cuando salió del baño, él la estaba esperando.

—Vamos, ven a la cama. Ha llegado la hora de seguir con tu educación sexual.

—Pareces decidido a someterme a cualquier forma de degradación —dijo ella con voz ahogada.

Roan sonrió burlonamente.

—Sí, querida. Créeme, las posibilidades son infinitas y estoy deseando explorarlas contigo —Roan se quitó la toalla que llevaba atada a la cintura y la dejó caer—. Pero si esperas que vuelva a seducirte, estás equivocada. Esta vez, quiero que tú me hagas el amor.

—Oh, Dios mío, no.

—¿Por qué no, Harriet? —Dijo él, pronunciando su nombre como una caricia—. ¿En serio no te gusta estar en la cama conmigo?

Harriet no podía responder porque no tenía sentido mentir.

—A mí sí me gusta que me toques —continuó Roan—, es un placer que quiero repetir. Y a ti también parece gustarte. Así que... vamos, métete en la cama.

Harriet lo obedeció hasta sentir el calor de Roan sobre su cuerpo, provocando una instantánea respuesta en ella.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Harriet se inclinó sobre él, permitiendo que sus pezones le rozaran el pecho. Lo oyó contener el aliento.

—Harriet, cielo... *agapi mu* —dijo él con voz ronca.

Ella se aproximó a su rostro, su boca a escasos milímetros de la de Roan.

—Pero no te amo —susurró Harriet con pasión—. Y nunca te amaré.

Por la mañana, Harriet se despertó sintiéndose totalmente descansada y... sonriente.

De repente, se sentó en la cama con un sobresalto... al recordar. Había pasado la mayor parte de la noche haciendo el amor con creciente deseo y una falta de inhibición tal que ahora, a la luz del nuevo día, le hacían avergonzarse de sí misma.

Aguzando el oído, buscó indicación de la presencia de Roan en la casa, pero sólo encontró silencio.

Mordiéndose los labios, miró el reloj encima de la mesilla de noche y ahogó un grito. Además de Roan, también se le había ido media mañana. Iba a ser la primera vez que llegaría tarde al trabajo.

Se dio una ducha rápida y se visitó. Mientras se peinaba, se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. No tenía sentido llegar tarde al trabajo y con el estómago vacío, por lo que fue a la cocina y se preparó una tostada y té.

Untó miel en la tostada y comió y bebió de pie antes de agarrar su bolso.

Al cruzar el cuarto de estar camino a la puerta, vio un trozo de papel en la mesa de café y, encima del papel, vio un círculo dorado.

El anillo de bodas que ella le había devuelto a Roan el día

anterior después de la ceremonia. Escrito en el papel, en letras negras, una sola palabra: *Souvenir*.

Había sido una venganza por parte de él, pensó con un repentino y profundo vacío.

Y tendría que aprender a vivir con ello.

En ese momento, el teléfono sonó y, con un sobresalto, Harriet se apresuró a contestar.

—¡Tessa! ¿Cuándo has vuelto?... Sí, estoy bien, igual que siempre, ya sabes. ¿Almorzamos el domingo juntas como de costumbre? Estupendo.

Necesitaba algo que la distrajera, pensó al colgar. E intentó olvidar que, durante un momento, al oír la voz de su amiga, había sentido una punzada de desilusión.

Capítulo 8

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tessa.

Harriet se enfrentó a aquella mirada interrogante con aplomo.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, te veo… cansada. Más que cuando nos marchamos.

—En ese caso, me alegro de haber traído este tónico —Harriet dejó la botella de champán que había llevado encima del mostrador de la cocina—. Tú, por el contrario, estás guapísima.

Harriet contempló el delicado bronceado de su amiga, que vestía una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos.

—Lo que pasa es que tengo mucha hambre —añadió Harriet—. ¿Qué es lo que huele tan bien?

Tessa encogió los hombros.

—Roast beef y la guarnición de costumbre. Sé que hace demasiado calor para esta comida, pero a Bill le encanta y no sé negarle nada.

Tessa indicó con un dedo las puertas de cristal abiertas que daban al patio y, en ese momento, oyeron una maldición en la distancia.

—Está construyendo una caja para dar de comer y beber a los pájaros —luego, alzó la voz en dirección al jardín—. Querido, deja eso, Harriet ya ha llegado.

Su marido se reunió con ellas, chupándose los nudillos de las manos.

—Malditos pájaros —Bill dio un beso a su esposa en la cabeza y abrió la botella—. ¿Todo bien, Harriet? Se te ve…

—Cansada —dijo Tessa al ver titubear a su marido.

Bill sirvió el champán y dio una copa a cada una.

—Harriet, cariño, deberías ir a Grecia —dijo Bill—. Es el sitio perfecto para descansar.

—Te creo —respondió Harriet sonriendo.

«Aunque es el último lugar en el mundo al que iría».

—Bueno, Harry, dime qué tal sigue la guerra que te traes con tu abuelo —preguntó Bill sentándose en una silla—. ¿Lo has convencido

ya de que entienda tu punto de vista?

—Digamos que… aún mantengo la esperanza—respondió Harriet evasivamente.

Bill vació su copa de champán y se puso en pie.

—Bueno, será mejor que vuelva al trabajo. ¿Quieres venir a ayudarme? —le preguntó a Harriet.

—Me encantaría, pero voy a quedarme aquí viendo a tu mujer cocinar. Quién sabe, a lo mejor aprendo algo —respondió Harriet.

A Tessa se le iluminaron los ojos.

—¡No me digas que quieres aprender a cocinar! Dios mío, ¿significa eso que has conocido a alguien?

Durante un instante, Harriet se sobresaltó. «No, no lo saben. No puede ser que lo sepan».

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, al parecer, cuando una mujer conoce a un hombre, lo primero que quiere hacer es darle de comer. A mí me pasó eso. Estaba loca por impresionar a Bill con mis habilidades culinarias —Tessa se interrumpió para mirar a su marido con una expresión de ensoñación —. Y lo segundo es tener un hijo.

—Ah —Harriet se los quedó mirando a los dos—. ¿Significa eso que…?

—Sí, eso es —respondió Bill—. Harriet, vas a ser madrina.

—¡Es maravilloso! —Exclamó Harriet con voz ronca—. ¿Desde cuándo lo sabéis?

—Nos enteramos justo antes de irnos de vacaciones, por lo que hemos tenido dos semanas para hacer planes —Tessa hizo una pausa — Para empezar, voy a dejar mi trabajo.

—Pero si te encanta tu trabajo…

—Sí, pero ahora tengo otras prioridades —Tessa suspiró—. Ya sé que tú no estás de acuerdo, pero intenta comprender que, para mí, el amor es lo primero.

—Quieres decir que no puedo comprenderlo porque soy una mujer fría y dura a quien sólo le importa su carrera profesional, ¿no es eso? —Harriet se acercó a ambos y les dio un abrazo—. Lo siento, amigos. La verdad es que creo que es la mejor decisión que podíais tomar.

—Oh, cielo —Tessa tragó el nudo que se le había puesto en la garganta— No sabes cómo me gustaría que fueras tan feliz como nosotros.

—Lo seré —prometió Harriet—. Eso sí, a mi manera.

Fue un almuerzo maravilloso: sol, risas y una comida deliciosa.

Harriet vio a sus amigos desde una perspectiva distinta, fijándose en cómo se comportaban el uno con el otro, en cómo se miraban y hablaban, íntimas sonrisas, ternura...

Eran personas normales enamoradas, pensó ella con un doloroso nudo en la garganta.

De repente, la asaltó el recuerdo de los fuertes latidos del corazón de Roan bajo su mejilla, de aquellos brazos alrededor de su cuerpo, de dormirse sintiéndose extrañamente segura con él.

Pero, al despertarse, había descubierto que todo era una ilusión.

«Quiero lo que vosotros tenéis», pensó Harriet con profunda pena. «Pero algo me dice que jamás seré tan afortunada».

Era ya por la tarde cuando Harriet se despidió de sus amigos, prometiéndoles volver pronto.

En el asiento trasero del taxi, empezó a sentir una sobrecogedora pesadumbre y, de repente, se dio cuenta de que se debía a que no quería volver a la soledad de su piso.

Un destino diferente le había pasado por la cabeza.

Bruscamente, se inclinó hacia el taxista y le pidió que la llevara a Hildon Yard.

Sólo para volver a verlo, se dijo a sí misma. Eso era todo lo que quería. Sentarse y hablar con él de verdad. Quizá pudiera verse de vez en cuando, ser amigos y... a lo mejor, amantes de vez en cuando.

«No lo comprendo. No sé qué me está pasando», pensó confusa.

Cabía la posibilidad de que él no quisiera verla o que se echara a reír cuando le explicara el motivo de su visita.

Pero pasarse el resto de la vida preguntándose si no podría haber sido todo diferente era mucho peor.

A pesar de ser domingo por la tarde, la zona estaba muy concurrida, y ella tuvo que acercarse al estudio dando un rodeo, evitando el ruido y la actividad de la gente cargando camiones.

Tuvo que detenerse a esperar que un camión pasara. Y, mientras

esperaba, se dio cuenta de que la puerta del estudio se había abierto. Al instante, vio a Roan salir por la puerta, pero no iba solo.

Harriet vio el rubio cabello de la compañera de él. Luego, la vio poner la mano en la mejilla de Roan antes de que ambos se dieran un abrazo.

Harriet se dio media vuelta y se alejó, diciéndose a sí misma que tenía suerte de no haber llegado antes, de no haberlos encontrado juntos. Al menos, se había librado de esa humillación, aunque no de la agonía que ahora sentía.

Con el corazón encogido, llegó al taxi, que la estaba esperando.

Capítulo 9

Harriet con perplejidad miró el teléfono que tenía en la mano.

—Abuelo… ¿Qué vas a venir a la galería Parsifal para la inauguración de la exposición?

—Naturalmente —respondió Gregory Flint con un deje de impaciencia—. ¿Es que Roan no te ha dicho que me ha invitado?

«No, no me ha dicho nada», quiso gritar Harriet. «No me ha dicho nada porque no hemos estado en contacto desde… desde…».

—Además, quiero ver con mis propios ojos cómo os sienta la vida de casados. Como puedes imaginar, me importa y mucho.

En otras palabras, no había salido del todo del apuro, pensó Harriet. Su abuelo le estaba advirtiendo, disimuladamente, que, además de las pinturas, quería verlos enamorados.

—Sí, claro. Y me alegro de que vengas —Harriet hizo una pausa —. Me encantará ir a cenar a tu club. ¿Te parece bien a las seis y media?

—Perfecto, querida —dijo su abuelo, y colgó. Harriet se dejó caer en el sofá. ¿Qué iba a hacer ahora? Después de un día horroroso en el trabajo, aquello.

Sólo tenía una alternativa: ir a hablar con Roan, por doloroso que le resultara. Gracemead estaba en juego.

La puerta del estudio estaba cerrada. Harriet llamó enérgicamente y esperó. Si Roan estaba con su amante, tardaría algo en vestirse, pensó con incontenible angustia.

Sin embargo, la puerta se abrió rápidamente.

—Ah, Harriet, eres tú. ¿Qué te trae por aquí?

—Siento molestarte, pero necesito hablar contigo… si no te importa.

—Claro que no. Vamos, entra.

Harriet se adentró en el estudio.

—Siéntate, por favor —dijo Roan— ¿Te apetece un café? ¿Una copa de vino?

—No, gracias —respondió Harriet al tiempo que se daba la vuelta, interponiendo algo de distancia entre ambos— No se trata de una visita de cortesía y prefiero quedarme de pie.

Harriet ignoró el sofá con sus mullidos cojines.

—Como quieras. Bien, ¿cuál es el problema, Harriet *mou*? ¿Acaso he quebrado otra de tus reglas sagradas?

—Así es —respondió ella en tono cortante—. Hace un rato, me he enterado de que mi abuelo va a ir a la inauguración de tu exposición. Y, naturalmente, espera encontrarnos allí... juntos. Espera vernos como si realmente fuéramos un matrimonio.

—Somos un matrimonio, *yineka mou* —dijo él en tono duro—. A pesar de que te niegues a llevar el anillo. ¿Quieres que te refresque la memoria?

Durante un instante, Harriet tembló de anhelo. Sabía que, si Roan la tiraba al suelo para poseerla, ella no ofrecería resistencia.

—Lo que realmente querría es que desaparecieses de mi vida, pero has hecho que eso sea imposible.

—No necesariamente —dijo Roan—. Voy a volver a Grecia. ¿Te parece lo bastante lejos o prefieres que me vaya a Australia?

¿A Grecia? Durante unos segundos, Harriet se sintió mareada. Roan iba a marcharse. Se iba. No volvería a verlo.

—Por el momento, lo que me importa es lo que pase durante las próximas veinticuatro horas con el fin de que mis planes no se vengan abajo —Harriet respiró profundamente—. No tenía pensado ir a la inauguración de tu exposición, pero ahora no me queda más remedio. Además, tengo que fingir que estamos felizmente casados y no puedo hacerlo sola, necesito que tú cooperes.

—Harriet, querida, me sorprendes —dijo Roan en tono burlón—. ¿Has venido a pedirme un favor? Estoy emocionado.

—Si no te hubieras puesto en contacto con mi abuelo, como te pedí, esto no sería necesario.

—No seas tonta —dijo él con repentina brusquedad—. Y no lo tomes por tonto a él también. ¿En serio crees que se conformaría con no ver nunca a tu marido?

Harriet se mordió los labios.

—Dime, ¿estás dispuesto a representar el papel de mi marido delante de mi abuelo? ¿Vas a ayudarme?

Roan se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Es sólo una tarde. Pero tú también tendrás que representar bien tu papel —Roan la miró fijamente—. Tendrás que

dejar que te bese y te toque sin dar un salto. Y tendrás que vestirte con algo que te haga parecer una mujer, una mujer que espera que su marido la desnude más tarde. ¿Entendido?

Sí, claro que lo entendía.

—Yo no tengo esa clase de ropa —respondió ella bajando la mirada.

—Pues cómprala —contestó Roan cortantemente—. Y píntate las uñas y ponte el anillo de bodas. Ah, y lleva el pelo suelto.

—Está bien —dijo Harriet en tono seco—. Entonces, te veré en la galería mañana por la tarde. Llegaré con mi abuelo.

—¿Tan pronto te vas? Qué desilusión.

—No te preocupes, estoy segura de que pronto encontrarás consuelo.

—Señorita Flint... perdone, señora Zandros —dijo Desmond Slevin acercándose sonriente a ella que, en compañía de su abuelo, estaba paseándose por la galería.

El dueño de la galería estrechó la mano de Gregory Flint y luego se volvió hacia ella con expresión inquisitiva.

—Ahora que su marido no nos oye, permítame que le diga que está usted encantadora.

Harriet se sonrojó por segunda vez; la primera había sido tras las muestras de aprobación de su abuelo respecto a su aspecto. Sin embargo, no sabía lo que Roan pensaría de su vestido de seda color marfil, por el que había pagado más que por el resto de su guardarropa. ¿Y se fijaría en su melena, que le rozaba los hombros?

En fin, ¿notaría lo mucho que se había esforzado por complacerlo... por última vez?

—Gracias —dijo ella mirando a su alrededor—. No esperaba que viniera tanta gente a la inauguración.

—Yo sí —dijo Desmond Slevin con satisfacción—. Y está yendo muy bien, a pesar de las prisas de última hora; sobre todo, con el último cuadro. Pero ha valido la pena, aunque no esté a la venta.

Desmond Slevin hizo un gesto a un camarero para que se les acercara con una bandeja de bebidas. El señor Flint aceptó una copa de champán, pero Harriet optó por un vaso de zumo de naranja.

De repente, se vio rodeada por unos fuertes brazos.

—*Agapi mu*. Querida —Roan la estrechó contra sí y le besó el cuello—. Estás preciosa.

Roan dejó de apretarla, permitiéndole volver a respirar. Luego, volviéndose al abuelo de ella, que sonreía, añadió:

—Es un honor, señor Flint.

—Y yo estoy encantado con tu éxito, hijo. Ya veo que tienes muchas pegatinas rojas de «vendido» en los cuadros. Al parecer, Harriet tenía razón respecto a eso de que tienes talento.

Roan tomó la mano de ella y se la llevó a los labios.

—Me alegro de que su fe en mí estuviera justificada. Y ahora, si nos lo permiten, quiero presentarle a mi esposa a unas personas.

—¿A quién quieres presentarme? —preguntó ella después de alejarse de su abuelo y del dueño de la galería.

—A nadie... todavía—dijo Roan, tomándole la mano—. Pero quiero hablar contigo un momento. Tengo que explicarte algo de mí que debería haberte dicho antes de casarnos y que ya no puede esperar.

La mente de Harriet proyectó la imagen de una mujer rubia con la mano en la mejilla de Roan. Y dijo rápidamente:

—No es necesaria ninguna explicación. Ya sé todo lo que tengo que saber. Eres un hombre libre, pensé que eso había quedado muy claro.

—Nadie es completamente libre. Harriet...

—Disculpe, señora Zandros —dijo Desmond Slevin, reuniéndose con ellos—. Roan, el crítico de arte del *Daily Tribune* quiere hablar contigo un momento, si no es inconveniente.

—No lo es —dijo Harriet rápidamente con una sonrisa—. Estaré viendo la exposición mientras tú hablas con el crítico, querido.

Roan le soltó la mano con desgana y dijo con voz ronca:

—Enseguida vuelvo. Espérame aquí, por favor. Tenemos que hablar.

«Lo que quieres decir es que tú tienes que hablar y yo tengo que escuchar. Escuchar que me digas lo enamorado que estás», pensó Harriet mientras se detenía delante del cuadro más próximo, una vorágine de color, un asalto a los sentidos que parecía hacerse eco de la confusión emocional en la que ella estaba sumida.

—Es extraño lo diferentes que son algunos de sus cuadros,

¿verdad? —Oyó decir a una mujer en compañía de un hombre que pasaban a su lado—. Este cuadro tan violento y, sin embargo, ese otro, el retrato, es casi poético.

Harriet encontró el cuadro casi al instante; era un lienzo de esplendorosa belleza. Roan había reflejado a la perfección la belleza de su amante.

—Buenas tardes, señora Zandros.

La voz del hombre le resultó vagamente familiar y, recuperando la compostura, se volvió lentamente.

—Ah, el señor Maxwell, ¿verdad? El abogado testigo en nuestra boda.

—Sí —dijo él mirando al cuadro—. Puede que no sea objetivo, pero ese cuadro me parece una obra maestra.

—Es maravilloso, sí—«pintado con amor»—. Pero es natural, es un gran pintor.

—Estoy completamente de acuerdo en eso —el abogado hizo una pausa—. Escuche, ¿le gustaría conocer a Lucy? Está ahí mismo. ¿La ve?

Sí, Harriet la vio. La chica rubia llevaba un vestido rojo ajustado, estaba en el centro de un animado círculo de personas y todos parecían pasarlo bien.

A Harriet se le hizo un nudo en la garganta.

—No, gracias —dijo Harriet—. Creo que es ir demasiado lejos, a pesar de las circunstancias.

El rostro de Jack Maxwell endureció.

—Como usted quiera —dijo el abogado fríamente—. Sé que no tuvimos un buen comienzo, me refiero a usted y a mí, pero esperaba que esta noche pudiéramos comportarnos sin animosidad.

—Créame que lo estoy intentando —respondió ella haciendo un esfuerzo—. Yo... espero que Roan y Lucy sean muy felices.

Se hizo un extraño silencio, que el abogado interrumpió:

—Eso lo dudo. Según mi suegra, se peleaban como el perro y el gato cuando eran pequeños. Se comportaban más como hermanos que como primos, y aún siguen así. Me sorprende que Roan haya logrado pintar el cuadro sin que se haya derramado una gota de sangre.

—¿Primos? —dijo Harriet con incredulidad.

Él asintió.

—Sus madres eran hermanas. Cuando Vanessa volvió de Grecia, Roan y Lucy pasaban mucho tiempo juntos mientras los padres de él se peleaban por su custodia. En fin, supongo que eso ya se lo ha contado.

Harriet sacudió la cabeza.

—No nos casamos por eso y usted debe saberlo.

—Bueno, pensé que quizá las cosas cambiaran —el abogado hizo una pausa—. En fin, Roan me invitó a la fiesta de cumpleaños de Lucy, cuando ella hizo los veintiún años, y así fue como nos conocimos. Y Roan fue el padrino de nuestra boda. Pronto será nuestro tercer aniversario y Roan le hizo ese retrato como regalo para los dos.

Jack Maxwell la miró irónicamente y añadió:

—Es evidente que usted la vio en el estudio y malinterpretó la situación.

Harriet se mordió los labios.

—Me pareció que estaban muy... unidos —respondió ella a la defensiva.

—Y lo están. Es decir, cuando no intentan estrangularse el uno al otro —Jack Maxwell sonrió—. La familia de mi mujer y de su primo es muy expresiva emocionalmente.

Jack Maxwell la miró y añadió:

—Y ahora que sabe que sólo son primos, ¿no quiere venir a saludar a mi esposa? Al fin y al cabo, es de la familia.

—No, no lo soy. Yo... he cometido un estúpido error y me avergüenzo de ello enormemente, pero eso no cambia las cosas. Roan y yo no somos un matrimonio de verdad. Y ahora, si me disculpa...

Harriet se dio media vuelta y se alejó, luchando por mantener la compostura. A pesar de que había sido una perfecta idiota por imaginar una relación que no existía, aún estaba el hecho de que Roan iba a volver a Grecia y no tenía intención de volver.

El instinto le decía que si los celos habían sido una agonía, la soledad sería un infierno. Permitirse intimar más con él sería someterse luego a un mayor sufrimiento.

Estaba decidido a contener la angustia y el dolor que sentía y a borrar de su mente el peligroso recuerdo de Roan.

De repente, oyó a Roan llamándola y se dio cuenta de que estaba avanzando hacia ella.

Al mismo tiempo, oyó la voz de un hombre hablando en tono imperioso, un tono parecido al que utilizaba su abuelo, aunque con acento extranjero.

Vio a Roan detenerse, su expresión tensa. Lo vio mirarla y encogerse de hombros con gesto fatalista antes de volverse hacia el recién llegado.

Era un hombre alto el que avanzaba hacia ellos, guapo y elegantemente vestido, con las sienes canas. Otros dos hombres lo seguían a unos pasos de él.

—Roan, *mou*. Está bien, has ganado —el recién llegado hizo un gesto con la mano—. Reconozco tu triunfo, a pesar de que me haya destrozado el corazón. Pero mantendré mi palabra. Si tu vida es pintar, lo aceptaré.

Roan se quedó donde estaba, sonriendo débilmente. Entonces, dijo con voz queda:

—Eres muy generoso, papá, pero estás equivocado. Nuestra apuesta estipulaba que debía lograr exhibir mis trabajos en el plazo de un año, pero a base de mi propio esfuerzo. No es ése el caso. El éxito de esta noche se lo debo, en parte, a mi esposa, a Harriet. Sin ella no lo habría conseguido y habría perdido la apuesta. Por lo tanto, regresaré a Grecia para ocupar mi puesto como tu heredero dentro de la empresa.

Entonces, Roan se acercó a Harriet, le tomó la mano y la guió hacia su padre.

—Harriet, te presento a mi padre, Constantine Zandros. Papá, mi mujer.

Capítulo 10

—Así que mi hijo se ha casado con una inglesa —dijo Constantine Zandros con una sonrisa que no le llegó a los ojos mientras miraba a Harriet—. Perdona si parezco sorprendido.

Harriet se sentía mareada, atrapada en una pesadilla que no podría olvidar por la mañana.

Estaban en el despacho de Desmond Slevin. Ella estaba sentada, Roan de pie, a sus espaldas con una mano en su hombro. Gregory Flint ocupaba otra silla, cerca de la puerta. Constantine Zandros estaba sentado detrás del escritorio, como un juez presidiendo un tribunal.

—¿Por qué no se me ha comunicado nada hasta ahora? —añadió Constantine Zandros.

—Según la apuesta, no podía haber ningún contacto entre los dos hasta que se ganara o se perdiera —dijo Roan con voz clara y concisa.

—Sin embargo, la boda de un Zandros debería haber sido un motivo de celebración, no algo realizado en secreto y a toda prisa. A menos que... ¿Es eso lo que ha pasado, hijo? ¿Voy a ser abuelo? ¿Es por eso por lo que te has casado con ella?

Harriet se dio cuenta de que su abuelo se ponía tenso en su asiento. Roan le apretó el hombro.

—No, papá. Me enamoré de ella y nos casamos. Eso es todo.

El señor Zandros suspiró con enfado.

—Pero hijo, yo tenía planes para ti. Quería una buena boda con una chica griega. Una chica que supiera llevar tu casa, comportarse con discreción y darte hijos sanos —Constantine Zandros miró el delgado cuerpo de Harriet con aprensión—. ¿Sabe cocinar tu esposa?

—No —respondió Roan con calma—. Pero como tengo un cocinero, eso no tiene importancia. Y deja de asustarla, papá. Ya le está costando bastante aceptar que no soy el pobre artista que creía que era.

—¿Quieres decir que no sabía que eras rico? Eso es imposible — comentó el padre de Roan.

—No sólo eso, sino que me ha ayudado económicamente — contestó Roan— Lo encontré muy refrescante.

—¿Y usted, señor, tampoco lo sabía? —preguntó el señor

Zandros a Gregory Flint.

—Sólo sabía que Roan no era lo que parecía —contestó el abuelo de Harriet tranquilamente.

Se hizo un tenso silencio. Después, Constantine Zandros suspiró.

—En fin, ya está hecho. Supongo que debo aceptarlo.

—Gracias —dijo Harriet con voz temblorosa—. Y ahora que ya ha terminado el examen, me gustaría ir a casa.

—Sí, claro —su suegro inclinó la cabeza—. Roan, lleva a tu esposa al hotel. Y cuando llegues, haz que me envíen un coche para recogerme. Entretanto, charlaré con el señor Flint.

—¿Al hotel? —dijo Harriet sin comprender—. ¿Qué hotel? No lo comprendo. Yo quiero ir a mi casa.

De nuevo, sintió la mano de Roan apretándole el hombro.

—Querida Harriet, ¿qué clase de tontería es ésa? —Dijo su abuelo con frío reproche—. Pareces haber olvidado que tu sitio está al lado de tu marido. Es natural que él y su padre tengan que hablar más tarde; por lo tanto, el hotel es el lugar más apropiado para hacerlo. Y ahora, marchaos. Te veré mañana.

Harriet se puso en pie mientras buscaba una excusa con desesperación.

—Yo... no puedo ir a un hotel —Harriet se señaló el vestido—. Necesito ropa para mañana. No tengo el cepillo de dientes ni mi pijama...

Constantine sonrió burlonamente.

—Tu esposa parece muy modesta, Roan —entonces, miró a Harriet— El Titán Palace te proporcionará todo lo que necesites, hija.

El Titán Palace, pensó Harriet.

—Dios mío, es suyo —entonces, Harriet se volvió a Roan—. Por eso es por lo que nos sirvieron a toda prisa, ¿verdad? Te reconocieron.

—¿Has visitado mi hotel? —preguntó Constantine arqueando las cejas.

—Por pura coincidencia, parte de nuestro cortejo tuvo lugar allí —dijo Roan con voz suave—. Pero sólo en el comedor. Harriet aún no conoce las habitaciones.

Roan y ella salieron del despacho. En la calle, un coche oscuro y lujoso con un chófer uniformado los estaba esperando.

Harriet se acomodó en el asiento posterior en gélido silencio, esperando a que Roan se sentara a su lado.

Cuando el coche se puso en marcha, ella dijo con voz ronca:

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Cómo has podido hacerme una cosa así? ¿Tanto miedo le tienes a tu padre?

—¿A mi padre? —le espetó él—. Se trata de tu abuelo y de este engaño que se te ocurrió a ti sola. Me pediste que te ayudara y eso es lo que he hecho. ¿Y qué se te ocurre decir?: «Mi piso, mi cepillo de dientes, mi pijama». Así no vas a engañar a nadie, querida Harriet. Tanto tu abuelo como mi padre deben de estar preguntándose qué clase de matrimonio es éste.

Roan sacudió la cabeza.

—A mi padre, por supuesto, no le importa nada. Pero tu abuelo es harina de otro costal. Así que, por ahora, recuerda que lo de ser mi esposa fue idea tuya. A menos que esa casa haya dejado de importarte —Roan hizo una pausa—. Si es así, confiésale todo a tu abuelo y acabemos con esta farsa.

Harriet se encogió en el rincón del asiento del coche. Y contuvo el impulso de taparse los oídos.

—No —dijo ella con voz ahogada—. Gracemead sigue significándolo todo para mí.

Roan se encogió de hombros.

—En ese caso, seguiremos con el engaño, aquí y en Grecia.

Roan la miró y añadió asintiendo:

—Sí, Harriet, vas a venir conmigo a Grecia ¿Qué otra opción tienes? ¿O es que crees que tu abuelo aceptaría que viviéramos en países diferentes? Porque estoy seguro de que no.

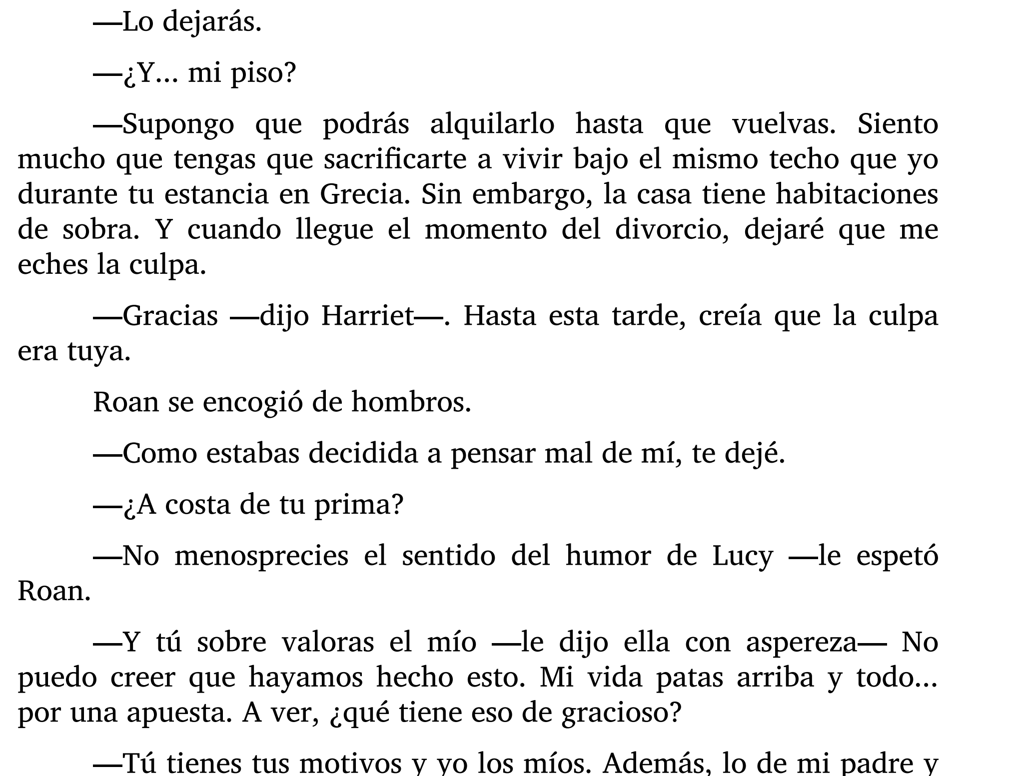
—Yo no puedo marcharme de Inglaterra —dijo ella temblando, rogando—. Aquí tengo mi trabajo, mi vida...

—Creía que estabas dispuesta a sacrificarlo todo por ese montón de piedras.

Harriet se negó a mirarlo.

—Y yo creía que ya lo había hecho.

—No te preocupes, no tendrás que volver a pagar ese precio —Harriet no reconoció el tono de voz empleado por él—. Has logrado convencerme de que mejor que no espere nada de ti como esposa, Harriet, así que no voy a volver a pedirte nada.



Harriet se mordió los labios.

—¿Y mi trabajo?

—Lo dejarás.

—¿Y… mi piso?

—Supongo que podrás alquilarlo hasta que vuelvas. Siento mucho que tengas que sacrificarte a vivir bajo el mismo techo que yo durante tu estancia en Grecia. Sin embargo, la casa tiene habitaciones de sobra. Y cuando llegue el momento del divorcio, dejaré que me eches la culpa.

—Gracias —dijo Harriet—. Hasta esta tarde, creía que la culpa era tuya.

Roan se encogió de hombros.

—Como estabas decidida a pensar mal de mí, te dejé.

—¿A costa de tu prima?

—No menosprecies el sentido del humor de Lucy —le espetó Roan.

—Y tú sobre valoras el mío —le dijo ella con aspereza— No puedo creer que hayamos hecho esto. Mi vida patas arriba y todo… por una apuesta. A ver, ¿qué tiene eso de gracioso?

—Tú tienes tus motivos y yo los míos. Además, lo de mi padre y yo era más que una apuesta —dijo Roan con voz cansada—. Fue el resultado de una serie de desacuerdos. Yo necesitaba independizarme, demostrar que también era el hijo de mi madre. Que la quería y la recordaba con cariño y que no estaba dispuesto a ignorar que había existido y que era mi madre.

Roan hizo una pausa y continuó:

—Ahora, en fin, quiero dirigir la empresa cuando mi padre decida jubilarse. Hay mucha gente por todo el mundo que depende, para su subsistencia, de que nuestra empresa prospere. No va a ser un sacrificio para mí dejar la pintura.

Roan volvió a guardar silencio unos instantes.

—Sin embargo, continuaré pintando cuando el tiempo me lo permita y exhibiré mi trabajo en Parsifal. Ya he hablado con el señor Slevin y lo ha aceptado. Y tú también deberás hacerlo mientras sigas siendo mi esposa.

—De todos modos, espero que no sea por mucho tiempo —respondió ella fríamente.

—Amén.

Guardaron silencio hasta que llegaron al Titán Palace.

Allí, los condujeron a la suite nupcial más lujosa del hotel, en el ático. En una mesa auxiliar los esperaba una cesta con frutas y una cubeta de hielo con una botella de champán.

Mientras Harriet miraba a su alrededor, un camarero entró con un carrito con café, chocolate caliente y deliciosos sándwiches.

—Dios mío, qué atenciones.

—Pensarán que las parejas en luna de miel necesitan reponer energías —comentó Roan mientras se servía salmón ahumado con caviar—. ¿Quieres que te prepare algo?

—No, gracias —respondió ella.

—Expresas agradecimiento de una forma muy única, Harriet *mou* —Roan sirvió una taza de café—, como si quisieras mandarme al infierno.

—Si lo que quieres es mi agradecimiento, encuentra la forma de sacarnos a los dos de este lío —le espetó ella violentamente.

—Tú eres la única responsable de esta situación —dijo él en tono de aburrimiento—. Pero conténtate con que no va a ser una situación permanente.

—Deberías haberme advertido —dijo ella—. Deberías haberme dicho que tu padre iba a venir.

—No lo he sabido hasta esta misma tarde —contestó Roan—. Le envié una invitación, pero no se me ocurrió pensar que vendría. Debería haber recordado que a mi padre le gustan las sorpresas.

—No todas, a juzgar por cómo ha reaccionado al verme —Harriet tragó saliva.

Roan dejó la taza, se acercó a ella y le levantó la barbilla con los dedos.

—¿Y te ha dolido?

Durante un momento, Harriet se quedó sin respiración.

—No, ¿por qué iba a dolerme?

—No lo sé —Roan bajó la mano y se separó de ella—. En fin, ahora tengo que ir a hablar con mi padre. Entre otras cosas, tengo que convencerlo de que tú y yo nos adoramos. Va a ser difícil.

Roan señaló una puerta que había en una de las paredes de la

estancia.

—El dormitorio está ahí. Espero que encuentres todo lo que necesitas, a excepción de tu pijama. La boutique del hotel no vende pijamas y ahora las tiendas ya están cerradas.

Harriet se lo quedó mirando.

—¿El dormitorio? ¿Sólo hay uno?

—Y con una sola cama —Roan se encogió de hombros— Como ya te he dicho, es la suite nupcial principal, así que será mejor que la aprovechemos.

La sonrisa de él carecía de humor.

«Una sola cama», pensó Harriet unos minutos después, examinándola. Pero era la cama más grande que había visto en su vida

Sin embargo, en aquella preciosa habitación, encontró dos albornoces idénticos colgados de la puerta. Se dio una ducha rápida, consciente de que Roan podía regresar en cualquier momento. Después, se puso una de las batas y se ató el cinturón firmemente.

No veía libros por ninguna parte, pensó mientras se metía en la cama. Al parecer, los ocupantes de esa suite debían de dedicarse a otros entretenimientos.

Se colocó en un lado de la cama, lo más cerca del borde que le fue posible sin caerse, y se subió la ropa de la cama hasta la barbilla.

Lo mejor que podía hacer era dormirse, pensó cerrando los ojos con decisión. ¿Pero cómo iba a dormirse cuando la verdad era que estaba esperando la llegada de Roan con anhelo?

Por fin, después de un buen rato, oyó la puerta de la suite. Luego, lo oyó entrar en el dormitorio. Lo oyó acercarse a la cama y mirarla.

Con los ojos bien cerrados, Harriet se esforzó por respirar pausada y rítmicamente.

—No eres buena actriz, Harriet *mou* —comentó él en tono burlón. Entonces, agarró el borde de la sábana, lo bajó un poco y jadeó—. ¿Tienes intención de dormir así? No puedo creerlo, vas a ahogarte.

Harriet agarró la sábana, se la subió y lo miró con furia.

—Aunque así sea, es mejor que la otra alternativa.

Roan sonrió irónicamente.

—Espero que no quieras que siga tu ejemplo.

Roan se dirigió al cuarto de baño, desnudándose por el camino y dejándolas caer en el suelo.

Rápidamente, Harriet se tumbó boca abajo y ocultó el rostro en la almohada, avergonzada del nerviosismo que verlo desnudo le había provocado. Un nerviosismo que lindaba con… el entusiasmo.

Roan le había dicho que no iba a pedirle nada, recordó ella tragando saliva.

De repente, en su mente se proyectaron imágenes del tiempo que habían estado juntos. Y con ello sintió algo sumamente potente, algo terriblemente peligroso.

La piel comenzó a picarle, los labios le temblaban…

Jadeó y se llevó las manos a la boca como si así pudiera recuperar el control de sí misma.

«No quiero sentir esto», se dijo a sí misma con frenesí. «No me atrevo».

«Y, sin embargo, lo deseo tanto que me dan ganas de morir. No puedo seguir luchando contra lo que siento; sobre todo, mientras haya una posibilidad de…».

Harriet se sentó en la cama, se quitó el albornoz y lo tiró al suelo, en medio de la habitación, con el fin de que Roan pudiera verlo. Luego, volvió a cubrirse con las sábanas y se separó del borde de la cama, moviéndose hacia el centro.

Quizá lo tentara…

Le pareció que había pasado una eternidad hasta que Roan salió del baño. Lo oyó acercarse a la cama y apagar las luces. Sintió el movimiento de la cama cuando Roan se acostó.

Y casi sin atreverse a respirar, esperó a que él la abrazara. Y esperó…

Cuando por fin se atrevió a volver la cabeza y mirarlo, lo vio tumbado de espaldas a ella, sin moverse, indiferente a ella…

En un silencioso rechazo.

Harriet contuvo las lágrimas para que el hombre al que deseaba no la oyera llorar.

Y se preguntó cómo iba a soportar todas las noches venideras hasta que ese falso matrimonio llegara a su fin.

Capítulo 11

La luz era increíble, pensó Harriet, tenía una intensidad y una claridad que jamás había visto. Pero claro, nunca antes había estado en Grecia. Ni siquiera se le había ocurrido ir allí de vacaciones porque siempre pasaba las vacaciones en Gracemead.

Y nunca había imaginado que iría allí en un avión privado.

Habían salido del aeropuerto en un coche con chófer que iba a llevarlos a la península de Militos. Roan solía hacer el trayecto en helicóptero, pero había decidido que a Harriet le gustaría más recorrer el camino con más lentitud.

Harriet no sabía qué la estaba esperando. En cualquier caso, le había aliviado enterarse de que no iban a vivir en la casa de Constantine Zandros. A pesar de que la estancia del padre de Roan en Londres había sido breve, había logrado ponerla nerviosa cada vez que estaban juntos.

Tras la partida de Constantine Zandros, Roan había arreglado su traslado a otra habitación del hotel, donde habían pasado otras dos incómodas noches.

—¿Por qué no puedo ir a mi casa? —le había preguntado ella.

—Porque los periódicos aún están interesados en nuestro matrimonio —le habían contestado Roan secamente.

Harriet no había vuelto al trabajo. Le habían vaciado su despacho y le habían llevado sus cosas al hotel; entretanto, una empresa se estaba encargando de alquilar su piso.

Se había comprado ropa nueva, trajes sencillos, de colores claros y de tejido ligero, cosas que podría utilizar a su regreso a Inglaterra.

Al fin y al cabo, podía permitirse comprar ropa nueva. Roan le había devuelto el cheque que ella le dio antes de la boda. Otra transacción económica.

Y había rechazado las ofertas de Roan de comprarle joyas.

Había ido a Gracemead sola para despedirse de su abuelo, esperando un adiós emocional. Sin embargo, Gregory Flint había estado de muy buen humor y más dispuesto a hablar de su jardín que de su inminente marcha a Grecia.

—¿Es que no vas a echarme de menos ni un poco? —le había preguntado ella.

—Supongo que te echaré tanto de menos como tú a mí, querida —le había dicho su abuelo dándole una palmada en el hombro—. Pero perteneces al hombre que has elegido y no puedo ser egoísta. Además, tampoco te vas al otro lado del mundo. Y tu suegro me ha invitado a ir a Grecia cuando quiera.

Gregory Flint lanzó una queda carcajada.

—Tu marido también me ha recordado que tenemos pendiente una partida de ajedrez.

—Pero yo también vendré aquí de visita… ¿no? —le había dicho ella casi en tono de súplica.

«Y no sólo de visita, sino para reclamar mi herencia. Porque he hecho lo que querías que hiciera, abuelo. Me he casado dentro del plazo que me diste, así que… ¿cuándo vas a darme lo prometido? ¿Cuándo vas a decirme que Gracemead es mío?».

—Claro que vendrás —Gregory Flint le sonrió—. Pero primero tienes que adaptarte a tu nueva vida. Al fin y al cabo, querida, tu prioridad es montar un verdadero hogar para tu marido.

—Creo que para eso tiene sirvientes.

—No estamos hablando de lo mismo, querida Harriet —su abuelo hizo una pausa—. Es una pena que los rosales hayan tenido tantos problemas este año, creo que voy a echarles algún producto químico.

Y eso había sido el fin de la conversación, pensó Harriet cansada.

Había sido Roan quien organizó una cena de despedida con Tessa y Bill, a los que también invitó a visitar Militos.

Por último, la despedida con Jack y Lucy había sido más difícil. Lucy se había mostrado amable, pero fría con ella. Por fin, cuando se encontraron a solas, Harriet intentó disculparse, pero Lucy le corto bruscamente:

—¿En serio piensas que me importa esa tontería? La verdad es que no puedo soportar que Roan, la persona a la que más quiero en el mundo después de Jack y mi padre, se haya entregado a alguien a quien le importa un comino. Qué desperdicio.

«No lo comprendes», le había querido gritar ella. «Cuando te vi ese día, había ido porque no podía soportar más estar separada de él. Había empezado a soñar con el amor y con los hijos».

Sin embargo, en voz alta, había contestado:

—No durará mucho, pronto volverá a su vida normal. Los dos lo haremos.

Al recordar, Harriet contuvo un suspiro. Entonces, se volvió para hacerle a Roan un comentario sobre el paisaje, pero lo sorprendió con la atención fija en otra cosa. Siguiendo la dirección de la mirada de él, vio que la falda del vestido amarillo se le había subido, exponiendo su delgado muslo.

Rápidamente, se tiró de la falda, tapándose las rodillas.

—Harriet, te he visto desnuda, deja de exagerar —dijo él fríamente—. Y si quiero mirarte esas bonitas piernas que tienes, lo haré. Porque, si no recuerdo mal, una vez estuvieron rodeándome la cintura.

Con el rostro encendido, Harriet dijo en tono de ruego:

—Roan, por favor... El conductor te va a oír.

—Yanni no habla inglés —contestó él. Entonces, sin darle importancia, volvió a subirle la falda del vestido—. Y déjala así, *agapi mu*.

Harriet se quedó sentada muy rígida, sin mirarlo, con los ojos fijos en el paisaje.

—Pronto vamos a llegar al pueblo —dijo él al cabo de unos minutos—. Y se nos espera, así que intenta sonreír, *pedhi mou*. Recuerda que eres una esposa feliz.

El coche empezó a descender hacia el pueblo.

Harriet había creído que Roan exageraba; sin embargo, la población entera parecía haber salido a la calle para darles la bienvenida, obligándola a saludar tímidamente.

El coche dobló una esquina y, de repente, se encontraron con el mar de frente, una plancha de un exquisito azul que se unía con el cielo en el horizonte.

Harriet suspiró.

—¡Dios mío, es... increíblemente hermoso!

—Sí —dijo Roan con voz queda—, siempre me asombra mirarlo.

—Pero tú debes de estar acostumbrado, ¿no?

—Como ya te he dicho, pasé la mayor parte de la infancia en Inglaterra con mi madre. Hasta que no volví no me di cuenta de lo mucho que significaba para mí, lo llevaba en la sangre.

Harriet forzó una sonrisa.

—Sí, te comprendo.

Pasaron por el pequeño puerto con sus *caiques* y luego se alejaron de la costa para ascender por una carretera. En la distancia, Harriet vio unos muros blancos con tejado de teja.

—Villa Dionysius —dijo Roan— Ahí vive mi padre. Mi casa, sin embargo, es más pequeña, aunque la he construido de tal manera que puede agrandarse.

—¿Cuando tengas familia? —dijo ella en tono frío y leve con el fin de disimular la pena que le producía imaginar a Roan con su primer hijo en los brazos.

Un hijo que ella no iba a darle...

«Deja de torturarte a ti misma».

Harriet logró lanzar una carcajada.

—Me resulta difícil imaginarlo.

—Mis amigos, los que ya tienen hijos, no estarían de acuerdo contigo, Harriet —y Roan apartó la vista de ella.

Por fin, la casa de Roan apareció en la distancia. Era una construcción de un solo piso con tejas verdes.

—Bienvenida a tu casa, Harriet *mou* —dijo él sin emoción en la voz—. Prepárate para que te agasajen.

Entonces, Harriet vio un grupo de personas esperando a la entrada de la casa para recibirlos.

Cuando el coche se detuvo, Roan le dijo:

—El hombre de la chaqueta de lino gris es Panayotis, el encargado de la casa. Habla bastante bien el inglés y puedes confiar en él por completo.

Roan señaló a la mujer que estaba al lado de Panayotis y añadió:

—Ésa es Toula, el ama de llaves. También fue mi niñera cuando nací y, al igual que Yanny y otros del pueblo, espera milagros de nuestro matrimonio. Intenta ser paciente con ella.

—Deberías haberme dejado en Inglaterra —dijo Harriet.

—Sí—contestó él en tono cortante— Pero quizá yo quería evitarle sufrimiento a tu abuelo. ¿Vamos?

Harriet estuvo nerviosa durante las presentaciones. Sabía que no

era la hermosa esposa que todos los allí reunidos habían esperado.

Takis, el cocinero, parecía censurar su delgadez por la forma como la miraba.

Harriet también notó la expresión de desprecio de una preciosa joven que se encontraba en la retaguardia del grupo.

Roan estaba diciéndole a Panayolis:

—¿Está hecho lo que pedí?

—*Ne, kyrie* —Panayotis asintió vigorosamente— Los hombres han terminado hace dos días y los muebles nuevos llegaron ayer. Todo está listo.

—¿Vamos a verlo, *agapi mou*—preguntó Roan a Harriet rodeándole la cintura con un brazo.

—¿Has hecho cambios por mí? —preguntó Harriet con sorpresa, pero no obtuvo respuesta en ese momento.

Dentro de la casa hacía mucho más fresco que fuera. A Harriet le encantaron las paredes pintadas con colores pasteles y los suelos de mármol, los ricos tejidos en verdes y ocres, las lámparas de cerámica, los libros y las plantas. Era una casa sumamente acogedora.

—Todo parece nuevo —comentó ella con sorpresa.

—Decidí cambiar el dormitorio —Roan le sonrió—, ahora que ya no soy soltero. ¿Quieres ir a verlo?

—Si… si tú quieres…

Panayotis los condujo al dormitorio y anunció con orgullo:

—Miré, *kyrie*.

Las contraventanas estaban abiertas y la habitación inundada de luz. Desde el umbral de la puerta, Harriet recibió una confusa impresión de paredes claras, vaporosas cortinas, un enorme ventanal con vistas al mar y una cama enorme.

Pero al adentrarse en la habitación, se quedó casi sin respiración al ver lo que había encima de un montón de cojines en la cama.

Era el retrato, sin marco, de una mujer tumbada de costado con la cabeza sobre los brazos y una pierna algo alzada. Era una mujer muy hermosa. Una mujer de ojos rasgados y oscuros, piel color oliva y labios carmesí. Estaba desnuda, su cuerpo perfecto y provocativo.

Y no le cabía duda alguna de quién era el pintor. Reconoció el estilo de Roan al instante.

Cuando volvió la cabeza para mirar a Roan, lo sorprendió sonriendo. Evidentemente, estaba recordando el momento en que aquella joven yacía tumbada en su cama, en carne y hueso.

De repente, Harriet recordó el dibujo que Roan había hecho de ella: una mezcla de bruja y murciélago.

«Me deseó una noche porque yo era virgen y, por lo tanto, una novedad. Pero… ¿cuántas veces ha hecho el amor con la mujer del cuadro en esta misma habitación?».

Una profunda tristeza la embargó. Y también ira y humillación.

Harriet dio un paso hacia él.

—Te resulta divertido, ¿verdad? —dijo ella con voz temblorosa —. Pues a mí no.

Y le dio una bofetada con todas sus fuerzas.

Al momento, se dio media vuelta y salió corriendo, seguida de las miradas de perplejidad de los allí reunidos.

Capítulo 12

Roan le dio alcance con facilidad y la llevó a la primera habitación que estaba a mano. Allí, la obligó a mirarlo a la cara.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo te has atrevido a avergonzarme delante de mis empleados!

—¿Te parece de buen gusto el regalo de boda que me has hecho? Supongo que es de tu período juvenil, ¿eh? Alguien a quien has examinado milímetro a milímetro, ¿no?

—Cuidado, Harriet *mou.* Cualquiera que te oyera diría que estás celosa.

—Ni lo sueñes. Desde el principio dejé muy claro que tu vida era asunto tuyo. Lo que pasa es que no me gusta que me humillen en público, esperaba que fueras más discreto.

Harriet apartó la mirada de él y añadió:

—Creo que deberías decirme su nombre por si me la encuentro uno de estos días.

—Se llama Ianthe Dimitrious —respondió Roan—. No vas a encontrarla en esta casa y espero que en ningún otro sitio. Forma parte del pasado.

—Pero era... tu amante, ¿verdad? —preguntó ella con incontenible dolor.

—Naturalmente —contestó él en tono impaciente— Harriet, si hubiera querido ser célibe me habría metido en un monasterio. No finjas que no sabías que ha habido otras mujeres en mi vida.

—Fingir es lo que parece que no puedo dejar de hacer últimamente. Pero todo tiene su límite —Harriet miró a su alrededor, un dormitorio de invitados—. Creo que voy a dormir aquí esta noche y el resto de las noches que permanezca en este lugar.

Entonces, alzó la barbilla y añadió:

—En cierto modo, tu Ianthe me ha hecho un favor inmenso. A nadie le extrañará que, después de lo que ha pasado, estemos enfadados y durmamos separados.

—Te equivocas —contestó Roan— En ese momento, todos los miembros del servicio de esta casa piensan que estamos juntos en la cama reconciliándonos apasionadamente. Y tú vas a dormir en nuestra habitación, *matia mou*. Recuerda que sólo tú y yo sabemos la verdad.

—No.

—Sí —dijo Roan con decisión, y se tumbó en la cama.

—¿Qué estás haciendo?

—Dejando pasar el tiempo. No olvides que creen que estamos reconciliándonos, haciendo el amor —Roan, tumbado boca arriba, se puso los brazos debajo de la cabeza—. Siéntate en el sillón mientras esperamos, a no ser que prefieras tumbarte conmigo en la cama.

—Me sentaré en el sillón —respondió ella.

Pronto el silencio se hizo opresivo o, al menos, eso le pareció a Harriet. Sin embargo, Roan parecía completamente tranquilo y a punto de quedarse dormido.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dijo Harriet.

—Pregunta lo que quieras.

—¿Cómo conociste a... Ianthe?

—Estaba de visita en la villa que una amiga suya había alquilado para pasar el verano en un pueblo cercano de la costa. Su amiga era una mujer llamada María Chrysidas. Me invitaron a una fiesta y Ianthe, que se había enterado de que era pintor, se puso a hablar conmigo de arte y me preguntó si podía ver mis cuadros.

Roan se interrumpió un segundo antes de continuar.

—Al día siguiente, vino al estudio que yo tenía en el pueblo. Le gustaron mucho mis cuadros y sugirió que le hiciera un retrato. Yo le contesté que el retrato no era lo mío. Pero, mientras se lo explicaba, ella se desnudó y me resultó imposible negarme.

Harriet respiró profundamente.

—¿Te enamoraste de ella?

—Ya la has visto, Harriet. Digamos que, en ese momento, satisfacía mis necesidades.

—Es muy... hermosa. ¿Había hecho de modelo para pintores antes?

—Es posible. Desde luego, la modestia no era una de sus virtudes. Pero lo que realmente quería era convertirse en actriz. Y, aunque no lo dijo al principio, me convenció para que le diera dinero para financiar su carrera.

—¿Y lo hiciste?

—Iba a hacerlo, pero Ianthe cometió el error de invitarme a una

representación suya en una producción privada—Roan suspiró—. Fue realmente horrible.

Roan, de repente, sonrió traviesamente.

—Hoy, al ver la cama, he pensado que quizá tuviera más suerte como decoradora de interiores. Me preguntó cuál de los criados se ha aliado con ella para colocar el cuadro en la cama.

—Quizá lo haya hecho a escondidas, sin que nadie la viera.

Roan hizo una mueca.

—No es fácil meter un lienzo de ese tamaño en una casa; además, tenía que saber en qué habitación. No, alguien la ha ayudado, de eso estoy seguro —Roan hizo una pausa—. Le he dicho a Panayotis que queme el lienzo.

—¿Significa eso que nunca la trajiste aquí, a tu casa? —Preguntó ella— ¿A pesar de ser amantes?

—Nos veíamos en el estudio, en la villa de María y en el piso que tengo en Atenas. Además, yo viajaba mucho y, de vez en cuando, ella me acompañaba. Pero nunca estuvo aquí. Hace mucho tiempo decidí que la única mujer a la que traería a esta casa sería a mi esposa.

Harriet suspiró profundamente.

—¿Cómo y cuándo rompisteis?

—Cuando le dije que me iba a Londres a pintar. Suponía que me acompañaría. Sin embargo, cuando se enteró de que no iba a viajar en primera y que iba a ganarme la vida como buenamente pudiera, su interés por mí se desvaneció con vertiginosa rapidez.

Roan sonrió burlonamente y continuó.

—Cuando nos separamos, como estaba muy enfadada conmigo por haberle destruido los planes que tenía respecto a mi cuenta bancaria, me insultó, me llamó de todo, y me dijo que algún día me arrepentiría de lo que iba a hacer. Al parecer, ésta ha sido su venganza —Roan se tocó la mejilla que Harriet le había abofeteado—. Espero no recibir otra.

—Siento haberte pegado —dijo Harriet con voz tensa—. No sabía nada de esto.

—Yo también siento darle a Ianthe la satisfacción de enterarse de cómo has reaccionado.

Se hizo un silencio, que Roan quebró.

—Y ahora, ¿querrías decirme una cosa?

—Depende de qué —respondió ella, instantáneamente a la defensiva.

—¿Por qué nunca hablas de tu madre? —preguntó Roan.

Harriet se mordió los labios.

—¿No te ha contado nada mi abuelo?

—Tu abuelo me dijo que tu madre te había dejado a su cargo cuando eras pequeña y que, con los años, habías perdido el contacto con ella.

Harriet asintió sin mirarlo.

—Lo último que sé de ella es que estaba en Argentina, pero no contestó a ninguna de las cartas que le enviamos. Puede que se haya ido de allí... con otro hombre, naturalmente. Solía ir de hombre en hombre...

—¿Es por eso por lo que tú no has querido tener relaciones?

Harriet alzó la barbilla.

—Si eso fuera verdad no estaría aquí.

Roan suspiró.

—Harriet, tú no estás aquí de verdad. Al menos, todavía no —hizo una pausa— Se la podría localizar.

—Sería como buscar una aguja en un pajar —dijo ella sonriendo tristemente—. Además, si mi madre quisiera ponerse en contacto conmigo, sabe dónde.

—¿Es por eso por lo que Gracemead es tan importante para ti, porque es el sitio donde te dejó y donde puede encontrarte si quiere?

—No —respondió Harriet— Gracemead es mi hogar, igual que esta casa es tu hogar. No es más que eso. Olvida la psicología barata.

—Como quieras —Roan se encogió de hombros y se sentó en la cama—. Bueno, creo que ya ha pasado el tiempo suficiente para nuestra reconciliación. Iré a decirle a Toula que estás durmiendo y que venga a despertarte dentro de una hora con una taza de café. Así que, cuando me vaya, desnúdate y métete en la cama.

—¿Por qué?

—Porque no he podido hacerte el amor vestida, ¿no te parece?

—Ah, ya. Está bien.

Harriet tapó el bote de crema protectora y se recostó en la tumbona con un suspiro, escuchando el susurro de las olas a unos metros de donde se encontraba. Eran las once y media de la mañana y ya hacía calor.

—No te quedes al sol mucho tiempo —le aconsejó Roan—. Ponte mucha crema y bebe mucha agua. A Harriet le encantaba esa pequeña playa, mucho más que la atmósfera de la casa, donde todos pasaban por su lado casi de puntillas por miedo a ofenderla.

Por fin, habían descubierto quién había metido el cuadro en la casa y lo había colocado en la cama. Esa joven tan bonita había confesado su delito a Panayotis porque la señora Dimitrious le había prometido ayudarla a convertirse en modelo.

«Pobre chica», pensó Harriet con otro suspiro. Y todo por destruir un matrimonio falso.

Ahora que ya había pasado un tiempo de su llegada, la relación con Roan se había tornado fría y distante. Él pasaba el menor tiempo posible en su compañía y evitaba hablar de temas personales cuando estaban juntos; normalmente, durante las comidas. En estas ocasiones, Roan solía hablar de la situación política, de la agricultura regional y de la industria del turismo.

Suponía que debía alegrarse de que él ya no intentara presionarla para que fuera su esposa de verdad. Sin embargo, se encontraba sumida en una profunda crisis emocional, incluso asustada por la alegría irracional que sentía cada vez que lo veía. Consciente de que sólo el miedo le impedía arrojarse a sus brazos cuando Roan volvía a casa.

También era consciente de lo mucho que echaba de menos la sonrisa de él, el calor de su roce...

Roan pasaba muy poco tiempo en casa. Y Harriet pronto había averiguado que Zandros Corporation era más que una cadena hotelera, con un negocio que incluía transporte, industria e incluso agricultura. Por lo tanto, el exceso de trabajo de Roan desde su regreso le había proporcionado la excusa perfecta para sus ausencias.

Aunque no podía culparlo, pensó Harriet con otro suspiro. De estar en el lugar de Roan, ella preferiría pasar las noches en la habitación de cualquier hotel más que en la estrecha cama del cuarto de vestir, unido al dormitorio principal de la villa, donde Roan dormía.

Harriet agarró su reloj de pulsera, que había dejado encima de la mesa al lado de la tumbona, se lo puso, recogió sus cosas y las metió

en la bolsa de rafia.

Era hora de volver a la casa para el almuerzo semanal en compañía de su suegro.

Estaba segura de que iban a discutir, esta vez, por su negativa a dar una fiesta para celebrar su cumpleaños, que iba a ser en unos días. Constantine Zandros quería dar una fiesta por todo lo alto, con baile, corderos asados y muchos invitados. Y ella se había negado.

Constantine Zandros no era un hombre que supiera aceptar una negativa, pensó Harriet. Y Roan no estaba allí para apoyarla, ya que llevaba dos días en Atenas.

Después de ducharse y vestirse, se miró al espejo. Su vestido de verano verde era elegante y las sandalias de tacón lo complementaban. Se había puesto rímel y se había pintado los labios con carmín color coral, el mismo color del esmalte de las uñas de los pies y las manos.

Daba la imagen de la perfecta esposa, pensó con ironía mirando en dirección a la puerta cerrada que daba al vestidor, donde dormía Roan. Y recordó cómo, durante la primera semana, había yacido tumbada en la cama por las noches esperando a que la puerta se abriera y Roan fuera a ella.

Sus esperanzas se estaban desvaneciendo ahora que Roan pasaba cada vez más tiempo fuera. Le costaba conciliar el sueño, no dejándose de preguntar si él estaría solo.

Se arrepentía de no haber tenido el valor de decirle que lo deseaba, que lo necesitaba tanto como necesitaba respirar.

Pero no lo había hecho y no lo haría. Porque sus vidas iban por senderos diferentes y nada podría cambiar eso, y mucho menos un pasajero deseo físico.

Tenía el coche fuera, esperándola: un descapotable rojo que había aparecido a los dos días de su llegada.

—Mi regalo de bodas y tu independencia —le había dicho Roan con una sonrisa fingida—. Algo que creo que podrás aceptar.

Y tras esas palabras se había alejado de ella.

Constantine Zandros la estaba esperando en la amplia terraza de su casa con vistas al mar. La mesa ya estaba puesta, como de costumbre, bajo un emparrado. La saludó educadamente, pero la miró con expresión crítica mientras le ofrecía una copa de vino frío.

—Has perdido peso —comentó su suegro sonriéndole fríamente

—. ¿Es que no te gusta la comida de aquí o sientes que mi hijo pase tanto tiempo fuera de casa?

—Roan toma sus responsabilidades muy en serio —respondió ella—, como usted debe de saber. No puedo protestar por ello. Y Takis es un cocinero maravilloso; anoche, por ejemplo, me hizo un curry estupendo.

Constantine lanzó un bufido.

—Lo que debería hacer es darte una buena comida griega y hacer que engordaras un poco.

Constantine guardó silencio mientras dos sirvientas uniformadas servían el primer plato: pimientos rellenos con carne picada y arroz.

Cuando volvieron a quedarse solos, su suegro continuó:

—Esperaba ver más a mi hijo ahora que ha vuelto de Inglaterra; sobre todo, teniendo en cuenta que es recién casado —Constantine hizo una pausa— Quizá, si tuviera más caliente la cama, pasaría más tiempo en su casa.

Constantine la miró significativamente.

A Harriet le tembló el tenedor que tenía en la mano, pero le devolvió la mirada con expresión impasible.

—¿Qué quiere decir? Usted no sabe nada de...

—Pero los criados lo saben todo —la interrumpió Constantine—. Y también hablan, y dicen que tú duermes sola. ¿Es eso verdad?

—No tiene ningún derecho a preguntarme...

—¿Que no tengo derecho a hablar de algo que afecta a mi hijo de esta manera? —dijo Constantine fríamente—. Te equivocas. Quizá no se hable de estas cosas en Inglaterra, pero esto es Grecia y es hora de que asumas tus responsabilidades como esposa. Y es hora de que des placer a mi hijo en la cama y le des hijos. Eso es lo que un hombre quiere del matrimonio.

Constantine respiró profundamente y añadió:

—Jovencita, te lo advierto, si sigues negándote a él, encontrará consuelo en otra parte.

Al ver que Harriet no lograba decir nada, añadió:

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Aún estás enfadada con esa tontería del cuadro? ¿O es que mi hijo no te resulta atractivo?

Era difícil mantener la calma estando tan furiosa, pero Harriet lo

intentó.

—Quizá sea lo contrario, señor Zandros. Quizá sea Roan quien ya no me desea.

—En ese caso, haz algo. Al fin y al cabo, eres una mujer, aunque muy delgada. Un hombre tiene sus necesidades —su suegro la miró con cinismo—. Un hombre no necesita estar enamorado para satisfacer sus necesidades… ni para satisfacer a la mujer a la que posea.

Entonces, lanzando un gruñido, Constantine añadió:

—¡Pijamas!

Harriet empujó su silla hacia atrás y dijo:

—No estoy dispuesta a seguir escuchando esto.

—Quédate dónde estás, aún no he acabado —Constantine se inclinó hacia delante y la miró fijamente—. Yo también me casé con una inglesa que no me deseaba y me destrozó el corazón. ¿Crees que quiero que a mi hijo le pase lo mismo que a mí? ¡No, claro que no!

Constantine respiró profundamente, bebió un trago de vino y añadió:

—Y ahora, come. Hablaremos de otras cosas. Hoy me he enterado de que tu abuelo va a venir por tu cumpleaños.

Al oír eso, Harriet se dio cuenta de que le resultaba imposible decirle a su suegro que se fuera al infierno.

—Es una noticia maravillosa —contestó ella obligándose a volver a agarrar el tenedor— ¿Cómo ha logrado convencerlo para que deje su querido jardín?

—No creo que su jardín le importe más que su nieta. Por lo tanto, estará aquí para celebrar tu vigésimo quinto aniversario. Lo he invitado a que se quede en mi casa y, por la tarde, daré una cena en su honor. No te opondrás a eso también, ¿verdad?

«No», pensó ella apretando los dientes.

—Será un placer —respondió Harriet—. Gracias.

Continuaron con la comida. Después, mientras tomaban café, oyeron un helicóptero acercándose a la zona y empezar a descender.

—Ah, ahí vuelve tu marido —dijo Constantine con satisfacción —. Supongo que estarás deseando darle la bienvenida en su casa. No dejes que siga entreteniéndote, hija.

Con furia contenida, Harriet se marchó de la casa de su suegro, dispuesta a hablarle a Roan del insufrible comportamiento de su padre y dejarle muy claro que no estaba dispuesta a seguir tolerándolo.

Harriet dejó el coche delante de la puerta, entró en la casa y se dirigió al dormitorio, pero allí sólo encontró a Toula deshaciendo la maleta de Roan en el vestidor.

—Oh —Harriet miró a su alrededor— Estaba buscando a mi marido...

—Ha venido, pero se ha vuelto a marchar, *kyria* —dijo Toula en tono de reproche—. Creo que se ha ido a su estudio.

A su estudio en el pueblo...

—¿Puede decirme dónde está el estudio?

—Claro, *kyria* —respondió Toula sin lograr disimular su sorpresa —. Está cerca del puerto, en el ático de la casa contigua a la Taberna Ariadne.

Toula vaciló un instante antes de añadir:

—Pero no le gusta que vaya nadie allí.

La mente de Harriet proyectó una imagen de Ianthe Dimitrious.

—A veces no le molesta —contestó ella secamente.

Harriet encontró el lugar sin dificultad. El piso bajo era un taller de cerámica, aunque nadie estaba trabajando en ese momento. Una escalinata exterior de piedra conducía a una desvencijada puerta color azul.

Harriet llamó a la puerta y, al cabo de unos segundos, se vio delante de Roan.

—¡Harriet! —Roan frunció el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Toula me ha dicho que habías venido aquí—Harriet titubeó—. Si significa que has vuelto a pintar otra vez, me alegro.

—Es un honor que te agrade —dijo él con ironía—. ¿Has venido sólo para decirme eso o tu visita se debe a otro motivo?

—Yo... necesito hablar contigo. Sin embargo, si te resulta inconveniente este momento...

—No, nada de eso, entra —dijo él—. Estaba limpiando el estudio, preparándolo para pintar otra vez.

Roan se echó a un lado para dejarla pasar y Harriet entró; al instante, asaltada por el olor a madera, lienzo y pinturas.

—Bueno, dime a qué se debe tu visita.

Harriet se llenó de aire los pulmones.

—Hoy he almorzado con tu padre.

—Ah. Y te ha dicho que tu abuelo va a venir, ¿no? Así que quieres asegurarte de que representamos bien nuestros papeles, ¿verdad? No te preocupes, Harriet, tu abuelo no va a sospechar nada.

—No se trata de eso —dijo ella y entonces miró al suelo—. Tu padre está empeñado en hablar conmigo de nuestro matrimonio. Al parecer, ha oído que no dormimos juntos.

Roan se encogió de hombros.

—Bueno, no me extraña. Era de esperar.

—Ha sido horrible. Prácticamente me ha ordenado que volviera a la casa y que te esperara tumbada en la cama.

—Pobre Harriet, ha debido de ser terrible para ti —dijo Roan burlonamente—. Deberías haberle contestado. Deberías haberle dicho que prefieres otras posturas.

Durante unos segundos, los oscuros ojos de Roan le recordaron otros momentos, y Harriet apartó la mirada apresuradamente. Casi sin respiración, dijo:

—Bueno, preferiría evitar ese tipo de conversaciones. Espero que se lo digas a tu padre.

—¿Que le diga qué? —preguntó Roan sardónicamente—. ¿Qué le diga la verdad, que a excepción de unas horas nuestro matrimonio ha sido y es una invención? ¿O quieres que le diga que todo es culpa mía, que prefiero los encantos de alguna chica de Atenas?

—¿Es eso verdad? —preguntó ella sin querer.

Roan se encogió de hombros.

—¿Qué más te da a ti? —Hizo una pausa—. Pero tienes razón, mi padre no debería hablarte así y se lo haré saber. Sin embargo, te pido que intentes comprender que lo ha hecho porque está preocupado por mí... y también por el daño que le causó mi madre.

—Sí, eso también lo ha mencionado —dijo Harriet— Me ha dicho que tu madre le destrozó el corazón.

—Y él a ella —dijo Roan con voz queda—. Se enamoraron de un

flechazo, pero mi padre esperaba que mi madre se contentara con ser su esposa y la madre de sus hijos, y nada más. Sin embargo, ella ya había empezado a pintar cuando se conocieron y necesitaba seguir haciéndolo; para ella, pintar era tan importante como respirar.

Roan agarró una botella de *ouzo* que tenía encima de un mueble y le ofreció una copa a Harriet. Cuando ella lo rechazó, Roan se sirvió una copa y bebió un trago.

—Al final, dos personas que se amaban con locura acabaron destrozándose mutuamente. Mi madre me llevó a Inglaterra y yo me carteaba con mi padre. Por fin, al cabo de unos años, se me permitió venir a Grecia y pasar un tiempo con él.

Roan bebió otro trago de ouzo.

—Pero siempre, siempre, me hacía preguntas sobre mi madre. Me preguntaba si estaba bien, si era feliz, me pedía que le enseñara fotografías de ella... Y cuando murió mi madre, mi padre lloró como si nunca se hubieran separado.

Roan lanzó un cansado suspiro y añadió:

—Mi padre creía que sólo podía demostrarle su amor a mi madre teniéndola cerca, obligándola a compartir sus sueños, en vez de dejar que ella persiguiera los suyos propios.

—Es... es muy triste —dijo Harriet.

—El mundo es muy triste —dijo Roan dejando la copa—. Y ahora... ¿quieres hablar de algo más o puedo continuar limpiando el estudio?

Harriet se dio cuenta de que Roan la estaba echando.

—Podría... ayudarte.

—No, gracias. Puedo arreglármelas yo solo.

—Sí, los dos podemos —dijo Harriet en voz baja.

Cuando salió de la casa, a pesar del sol y el calor, Harriet se dio cuenta de que unos escalofríos le recorrían el cuerpo entero. Y tuvo miedo de no volver a sentir calor nunca más.

Capítulo 13

Por fin llegó aquel día que le había dado la vuelta a su vida, el día de su vigésimo quinto cumpleaños. Y prometía darle aún más quebraderos de cabeza.

Para empezar, a primeras horas de la mañana, Roan, con una toalla atada a la cintura, había entrado en su dormitorio y se había metido en la cama con ella de improviso, sin avisar. A los pocos segundos, Toula había llamado a la puerta para llevarle a ella el té.

La bandeja que Toula dejó encima de su mesilla de noche con una resplandeciente sonrisa tenía una preciosa tetera de china muy fina con una lechera, taza y plato haciendo juego.

«Un regalo de cumpleaños del servicio», dijo Toula tímidamente. Y salió sonriendo sin disimulos.

—¡Qué detalle tan bonito! —exclamó Harriet cuando Roan y ella se quedaron solos—. Lo que hace que me sienta aún peor, que me sienta un fraude. Deberías habérselo impedido.

—Dudo haber podido hacerlo —Roan se encogió de hombros— Querían mostrarte su consideración, Harriet.

Roan la miró irónicamente.

—Y cuando Toula diga que nos ha encontrado juntos en la cama, sí que vas a acabar sorprendiéndote.

—¿No acabará siendo perjudicial? Al fin y al cabo, se van a llevar una decepción.

—No —respondió él tajantemente—. Bueno, será mejor que te vistas. Mi padre y tu abuelo van a venir a desayunar con nosotros.

—No... No lo había olvidado —dijo ella en tono bajo mientras lo veía ir hacia el vestidor y cerrar la puerta.

Al instante, Harriet echó de menos el inesperado y breve calor de Roan.

Suspirando, Harriet se tomó el té y se dispuso a arreglarse.

El encuentro con su abuelo el día anterior no había sido muy prometedor, pensó ella. Su abuelo había llegado cansado del viaje y de mal humor por el calor.

—Se te ve cansada, hija —le había dicho tras darle un abrazo—. ¿Te ocurre algo?

—No, estoy bien.

La cena no había ido tampoco demasiado bien. Al preguntarle a su abuelo por la empresa, éste le había contestado:

—El joven Audley está trabajando mejor, ahora que ya no te tiene a ti encima.

Respecto al jardín...

—Está lloviendo poco y nos han prohibido regar con manguera.

Y la señora Wade...

—Tiene artritis y está hablando de jubilarse y de irse a vivir a Cheltenham, donde vive su hermana. Yo le he dicho que no le van a gustar los inviernos allí, que son muy duros.

—Lo que quieres decir es que tú no quieres que se vaya —Harriet le había sonreído, intentando animarlo.

—Quizá haya llegado el momento de realizar otros cambios también —le había contestado su abuelo a regañadientes.

Al poco tiempo, Constantine Zandros mencionó que su invitado debía de estar cansado y se lo llevó a su villa.

Harriet había pasado una mala noche y ahora, después de ducharse, mientras se ponía una falda verde claro y una blusa, reconoció que estaba muy nerviosa. Se sentía como si se avecinara una tormenta.

Desayunaron con champán y tuvo que abrir sus regalos. Su abuelo le había comprado una cámara digital último modelo. De Constantine Zandros recibió una pequeña acuarela de la playa debajo de la villa, firmada con las iníciales VA.

No necesitó oír la exclamación de deleite de Roan para darse cuenta del significado de aquel regalo. Al mirar a su suegro, vio que su moreno y autocrático rostro se había suavizado.

—La madre de Roan me dejó algunos de sus cuadros —dijo Constantine—. Pensé que te gustaría un cuadro de esa playa que tanto te gusta, *¡Chronia pola!* Feliz cumpleaños.

—Es un regalo maravilloso —dijo Harriet sonriendo—. *Epharisto*.

Constantine inclinó la cabeza.

—*Parakalo, pedhi mou.*

El regalo de Roan venía en una caja estrecha y delgada que sólo

podía contener una joya. Al abrirla, Harriet vio una cruz de oro y una cadena sencilla que la dejaron sin respiración.

—Es… es un regalo precioso —dijo Harriet conteniendo la emoción—. ¿Me lo quieres poner, por favor?

Cuando acabó el desayuno, Harriet se enteró de que iban a dejarla sola. Constantine iba a llevar a Gregory Flint de visita turística, y Roan anunció de repente que tenía que volver a Atenas por unas horas, añadiendo que volvería a tiempo para la celebración del cumpleaños.

Harriet estuvo a punto de preguntarle si podía acompañarlo, pero se limitó a asentir y, al cabo de un rato, oyó el helicóptero alejándose.

Decidió ir a la playa, como de costumbre. Un día como cualquier otro, y sin embargo…

Después de darse un baño en el mar, mientras se secaba el pelo con una toalla, oyó el ruido de un motor fuera y, al volverse, vio una lancha motora dirigiéndose hacia la playa con dos personas a bordo.

Sorprendida, Harriet se hizo sombra en los ojos con una mano. Por ahí pasaban barcos, por supuesto, pero aquella cala era privada y no se permitía allí la presencia de gente que no estuviera invitada.

Pronto, la motora alcanzó la playa y, tras apagar el motor, un hombre con pantalones cortos y camisa de cuadros saltó al agua y arrastró la lancha hasta la arena. Luego, se volvió para ayudar a su pasajera a bajar.

De repente, Harriet supo quién era la recién llegada, la inesperada intrusa.

—*Kalimera* —bajo un pareo, aquella mujer sólo llevaba unas bragas diminutas de biquini y su cuerpo brillaba como si acabara de untárselo con aceite.

La mujer miró a Harriet de arriba abajo con gesto burlón.

—Así que eres la chica con la que Roan se ha casado en Inglaterra. Algo de lo que, al parecer, Roan ya está arrepentido.

—Y tú eres Ianthe Dimitrious —respondió Harriet en tono agradable—. Perdona que no te haya reconocido, ha debido de ser porque vas vestida.

—El comentario no tiene gracia.

—Estupendo. En ese caso, no es necesario que continuemos. ¿Por qué no le dices a tu amigo que te lleve al sitio de dónde vienes?

—¿Amigo? —Preguntó Ianthe con incredulidad—. Él trabaja para María Chrysidas, no es nadie. Yo soy la invitada de María y he venido a por mí cuadro. Ahora que ha logrado el éxito como pintor, quiero que me devuelva mi retrato. Así que depende de ti que me marche.

—Lo siento por ti —Harriet tiró la toalla en la tumbona y agarró el bote de crema protectora—. Tu cuadro se quemó el mismo día que yo llegué.

—¿Qué estás diciendo?

—Que Roan mandó que lo quemaran.

Durante unos instantes, Ianthe le lanzó una mirada asesina; después, lanzó una carcajada.

—En fin, qué le vamos a hacer. Logré lo que me proponía; le recordé lo que había perdido y tú, además de darle una bofetada, le has negado tu cuerpo.

Ianthe hizo una mueca de desprecio y añadió;

—Roan ya tiene pensado deshacerse de ti y buscarse otra mujer más de su gusto, y todos lo saben y te tienen pena. ¿Por qué esperar a que te echen? ¿Por qué no te vas ya? Vuelve a tu país.

Harriet alzó la cabeza y dijo fría y claramente:

—Soy la esposa de Roan Zandros y éste es mi país —aquellas palabras le sorprendieron a ella misma—. Y ahora, vete antes de que haga que te echen de aquí a patadas.

Ianthe se encogió de hombros.

—Pronto llorarás. Recuerda que te lo advertí.

Harriet esperó inmóvil a que la lancha se alejara; luego, se dejó caer en la tumbona presa de una profunda angustia.

«No puedo vivir sin él. Lo amo. Lo necesito», se dijo a sí misma, enfrentándose a la verdad.

Comparado con Roan, nada en el mundo le importaba. Ni siquiera Gracemead.

Presa de una urgente necesidad de sincerarse con Roan, Harriet corrió a la casa y fue en busca de Panayotis.

—Tengo que hablar con mi marido —dijo ella forzando una sonrisa—. ¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con él? ¿Adónde llamarlo?

—El señor ha ido a la oficina de su abogado, *kyria*, pero supongo que ya debe de haber salido de la oficina. ¿Quiere que llame para preguntar?

Su abogado... Así que el proceso de divorcio había empezado, pensó ella sintiendo una gran presión en el pecho. Roan no había perdido el tiempo. Pero... ¿por qué iba a hacerlo? Roan quería vivir su vida y pensar en su futuro. Roan estaba cansado de fingir y divorciarse era lo más práctico.

—No, déjelo. Creo que esperaré a que vuelva —respondió Harriet con un esfuerzo.

No iba a rogarle. Ésa era la única conclusión a la que llegó durante el día más largo de su vida.

Aceptaría la decisión de Roan sin protestar, se marcharía de allí sin perder la dignidad. Nada de lágrimas ni de escenas. La última representación.

Pero no sabía qué podía esperarla en Inglaterra. Tenía el piso alquilado por seis meses y ya no había un puesto de trabajo para ella en Flint Audley.

Nada tenía sentido en su vida.

Harriet eligió un vestido de seda blanco con tirantes y falda vaporosa. Un vestido digno de una mujer que esperaba que su amante se lo quitara... Y ahogó un sollozo.

Pero cuando Roan se reunió con ella en la terraza, increíblemente guapo con traje de vestir y corbata, ella lo recibió con una fría sonrisa mientras se sentaba.

—¿Es hora ya de que nos vayamos?

Roan se sentó frente a ella con una copa de ouzo en la mano.

—En unos momentos —respondió él— Panayotis me ha dicho que querías hablar conmigo.

Harriet había esperado que Panayotis no le hubiera mencionado nada. Por suerte, no se le daba mal improvisar.

—Quería decirte que una amiga tuya ha venido de visita hoy.

Roan frunció el ceño sin molestarse por preguntar la identidad de la visitante.

—¿Aquí, a la casa? No me han dicho nada.

—En la playa. Quería su retrato. Le he dicho que lo habíamos quemado. Quizá deberías ofrecerle pintarla otra vez.

—Antes prefiero quedarme calvo y perder la mitad de los dientes —Roan la miró unos segundos fijamente—. ¿Te has disgustado?

—No te preocupes por eso.

—De todos modos, no es justo que hayas tenido que tratar con ella. Yo debería haber estado aquí... por muchos motivos —Roan hizo una pausa—. Desgraciadamente, tenía que resolver un asunto urgente en Atenas... y también algo de lo que deberíamos hablar.

A Harriet se le encogió el corazón.

—Ahora no, por favor. ¿No podríamos esperar hasta después de la fiesta?

—Creía que no querías una fiesta.

—Me he acostumbrado a la idea, como a muchas otras cosas.

—Como quieras. Sin embargo, no podemos posponer la conversación indefinidamente.

—Lo entiendo. Yo sólo quiero disfrutar lo que queda de mi día de cumpleaños —Harriet titubeo—. Tu padre ha tenido un gran gesto conmigo regalándome el cuadro de tu madre; sobre todo, teniendo en cuenta lo poco que le gusto.

—No es que no le gustes, lo que no le gusta es nuestro matrimonio, Harriet *mou.* También me critica a mí, no te creas.

Harriet no lo miró al preguntar.

—¿Sabe lo de la chica en Atenas?

—No —dijo él en voz baja— Ni tampoco de la de París, ni de la de Nueva York, ni de la de Londres... ¿Es eso lo que querías oír?

—Eso no es asunto mío, eres un hombre libre —Harriet tragó el nudo que sentía en la garganta—. ¿Cuándo me vas a enviar de vuelta a Inglaterra?

Tras una angustiosa pausa, Roan contestó:

—Mañana, con tu abuelo. Creo que es lo mejor —Roan suspiró— Diré que tienes que volver para firmar unos documentos. Al fin y al cabo, no es mentira. Tu abuelo me ha dicho que ha decidido poner

Gracemead a tu nombre, Harriet *mou*. Tiene pensado anunciar este regalo tan especial para ti esta noche en la fiesta. Has ganado, Harriet. La casa es tuya; por fin, tu sueño se ha convertido en realidad.

«Mi sueño se ha convertido en una pesadilla», pensó Harriet. Y todo era obra suya, no podía culpar a nadie más.

Capítulo 14

—Bueno, ya ha terminado todo —dijo Gregory Flint dándole a su nieta una palmada en la mano—. Vamos, alegra esa cara. Pronto estarás en casa y te olvidarás de esto.

Harriet, que estaba mirando por la ventanilla del coche al día siguiente de la fiesta de su cumpleaños, se incorporó en el asiento y asintió.

—Abuelo, siento mucho lo que hice. Fue una... estupidez.

—La culpa no es sólo tuya, hija. Suponía que si te obligaba a salir con algunos jóvenes... En fin, mi intención era guiarte por el buen camino.

«¿Guiarme?», se preguntó Harriet. Su abuelo la había puesto entre la espada y la pared.

—Nunca se me ocurrió pensar que pudieras elegir a un completo desconocido. No salía de mi asombro cuando Roan vino a verme y me contó lo que pasaba —Gregory Flint lanzó un bufido—. Y encima tuvo el atrevimiento de ganarme al ajedrez, el muy arrogante. De todas formas, ya no está tan seguro de sí mismo, a pesar de sus millones y de sus encantos.

—¿Te ganó al ajedrez? —Harriet frunció el ceño—. Roan me dijo que habían sido tablas.

—Ah, eso cambia las cosas —dijo su abuelo.

Harriet guardó silencio un momento.

—Abuelo, si lo sabías, ¿por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no hiciste algo por impedir lo que pasó?

—Debería haberlo hecho, pero sentí un deseo irresistible de ver a tu futuro marido humillado. Y eso que se lo advertí. No obstante, se ha comportado de modo bastante decente; sobre todo, teniendo en cuenta que no ha sufrido muchos desengaños en la vida, en especial con las mujeres.

—¿Qué es lo que le advertiste, abuelo? No lo entiendo.

—Le hablé de ti y de Gracemead. Le dije que jamás ganaría, que nada en el mundo podía importarte tanto como esa casa. Pero él no me creyó. Roan me dijo que, aunque todavía no lo amabas, acabarías haciéndolo una vez que estuvierais casados porque él te amaba con todo su corazón y lograría que lo correspondieses.

Su abuelo suspiró y añadió:

—Llegó a convencerme de que podría hacerte olvidar Gracemead y elegir pasar el resto de la vida con él.

—¿Eso te dijo? —preguntó Harriet con una voz que apenas reconocía.

—Y otras tonterías como que quería protegerte y dedicar su vida a hacerte feliz. Se estaba engañando a sí mismo y se lo dije. Sin embargo, le di la oportunidad de intentarlo y le dije que tenía de plazo hasta tu cumpleaños.

Su abuelo la miró fijamente antes de continuar.

—No me hizo mucha gracia que te trajera a Grecia, pero le dejé muy claro que tenía de plazo hasta tu cumpleaños, que lo único que yo tenía que hacer era ofrecerte poner la casa a tu nombre para que volvieras a Inglaterra.

Su abuelo sonrió con satisfacción.

—Y aquí estamos. Sabía que no me decepcionarías, que Dios te bendiga.

—¿Roan me quería y me ha dejado marchar... sin más? —dijo Harriet confusa.

Gregory Flint cambió de postura en el asiento.

—Bueno, Roan no quería, a pesar de la presión a la que su padre lo estaba sometiendo. Me pidió que le diera más tiempo, incluso intentó romper el acuerdo. Al final, tuve que decirle que si no mantenía su palabra yo vendería Gracemead y que, después de eso, veríamos si tú te enamorabas de él.

Gregory Flint asintió y añadió:

—Y eso fue el fin de la discusión.

—Sí, ya veo —Harriet respiró profundamente—. Dios mío, abuelo, ¿cómo se dice en griego «dé la vuelta»?

Harriet se inclinó hacia el asiento de delante y le dio una palmada en el hombro al conductor.

—Yanny, stop —y empezó a gesticular con las manos—. Yanni, vuelva a Militos. *Kyrios* Roan. Juro que empezaré a estudiar griego mañana mismo si da la vuelta ahora.

—Harriet, ¿te has vuelto loca? —dijo su abuelo en tono severo.

—No, justo todo lo contrario. ¡Oh, gracias a Dios! —Añadió

cuando vio a Yanni girar el coche y emprender el camino de vuelta—. Deprisa, deprisa.

—Lo que he dicho no ha sido una broma —dijo Gregory Flint con seriedad—. A menos que vuelvas a casa conmigo, venderé Gracemead. Ya he recibido varias ofertas.

—Pues véndela. Ya no me importa —respondió Harriet con voz quebrada— La única casa que quiero está aquí, es la de mi marido y no sé cómo voy a convencerlo.

Cuando llegaron a la casa, Harriet salió del coche casi antes de que se hubiera parado. Echó a correr y entró gritando el nombre de Roan; pero al llegar al salón, a la única persona que vio delante de la ventana fue a su suegro. Al instante, se detuvo sobrecogida por una profunda desilusión.

—Harriet —Constantine Zandros la miró fijamente—. Creía que ya no volvería a verte. ¿Dónde está tu abuelo?

—Está en el coche y yo estoy segura de que usted creía que ya se había deshecho de mí —Harriet alzó la barbilla—. Siento desilusionarlo, señor Zandros, pero he vuelto para quedarme y usted no podrá hacer nada por impedírmelo.

Harriet tragó saliva y continuó.

—Soy la esposa de su hijo y estoy dispuesta a acampar en el jardín hasta que Roan vuelva. Porque... porque lo quiero, ¿me oye? —Harriet ahogó un sollozo—. Dios mío, lo quiero más que a nada en el mundo y voy a decírselo.

Constantine Zandros miró a espaldas de ella y dijo burlonamente;

—Hija, creo que ya se ha enterado.

Harriet se volvió y vio a Roan de pie en el umbral de la puerta. Iba vestido con un traje, llevaba una cartera en la mano y la miraba con incredulidad.

Durante un momento, Roan ni se movió ni abrió la boca. Por fin, dijo con voz ronca:

—¿Es eso verdad?

—Sí —respondió Harriet apasionadamente—. Sí, lo es. He sido demasiado estúpida para reconocerlo, tenía miedo de decírtelo porque tú siempre estabas fuera.

—No quería estar contigo si no me amabas —dijo él.

—Pero tú sí me amabas —dijo Harriet—. Me amabas lo suficiente para dejarme marchar con el fin de que persiguiera mi sueño.

Harriet lo miró con infinito amor y añadió:

—Cariño, ¿cómo se te ocurrió pensar que podía preferir un montón de piedras en el campo a ti?

Constantine Zandros se aclaró la garganta.

—Creo que será mejor que vaya a reunirme con el señor Flint. Os veré más tarde... o quizá dentro de unos días —sonrió a Harriet con ternura—. Quizá, para entonces, *pedhi mou*, puede que aceptes llamarme «papá».

Tras esas palabras, se marchó dejándolos solos.

Roan dio un paso hacia ella y Harriet, conteniendo el impulso de arrojarse a sus brazos, lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—Cariño, antes de nada tengo que decirte una cosa. No te reprocho nada de lo que has hecho porque sé que mi comportamiento ha sido despreciable y sé que debes de haberte sentido muy solo. Pero... no puedo compartirte con nadie, eso me destrozaría.

—Ah, te refieres a la amante que tengo en Atenas y a las que tengo en otros sitios, ¿verdad? —Roan se sacó la billetera y de ella un papel doblado—. Mira, es posible que la reconozcas.

Era un dibujo. El dibujo de una mujer tumbada de costado en la cama. Su rostro era hermoso y, dormida, casi sonreía.

—¿Cuándo lo dibujaste? —preguntó ella con voz ronca.

—La noche de nuestra boda. Me levanté temprano, obsesionado con eso que me dijiste de que jamás te enamorarías de mí. Tenía tanto miedo de que fuera verdad que hice este dibujo para llevarlo siempre conmigo, a modo de talismán.

Harriet volvió a mirar el dibujo y dijo con voz tímida:

—Yo... no soy así en la realidad.

—Lo eras y volverás a serlo —dijo Roan con ternura—. Lo serás todas las mañanas durante el resto de nuestras vidas, mi dulce amor.

Harriet esbozó una sonrisa temblorosa.

—No digas eso, yo no tengo nada de dulce.

—Para mí, sí —la mirada de Roan la hizo sonrojarse—. Para mí eres dulce, tierna, pequeña...

—Y todas las veces que te dije que no te quería... —susurró ella —. Te juro que te recompensaré con creces.

—Me encanta oírtelo decir —Roan la tomó en sus brazos y la condujo al dormitorio—. Creo que deberías empezar a recompensarme.

Roan la desnudó con lentitud y con inmenso cuidado, como si estuviera abriendo un tesoro. Sonrió mientras la poseía, mientras se movía dentro de ella con creciente intensidad hasta que, al final, ambos perdieron el control por completo y gritaron su felicidad.

Un rato después, Harriet dijo adormilada:

—Me encanta esta cama. No es demasiado grande y siempre puedo tocarte.

—Vaya, por fin un plan que sale bien —Roan la besó y, con las manos, comenzó una nueva aventura— Sin embargo, creo que tendremos que acostarnos en otras camas, *agapi mu*. Quiero llevarte de viaje de luna de miel.

—Mmmm. ¿A algún sitio en concreto, mi vida?

Roan titubeó. Su rostro, de repente, serio.

—He pensado en... Sudamérica. Por eso fui a Atenas ayer a ver a mis abogados. Me dijeron que sus agentes creen que han localizado a tu madre.

Harriet tardó varios segundos en poder hablar.

—¿Has... has hecho eso por mí? Oh, mi amor —Harriet hizo un esfuerzo por contener las lágrimas— De todos modos, es posible que ella no quiera verme.

—Yo creo que sí —dijo Roan— Pero lo averiguaremos juntos.

—Sí —contestó Harriet con un suspiro de pura felicidad—. Juntos.

Y Harriet alzó los labios para unirlos con los de Roan.

Fin